CLÁSICOS CASTELLANOS

JUAN TIMONEDA

EL PATRAÑUELO

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
FEDERICO RUIZ MORCUENDE

EDICIONES DE «LA LECTURA»
MADRID
1930

Rosalie M. Godt
Gift of Eresmo Bautista

JUAN TIMONEDA

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/juantimoneda0000elpa

El Patrañuelo.

Primera parte de

LAS PATRAÑAS DE IOAN Timoneda: en las quales se tratan admirables cuentos, graciosas marañas, y delicadas inuinciones para saber cõtar el sabio y discreto relatador agora nuevamente compuesto.

Con priuilegio Real por quatro años.

Impresso en Valẽcia en casa de Ioan Mey. Año M. D. LXVII.

Vendese en casa de Ioan Timoneda librero.

Facsímil de la portada de la primera edición de EL PATRAÑUELO.

CLASICOS CASTELLANOS

JUAN TIMONEDA

EL PATRAÑUELO

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
FEDERICO RUIZ MORCUENDE

MADRID
EDICIONES DE «LA LECTURA»
1930

Imprenta de la Ciudad Lineal.—Lagasca, 6. Madrid.—Tel. 50.018.

PRÓLOGO

Ignórase hasta ahora cuando nació el valenciano Juan Timoneda (1). Don Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca nova*, menciona un libro intitulado *Silva de varias canciones villanescas. Guirnalda de galanes*, impreso en Sevilla por Alonso de la Barrera el año 1511, atribuyéndolo a un Juan Timoneda. De ser cierto este dato, que reprodujeron sin comprobarlo Ximeno (2), y Rodríguez (3), tendríamos que fijar la fecha del nacimiento de nuestro autor en las postrimerías del siglo XV.

Fúster (4), más escrupuloso que Ximeno y que Rodríguez, negó la exactitud de la cita, por las contradicciones que existen entre el año, el lugar de impresión, el impresor, y el largo espacio de tiem-

---

(1) En los manuales de Historia de la Literatura, así como en las citas bibliográficas y eruditas, se le llama *Juan de Timoneda*. Sin embargo, en todas las obras de que fué autor o editor figura siempre como *Juan Timoneda*, sin el *de*.

(2) Vicente Ximeno: *Escritores del reino de Valencia*. Valencia, 1747.

(3) Josef Rodríguez: *Biblioteca Valentina*. Valencia, 1747.

(4) Justo Pastor Fúster: *Biblioteca Valenciana*. Valencia, 1827.

po que transcurre sin que se tenga noticia de ninguna otra obra de Timoneda.

En cuanto al impresor, hubo, en efecto, uno de esta noble arte en Sevilla, llamado Alfonso o Alonso de la Barrera (1); pero las fechas de sus trabajos son muy posteriores a la que Don Nicolás Antonio da como segura para la *Silva de varias canciones villanescas*, libro, por otra parte, hoy totalmente desconocido.

Alfonso de la Barrera no figura de modo cierto como impresor hasta 1569, en cuyo año imprimió la obra de Francisco Franco: *Libro de enfermedades contagiosas*. Estuvo establecido Barrera durante unos treinta años, siendo el último que salió de sus prensas el *Libro de la gineta de España*, de Pedro Fernández de Andrada, en 1599. Por ello, caso de que Barrera imprimiese la *Silva*, no pudo ser en 1511, sino mucho después. O el autor de la *Silva*, o su fecha de publicación, o ambos datos, tal como los cita don Nicolás Antonio, están equivocados.

Navarrete (2), intentó cohonestar fecha y autor,

(1) F. Escudero y Perosso: *Tipografía Hispalense.* Madrid, 1894, pág. 299.

(2) «Timoneda alcanzó una larga vida, pero no tan larga como se ha querido suponer haciéndole editor, en 1511, de la *Silva de varias canciones*, y del *Cuaderno espiritual*, en 1597, entre cuyas fechas median ochenta y seis años. Hubo dos Timoneda, padre e hijo, del mismo nombre».—Eustaquio Fernández Navarrete: Volumen XXXIII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, pág. LXVII, nota.

suponiendo que hubo dos Timoneda, padre e hijo, pero tampoco esta hipótesis es probable ni parece posible.

Tenemos un testimonio fidedigno que alude a la mucha edad que alcanzó Timoneda. Cervantes, en la *jornada tercera* de *Los baños de Argel*, dice:

El coloquio se comience,
que es del gran Lope de Rueda,
impreso por Timoneda,
que en vejez al Tiempo vence.

Una curiosa anécdota autobiográfica, no tenida en cuenta por ninguno de los biógrafos de Timoneda, nos proporciona datos seguros, interesantes y veraces, que confirman la extraordinaria longevidad del autor de *El Patrañuelo*, por los cuales podemos, casi matemáticamente, determinar los años que vivió, pocos más o menos, sin riesgo de incurrir en error. Esta anécdota se halla contenida en el *Cuento LXI* de la *Parte primera* del *Buen aviso y portacuentos* (1):

«*Viniendo a ver al autor un hermano suyo que había* VEINTE Y TRES AÑOS *que no le había visto, el cual estaba casado en Bernaldos, junto de Segovia, y en velle tan fresco y con tan pocas canas, y que a él le sobraban,* SIENDO MENOR DE DÍAS, *dijo: ¿Qué es*

(1) Edición R. Schevill: *Revue Hispanique*, t. XXIV, 1911, páginas 171 y siguientes.

esto, hermano? ¿Qué regimiento habéis tenido para sustentaros desa suerte? A lo cual respondió el autor, en lengua valenciana, por ser natural suya...»

La primera edición del *Buen aviso* apareció en el año 1564, habiéndose concedido la licencia para su impresión, que consta en los obligados preliminares, a 12 de septiembre de 1563. Ha de referirse el autor necesariamente a un hecho acaecido en este año al menos o, quizás, y ello es muy probable, anteriormente. Supongamos, no obstante, que sucedió en 1563. Si de esta cifra descontamos veintitrés, que fué el número de años transcurridos sin verse, resulta 1540. ¿Cuántos años tenía Matías (cuyo nombre nos es conocido por constar en el testamento de Juan) al separarse en Valencia de su hermano para ir a establecerse a tierras segovianas? Es lógico pensar que fuese mozo, puesto que en Bernaldos casó, y que contara veinte años o más. Restemos veinte de 1540, lo que nos da la fecha de 1520. Matías era *menor de días*, según expresamente se indica en el cuentecillo, luego Juan nació antes del año 1520, esto es, a principios del siglo XVI.

Serrano y Morales, en su obra sobre los impresores valencianos (1) inserta fehacientes y preciosos datos sobre Timoneda, los cuales recopiló de un manuscrito inédito, original de don José María To-

(1) Serrano y Morales: *Reseña histórica, en forma de diccionario, de las imprentas que han existido en Valencia.* Valencia, 1899, páginas 541-556.

rres, titulado *La imprenta en Valencia*, y de otro, también inédito, *Ingenios valencianos y Catálogo de sus obras*, cuyo autor fué don Onofre Esquerdo.

Timoneda fué en su juventud un modesto zurrador de pieles, oficio que abandonó por el más descansado y productivo de librero. En 1547 ya comerciaba con frutos del propio y ajeno ingenio, hallándose establecido en la calle de *los Manyans*, de Valencia: *Parroquia de Santa Catalina. Exint de la Pellería, entrant en los Manyans. Joan Timoneda, librer, olim assaonador*, VIII s. (1).

Librero fué, mas no impresor como claramente lo dice en la *Epístola al pío lector* que puso al comienzo de la edición que a su costa hizo de las comedias de Alonso de la Vega: *No por vía de presunción y jactancia, hermano lector, ni mostrarme reprehensor de obras ajenas*, SINO POR SER MI ARTE LIBRERO *y buscar sin perjuicio de nadie de do me pueda resultar alguna ganancia...* (2).

Fué también actor representante como expresamente lo dice en el *cuento LII*, libro primero del *Buen aviso: Representando una vez el autor una comedia en cierta congregación de damas y señores, dijo a unos gentiles hombres que estaban charlando: Seño-*

(1) *Libro de Tacha Real*, de 1547. Archivo del Ayuntamiento de Valencia. Serrano: *Ob. cit.*, pág. 542.

(2) *Las tres famosísimas comedias del illustre poeta y gracioso representante Alonso de la Vega. Agora nueuamente sacadas a luz por Joan Timoneda el año 1566.*

res, callen si quieren por cortesía, y dejen hacer nuestro ejercicio. Dijo el uno dellos: Razón tenéis; haced vuestro oficio, farcero. En esto, el autor

respondió: Decís verdad;
no dejo de ser farcero,
que no es poca habilidad
ser de los necios terrero.

En un soneto en alabanza del autor, que figura en la edición de sus tres comedias, impresa en Valencia en 1559, se lee:

Esto se debe al grande Timoneda,
aquel que el verso tiene ya de suyo,
en quien toman lición representantes;

y en la epístola dedicatoria de su *Ternario Sacramental* (1575), dice: *He tenido ánimo y osadía de dirigirle estos presentes auctos representados delante su afable y benigna presencia el año 1569;* asímismo en la portada del *Segundo Ternario*, se lee: *tres auctos representados* por Juan Timoneda.

Gracias a su admiración hacia Lope de Rueda que le llevó a editar a su costa en *El Deleytoso* las obras dramáticas del gracioso comediante (1), se

(1) *Compendio llamado el Deleytoso, en el qual se contienen muchos passos graciosos del excelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda.* Valencia, Juan Mey, 1567.

han podido conservar éstas, que de otra manera se hubieran perdido, así como los *Coloquios pastoriles*.

Bastaría, en opinión de Cervantes, este rasgo para perpetuar el nombre de Timoneda en la historia literaria española:

> *Que ofrece la comedia, si se advierte,*
> *largo campo al ingenio, donde pueda*
> *librar su nombre del olvido y muerte.*
> *Fué desto ejemplo Juan de Timoneda,*
> *que con sólo imprimir, se hizo eterno,*
> *las comedias del gran Lope de Rueda* (1).

Estuvo nuestro autor casado con Isabel Ferrándiz, de la que tuvo tres hijos: Vicente, que se dedicó al oficio de picador de calzado; Juan Bautista, mercader y negociante en terciopelos y sedas; y Magdalena, que casó con el cirujano Martín de Unanoa.

El 6 de octubre de 1577 asistió Timoneda a las capitulaciones matrimoniales entre su hijo Vicente y Francisca Benita Alós, viuda de Francisco Vicente Galcerá; el 2 de diciembre de 1578, ante el escribano Andrés Juan de la Gasca, dotó a su hija

(1) *Viaje al Parnaso*, cap. VIII. No era Cervantes muy admirador de las obras originales de Timoneda, como se echa de ver en el capítulo VII del *Viaje*, en donde narrando la pelea entre poetas y poetastros, le alude:

Tan mezclados están, que no hay quien pueda || discernir cuál es malo o cuál es bueno, || cuál es garcilasista o Timoneda.

Magdalena en veinte mil sueldos; del 5 de octubre de 1579, existe una escritura otorgada ante Juan Sancho López, en la que Vicente reconoce haber recibido de su padre las doscientas libras que por razón de su matrimonio le había prometido; el 2 de febrero de 1580, hace a su hijo Bautista una donación *inter vivos* de cinco mil sueldos, en consideración a que iba a casarse; y el 20 de junio del mismo año, Bautista confiesa haber recibido las doscientas cincuenta libras reales de Valencia a que se refiere la donación anterior.

Otorgó testamento Timoneda el 30 de julio de 1583, ante Juan Sancho López. En el mismo testamento hay al final una nota de la apertura y lectura del mismo ante sus hijos, verificada el 1 de octubre de 1583, fecha que nos permite afirmar que Timoneda murió hacia el 22 de septiembre de dicho año de 1583.

Del inventario de sus bienes, hecho en 24 de octubre de 1583, se deduce que disfrutó en vida de muy holgada posición, morando en casa propia, sita en la parroquia de San Juan del Mercado.

Isabel Ferrándiz, su viuda, vendió el 26 de octubre de 1583, en la cantidad de 262 libras, 11 sueldos y 11 dineros, a su hijo Juan Bautista, todos los libros de la bien abastecida librería de su padre, en la que figuraban volúmenes de filosofía, agricultura, matemáticas, novelas, libros de caballerías, poesías y, entre otras obras originales de nuestro

autor, *ciento ochenta y seis Patrañuelos* y *noventa y tres Sobremesas*.

* * *

Dotado Timoneda de una fecundidad extraordinaria, no se detuvo ante ningún género literario. Sus poesías y coplas, acomodadas perfectamente al gusto del vulgo, le dieron provechosa fama, bien administrada como librero; sus romances a lo humano y a lo divino, sus comedias y autos, sus cuentecillos e historietas, y sus *rondalles* o novelas, alcanzaron pronta y gran popularidad.

Conocedor de la psicología de su público, tan falta de complicaciones como pródiga en emotividades sentimentales, manejó con extraordinaria habilidad los procedimientos y resortes exaltadores del castigo del traidor y del triunfo resplandeciente de la inocencia del virtuoso, tan eficaces siempre en todas las épocas literarias para conmover al lector ingenuo, adelantándose con ello en tres siglos a los fabricantes de novelas por entregas. De los reproches que pudieran oponérsele en este sentido, se salva Timoneda porque escribía de buena fe, con la espontaneidad del que cree en las truculencias que su pluma hilvana, reflejando cándidamente su propia y natural inclinación a lo inesperado y maravilloso.

Y éste fué el secreto de su éxito, aunque algunos de los escritores, sus contemporáneos, más perspicaces que la gran masa de lectores, que todo lo

acepta con tal de que se halle al nivel de su inteligencia, y más conscientes de lo que debe ser en el fondo y en la forma la realización de la obra artística, no le tuvieran en mucho. Se plegó, pues, dócil, a las corrientes de su tiempo, y le faltó genio o audacia, o ambas cualidades quizá, para romper el encallejonamiento obligado de los modelos que seguía, sin lograr sobresalir como estilista.

Tampoco estaba dotado de originalidad. En casi todas sus producciones se reduce unas veces a glosar, otras a cultivar con gran acierto el *folklore*, otras a adaptar narraciones tomadas de todas las obras que en sus manos caían. A juzgar por la variedad de fuentes a que acudió para hallar el argumento de sus relatos, es indudable que fué un hombre culto de extraordinaria retentiva, con grandes aptitudes de imitador y, sobre todo, muy leído. En diversas ocasiones se alaba él mismo de repentizador.

No tiene razón Menéndez y Pelayo al censurarle: *En lo que no hizo bien fué en darse por autor original de historias que ciertamente no había inventado* (1), *pues aunque en la Epístola al amantísimo*

(1) *Orígenes novela*, II, XLVIII.—En la edición que en 1911 la Sociedad de Bibliófilos Valencianos intentó hacer de las obras completas de Timoneda (no se publicó más que el primer volumen), Menéndez y Pelayo prometió un prólogo con la biografía y juicio crítico del autor del *Sobremesa*, prólogo que ni apareció ni se escribió probablemente, pues no se halló entre los papeles y documentos del maestro que se conservan en la Biblioteca de Menén-

lector que va en los preliminares del Patrañuelo dice: «No te des a entender que lo que en el presente libro se contiene sea todo verdad, que lo más es fingido y compuesto de nuestro poco saber y bajo entendimiento», estas palabras deben interpretarse solamente en el sentido de que es ficción y no realidad lo que ofrece en cada patraña. Ni le dolían prendas a Timoneda para declarar que editaba obras ajenas por la ganancia que pudiera de ello granjear, ni le importaba mucho confesar en el *Sobremesa*, también en la *Epístola al lector*: *Así que fácilmente lo que yo en diversos años he* OÍDO, VISTO Y LEÍDO, *podrás brevemente saber de coro para decir algún cuento de los presentes.*

Y en efecto, unas veces relata anécdotas de las que fué protagonista, o en las que intervino directamente, cambiando su nombre con los anagramas de *Diamonte* o *Montidea*, otras extracta o amplía, reforma y cambia a su gusto novelas y cuentos de las más diversas procedencias.

* * *

En *El Patrañuelo* vemos fuertemente acusada la influencia de la literatura italiana. Con ello no hizo Timoneda más que seguir el sendero que tantos otros escritores castellanos y muy especialmente catalanes y valencianos, recorrieron antes que él.

dez y Pelayo, de Santander, según nos comunica su director, nuestro buen amigo y compañero don Miguel Artigas.

Bernat Metge, a últimos del siglo XIV, tradujo *Valter y Griselda* del Petrarca; Llorens Mallol, a fines del mismo siglo, en su *Moltes de vetz*, imita también al Petrarca, lo mismo que Jordi de Sant Jordi y Ausias March a principios del XV; Jaume Roig (1474) en una de sus poesías, da por supuesto que todos los lectores conocen los poemas del Dante, a quien se cita también en la novela *Curial y Guelfa*, escrita en la segunda mitad del XV; Jaime Ferrer de Blanes compila en 1545 las *Sentencias católicas del divi poeta Dant*; Antoni Vallmanya, en la poesía *Sort en lahor de les monges de Valldonzella* (1458) imita el *Libre de les clares dones de Bocasi* (1); Fra Rocaberti (1461), en su *Comedia de la gloria de amor*; Micer Francisco Imperial en el *Dezyr de las siete virtudes*, don Íñigo López de Mendoza en la *Comedieta de Ponza*, Juan de Mena en *El Laberinto*, Pedro de Portugal en la *Sátira de feliz e infeliz vida*, Pero Guillén de Segovia con el *Dezyr sobre Amor fecho en el vall de Parayso*, Juan de la Encina en el *Triunfo de la Fama y Gloria de Castilla* (1492), Juan de Padilla (1518) con *Los doce triunfos de los doce apóstoles*, Alfonso Martínez de Toledo en el *Corbacho*, Alonso de Cartagena en su *Libro de las mujeres ilustres*, Rodríguez de la Cámara en el *Triunfo de las donas*, Diego de Valera en su *Defensa de virtuosas mujeres*, Alvaro de Luna

(1) Milá y Fontanals: *Obras completas*, t. III, págs. 499 y siguientes.

en el *Libro de las virtuosas y claras mujeres*, don Juan Manuel en el *Libro de Patronio*, y tantos otros (1), espigan y cosechan abundantemente en los tres poetas italianos.

* * *

Las fuentes de *El Patrañuelo* están perfectamente determinadas. Félix Liebrecht en las adiciones que hizo en la traducción alemana (2) a la *History of fiction* de Dunlop, indicó la mayoría certeramente. Salvá, al citar un ejemplar que poseyó del *Patrañuelo* de la edición de Alcalá de Henares, 1576, copia esta curiosa información: *En una nota manuscrita del anterior poseedor de mi ejemplar, decía: «Ninguna de estas patrañas parece ser original; la 2.ª y 15.ª son tomadas de Massucio; la 5.ª, 11.ª y 22.ª del* Gesta romanorum *impreso, CC. 81, 153 y 171; la 8.ª y 19.ª son de Ariosto; la 17.ª y 21.ª del* Gesta romanorum *manuscrito, CC. 98 y 101; la 14.ª es el cuento del Rey Juan y el abad de Canterbury», véase también la novela 4.ª de Sachetti; la 6.ª parece tomada de Alphonsus; la 7.ª es de Bandello, parte II, número 44; la 10.ª de las fábulas de Pilpay; la 20.ª de Apuleyo o del Pecorone, G. 23, n. 2. Hay un cuento*

(1) Véanse: Bernard Sanvisenti: *I primi influssi di Dante del Petrarca e del Boccaccio sulla Letteratura Spagnuola*, Milano, 1902.—F. N. Jones: *Boccaccio and his imitators in German, English, French, Spanish and Italian Literatures*, Chicago, 1922.

(2) *Geschichte der Prosadichtung*. Berlín, 1851.

semejante a la 12.ª en el Cinthio, D. 6.ª n. 5.ª». No he tenido ocasión de verificar estas apuntaciones y, por lo mismo, las doy sin garantir su exactitud (1).

Las que proceden directamente del Boccaccio, han sido señaladas por la señorita Bourland con gran precisión (2).

La patraña *primera* procede de la comedia *Tolomea*, compuesta por Alonso de la Vega.

La *segunda* está tomada de la última novela del *Decamerón*, que es, de las introducidas e imitadas en España, de la que se tiene más antigua noticia. Bernat Metge, secretario del Rey don Martín de Aragón, en fecha no determinada, aunque seguramente antes de 1403, la tradujo en lengua vulgar catalana para distraer los ocios de madona Isabel Guimerá, tomándola, no directamente de Boccaccio, sino de la traducción que hizo el Petrarca con el título *De obedientia ac fide uxoria*. Es la difundidísima historia de Valter y Griselda, que aun en nuestros días sigue siendo admirada popularmente, impresa en pliegos de cordel (3).

---

(1) *Catálogo de la biblioteca de Salvá*, Valencia, 1872, t. II, página 186, c. 2.

(2) Caroline B. Bourland: *Boccaccio and the Decameron in Castilian and Catalan Literature*, *Revue Hispanique*, t. XII (1905), páginas 1-232.

(3) Se conserva en tres manuscritos: uno de la Biblioteca Universitaria de Barcelona, titulado *Historia de las bellas virtuts;* otro cuyo título es *Istoria de Valter e de Griselda, composta por Bernat Metge, la qual racita Petrarcha, poheta laureat, en les obres del qual io*

La *tercera* proviene de la *Novela primera* de Massucio (1).

La *cuarta*, según Menéndez y Pelayo, tiene origen en un cuento indio que sobrevivió, a través de la literatura romana, hasta el medievo y el Renacimiento (2). Afirma Comparetti (3) que hay, además de

---

he singular afeccio, propiedad de don Mariano Aguiló, quien lo editó en la *Bibliotheca d' obretes singulares del bon temps de nostra llengua materna estampades en letra lemosina;* y otro, *Castigos y dotrinas que un sabio dava a sus hijos*, que se halla en la biblioteca de El Escorial (a-IV-5), y que fué publicado por H. Knust en el tomo II de Bibliófilos Españoles, *Dos obras didácticas y dos leyendas*, Madrid, 1878.—En 1895, se publicaron en Barcelona por A. B. T. (Antonio Bulbene Tusell) tres romances modernos sobre el texto de Metge: *Historia de Griselda, la qual lo marqués Valter prengué per muller essent una humil pastoreta, e isqué lo més singular exemple de la obediencia que tota dona casada deu tenir a son marit.*—La misma fuente tiene la *Comedia muy ejemplar de la Marquesa de Saluzia*, de Navarro, y *El ejemplo de casadas y prueba de la paciencia*, de Lope.

En Madrid, impreso por los Sucesores de Hernando, se ha publicado recientemente: *Griselda y Gualtero.* [Viñeta, grabada en madera, representando a Gualtero en el acto de pedir reverenciosamente la mano de la doncella a Janícola, su padre de ella, mientras Griselda, cántaro a la cadera, junto a la puerta de la cabaña, escucha sorprendida las palabras del enamorado galán.] *Nueva relación de la peregrina historia de esta pastorcita, y de cómo el Marqués Gualtero trató su casamiento con ella y salió el más singular ejemplo de la obediencia que deben tener las mujeres casadas a sus maridos.*—En 4.°; s. a.; 8 págs.; texto a dos columnas.

(1) *Il Novellino di Massucio Salernitano, restituito alla sua antica lezione, da Luigi Settembrini.* Nápoles, 1874, pág 7.

(2) «Este cuento, como casi todos los que tratan de *«engaños de mujeres»*, fué primitivamente indio: se encuentra en el *Çukasaptati* o «libro del Papagayo», y en una colección tibetana o mongólica citada por Benfey»—*Orígenes novela*, II, LV.

(3) *Virgilio nel Medio Evo*, Liorna, 1872, t. II, págs. 120 y siguientes.

un texto de Macrobio, una poesía alemana del siglo XIV en la que por primera vez se atribuye a Virgilio el haber labrado el mascarón tan temido por las adúlteras; Liebrecht indica como fuentes la *fábula segunda* de la *cuarta Noche* de Straparola (1), y la *novela noventa y ocho* de Celio Malespini; mas parece que Timoneda no siguió ni al uno ni al otro, inspirándose en un original distinto, acaso conservado oralmente.

La *patraña quinta* es el relato, modificado, de la leyenda del nacimiento e infancia del Papa San Gregorio, y que se encuentra en el *Gesta romanorum*, *C. 81* (2). Esta leyenda fué puesta en verso en el siglo XIII por el poeta alemán Hartmann von der Aue, y utilizada en los poemas ingleses *Sir Degore* y *Sir Eglamour of Artois*, por Horacio Walpole en su tragedia *The mysterious mother*, y en una antigua vida de San Gregorio, en francés (3); al comienzo de la leyenda del abad don Juan de Montemayor, hay ciertas semejanzas (4).

La *patraña sexta* procede de *Alphonsus*, según la

(1) Fueron traducidas por Francisco Truchado con el título de *Parte primera del honesto y agradable entretenimiento de damas y galanes,* Pamplona, 1612.

(2) *Le Violier des histoires romaines. Ancienne traduction françoise des Gesta Romanarum.* Nouvelle édition, revue et annotèe par M. G. Brunet, París, 1858.

(3) Publicada por Lazarche. Tours, 1857.

(4) Publicada por R. Menéndez Pidal, *Gesellschaft für romanische literatur*, Dresden, 1903, t. II.

nota del ejemplar de Salvá; y de la *novela cuarta* de Sercambi de Luca, según Liebrecht; Menéndez y Pelayo, aunque con reservas, sugiere la *novela novena* de la primera década de los *Hecatommithi* de Giraldi Cinthio (1).

La *patraña séptima*, está tomada de la comedia *La duquesa de la Rosa* de Alonso de la Vega (2), que tiene el mismo asunto que la *novela cuarenta y cuatro, parte segunda*, de Bandello (3). Timoneda y Vega difieren del texto de la novela, por lo que acaso habrá que suponer otro intermedio (4).

La *octava* es la prosificación del canto XXVIII del *Orlando furioso* de Ariosto; ofrece además absoluta semejanza con el cuento inicial de la madeja de narraciones que constituyen *Las mil noches y una noche*.

La *patraña novena* es, tal vez, la única original.

La *décima* procede de las *Fábulas* de Pilpay.

La *oncena* es la historia bizantina de aventuras y naufragios, cuyo protagonista es Apolonio de Tiro, contenida en el capítulo CLIII del *Gesta romanorum* impreso que tiene una admirable derivación medie-

(1) *Hecatommithi ovvero Novele di M. Giovanbattista Giraldi Cinthio...*, Venecia, 1574.

(2) *Tres comedias de Alonso de la Vega*, con prólogo de Menéndez y Pelayo, *Gessellschuft für romanische literatur*, Dresden, 1905, t. VI.

(3) *Novelle di Matteo Bandello*, Milano, 1814, vol. VI, páginas 187-145.

(4) R. Menéndez Pidal, *Cultura Española*, 1906, pág. 467.

val en el poema *Libro de Apollonio* (siglo XIII), y en la *Confessio amantis* de Gower. El tipo de la hija de Apolonio, *Tarsiana*, convertida en danzarina por azares de la suerte, llegó hasta nosotros a través de la *Truhanilla* de Timoneda, la *Preciosa* de la *Gitanilla* de Cervantes, la *Marina* de Shakespeare, y la *Esmeralda* de *Nôtre Dame de Paris* de Victor Hugo. En Timoneda, por las circunstancias de que la rodea el autor valenciano, la figura de la *Truhanilla* adquiere un crudo realismo dramático.

La *patraña docena* tiene el mismo argumento que la piececita publicada por Timoneda en su *Turiana: Paso de dos ciegos y un mozo, muy gracioso, para la noche de Navidad.* Ofrece reminiscencias con la *Historia del tercer hermano del barbero*, cuento de *Las mil noches y una noche* (1).

La *trecena* reproduce el asunto de la comedia *Feliciana*, pieza de la que no tenemos actualmente más noticia que ésta.

La *catorcena* es el cuento de *El rey Juan y el Abad de Canterbury* narrado en los *The Canterbury Tales* de Geoffrey Chaucer; el mismo argumento tiene la *novela cuarta* de Sacchetti y el canto VIII del *Orlandino* de Teófilo Folengo, mas Timoneda se inspiró, casi seguramente en el cuento, popularísimo en Cataluña, y que ha llegado hasta nuestros

(1) Véase: Víctor Chauvin, *Bibliographie des ouvrages arabes* Lieja, 1901, fasc. V, pág. 159.

días en el de Trueba *La gramática parda* y en los cuentecitos para niños editados por Calleja.

La patraña *quincena* procede de la *novela novena* de la *segunda jornada* del *Decamerón* que dió origen a otra de Massucio, al drama en cinco actos *Cymbeline* de Shakespeare (1) y a la comedia *Eufemia* de Lope de Rueda.

La *diez y seis* es la fantástica historia de Ciro, narrada por Herodoto y por Justino (2), en la que está inspirada *Contra valor no hay desdicha* de Lope.

La *diez y siete* está tomada del capítulo final de *Gesta romanorum;* es la historia del calumniador que perece en el horno encendido para el inocente a quien acusó, tan remota y divulgada que tiene versiones en el *Somadeva*, en los cuentos de *los sietes visires*, en un *fabliau* francés, en la *cantiga setenta y ocho* de nuestro Rey Sabio, en una novela de Restif de la Bretonne y en la balada *Fridolin* de Schiller (3).

---

(1) *The complete works of William Shakespeare,* London, Thomas Yardley, s. a. (1899), págs. 930-968.

En el manuscrito 7.162 de la Biblioteca Nacional de Madrid, que es una copia de la edición de Alcalá, 1576, al final de esta patraña, hay una nota, letra de Usoz: «*Y también creo que hay en un drama de Shakpeare* (sic) *si mal no me acuerdo, esta misma historia o cuento*».

(2) Otra nota del mismo manuscrito dice: «*De Harpago hace mención Herod. I, 108; y Justino, I,* 5 *y 6. Los hechos mencionados en esta patraña sucedieron unos 599 años antes de Cristo, y se refieren conforme a la historia*».—El texto referido de Justino es su *Epítome* de Trogo Pompeyo, traducido al español por Jorge de Bustamante en 1540.

(3) Menéndez y Pelayo: *Orígenes novela*, II, LVI.

La *diez y ocho* es un extracto de la *novela vigésima* de las *Porretane* de Sabadino degli Arienti (1).

La *diez y nueve* es imitación de la *novela veintidós* de la *primera parte* de Bandello, episodio que hallamos también en el *canto quinto* del *Orlando furioso*, en el *Tirant lo Blanch* y en la comedia de Shakespeare *Much ado about nothing*.

La *veinte* procede de Apuleyo y de la *novela segunda* de la *jornada veintitrés* del Pecorone (2).

La *veintiuna* se basa en el capítulo CI del *Gesta romanorum*, imitado en la narración poética francesa *Florence de Rome*, en el relato español de fines del XIV o principios del XV *Cuento muy fermoso del Emperador Ottas et de la Infanta Florencia, su hija et del buen caballero Esmere* (3) y en la *novela primera* del Pecorone.

Finalmente, la *veintidós* es la *novela octava del día decimo* del *Decamerón*, inspirada a su vez en el capítulo CLXXI del *Gesta romanorum*.

* * *

El gran valor literario de Timoneda, es el de ser el más inmediato precursor de Cervantes en la no-

(1) *Settanta Novelle del preclaro homo miser Iohanne Sabadino degli Arienti*, Venecia, 1510.

(2) *Il Pecorone di Ser Giovanni Fiorentino* (pub. en la Colección de Clásicos Italianos, t. II, Milán, 1804).

(3) Menéndez y Pelayo: *Orígenes novela*, I, CLIX y II, LII.

vela. Las *patrañas*, como obritas que no han llegado a alcanzar la forma plena, fluctúan entre el *cuento* y la *novela*, sin que ni uno ni otra tengan en ellas personalidad propia y definitiva. Solamente por la extensión podríamos inclinarnos a calificarlas en éste o en aquél sentido; carecen de las alas con que Cervantes, supremo artífice, sabría dotar a los sencillos *relatos* para que, encumbrándose, se remontaran a la verdadera *novela*, tan perfecta, lograda y definida por el autor del Quijote. Pero es preciso admitir que los balbuceos de Timoneda señalaron el verdadero camino y las normas novelísticas para la transición entre el estilo llano y familiar de *El Patrañuelo* y la prosa correcta esencialmente artística de las *Novelas ejemplares*.

Tienen las patrañas toda la ingenuidad de la improvisación, algo del juglar que ante un auditorio íntimo narra descuidadamente, más atento al desarrollo de los incidentes que preparan el feliz final, que a la forma de referirlos, y así como unas veces se extiende en minuciosos detalles de poca monta, otras, cual si temiese fatigar a los oyentes, esquematiza el asunto dejándolo reducido a esqueléticas líneas; tendencia bien visible en las prosáicas redondillas que, encabezándolas, condensan cada *patraña*.

Timoneda, consecuente en su labor folklórica, tuvo el propósito de publicar una *segunda parte* de *El Patrañuelo*, pues en la portada de la primera

edición dice *primera parte;* mas, ignoramos las causas, la continuación quedó sin realizar.

* * *

La primera edición de *El Patrañuelo* fué totalmente desconocida durante los siglos XVIII y XIX.

Los eruditos valencianistas Ximeno, Rodríguez y Fuster ni tuvieron noticia de ella, ni la mencionan siquiera.

Salvá, Gallardo, Barrera y Brunet, dudaron si realmente hubo tal edición. Menéndez y Pelayo, por la cita que Mayans hizo en el prólogo de su edición de *El Pastor de Filida*, compuesto por Luis Gálvez de Montalvo (1), sospechó su existencia; pero Mayans tampoco la vió, lo que fácilmente se demuestra, pues atribuye su fecha al año 1566 (2).

De esta rarísima y preciosa edición se conserva un magnífico ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Se halla encuadernado en pergamino y ostenta un sencillo exlibris del *Conte Federico Bernardini.*

He aquí su descripción bibliográfica:

Portada, recto:

El Patrañuelo || [Escudo tipográfico: Un águila,

(1) Valencia, Salvador Faulí, 1792, pág. LXII.

(2) «Mayans, en su prólogo de *El Pastor de Filida*, cita un *Patrañuelo* de Valencia, 1566, pero la existencia de tan rara edición está indirectamente comprobada por la aprobación que se copia en las siguientes».—*Orígenes novela*, II, XLVIII.

con las alas desplegadas; pendiente del pico una herradura; en la garra derecha aprisiona un ramo de hojas, flores y ramas, y en la izquierda un escudete redondo con cruz aspada, y la leyenda VALENCIA.] || *Primera parte de* || *las patrañas de Ioan* || *Timoneda*: *en las quales se tratan admirables cuentos,* || *graciosas marañas, y delicadas inuinciones pa-* || *ra saber contar el sabio y discreto relatador* || *agora nueuamente compuesto.* || *Con privilegio Real por quatro años.* || *Impresso en Valencia en casa de Ioan Mey. Año M. D. LXvij.* || *Vendese en casa de Ioan Timoneda librero.*

Portada, verso:

Approbatio ||

Ego Ioachimus Molina presbiter, sacrae Theologiae || *doctor, commissione admodum Reuerendum Thomae Das* || *sio, iuris vtriusque doctoris, ac sanctae Metropolitanae* || *ecclesiae Valentinae canonici, eiusdemque Sede vacante* || *Vicarij generalis et Officialis, librum hunc, cui titulus* || *est primera parte del Patrañuelo de Ioan Timoneda,* || *antequam excuderetur, legi;* || *in quo nil* (sic) *inueni fidei catholicae, aut bonis moribus repugnans:* | *In cuius rei testimonium hic me subscribo. Valentiae die 22 Septem* || *bris, anno Domini 1566.* || *Ioachimus Molina.* ||

Nos Thomas Dassio canonicus Valen || *tinus, ac Sede Archiepiscopali vacante,* || *pro Reuerendo Capitulo Ecclesiae Valenti* || *nae in spiritualibus et temporalibus Vica* || *rius generalis: Visa suprascripta re-*

latione, || *concedimus et impartimur licentiam et fa* || *cultatem imprimendi hunc librum, et ven* || *dendi absque alicuius poenae incursu.* || *Thomas Dassio* ||

Folio 2, recto:

Summa del priuilegio. ||

El Rey, y por su Magestad. || *Don Joan Lorenço de Uillarrasa, Caua* || *llero y Consejero del Consejo de su Real* || *Magestad, trayendo bozes de general Gouer* || *nador, y Teniente de Uisorrey y Capitán Gene* || *ral del reyno de Ualencia, concede gracia y priui* || *legio a Joan Timoneda, librero, por tiempo de* || *quatro años, para el presente Patrañuelo,* || *y que otra persona no le pueda imprimir, sino el tan so* || *lamente o quien su poder tuuiere, ni traer impres* || *sos de reynos estraños. Y quien lo contrario hi* || *ziere, mandamos y queremos que la tal perso* || *na o personas pierdan todos los libros que hu* || *uieren impresso o hecho imprimir, y los moldes* || *con que se imprimieron: y mas que sea caydo en* || *pena de cien ducados por cada vez que lo con* || *trario hizieren, repartidos segun en el original* || *mas largamente se contiene del priuilegio.* || *Don loan Lorenço de Villarrasa.* || *Vidit Gallart. R.* || *Vidit. Arrufat.* || *Vidit Poncius pro* || *Fisci aduocato.* || *Vincentius de Albiçu.*

Fol. 2, verso:

Soneto entre el autor y su pluma.

Fol. 3, recto:

Soneto de Amador de Loaysa en loor de la obra.

Fol. 3, vuelto:

Epístola al amantíssimo lector.

Fols. 4-126, recto: Texto.

Fol. 126, vuelto; y 127, recto: Tabla.

Fol. 127, vuelto:

Disculpa de Ioan || Timoneda a los panyaguados de la || Prudencia y Collegiales del || prouechoso Silencio.

Las *Patrañas* comienzan, respectivamente, en los folios que indicamos a continuación:

Primera, 4, r.; *segunda*, 8, r.; *tercera*, 18, r.; *cuarta*, 20, r.; *quinta*, 29, v.; *sexta*, 33, v.; *séptima*, 36, r.; *octava*, 42, r. (Aquí el ejemplar ofrece la anómala errata de saltar de la *patraña octava* a la *décima* sin que haya *novena;* foliación, reclamo, y signaturas están bien y ordenadamente seguidos; las cabeceras paginales, hasta el fin, continúan ya desde la *décima* a la *veintitrés*, así como la numeración de las *patrañas*. Figuran, pues, *veintitrés patrañas*, aunque realmente sólo hay *veintidós,) décima* (novena), 47, v.; *oncena* (décima), 51, v.; *docena* (oncena), 53, v.; *trecena* (docena), 81, v.; *catorcena* (trecena), 83, r.; *quincena* (catorcena), 87, r.; *diez y seis* (quincena), 88, r.; *diez y siete* (diez y seis), 95, r.; *diez y ocho* (diez y siete), 98, v.; *diez y nueve* (diez y ocho), 101, v.; *veinte* (diez y nueve), 103, r.; *veintiuna* (veinte), 109, v.; *veintidós* (veintiuna), 114, v.; *veintitrés* (veintidós), 120, v.

En las cabeceras tiene, además, las siguientes erratas:

Folios: 26, r., dice *Patraña quinta*, en vez de *cuarta*; 33, r., *segunda*, en lugar de *quinta*; 55, r., *onzena*, por *dozena*; 110, r., *veynte y uno*, en vez de *veynte y una;* 115, r., *veynte y una*, en lugar de *veynte y dos*.

Al folio 101, v., en el título de la *patraña*, dice *Patraña dezynueve*.

En la *Tabla* no figura el primer verso *Porque dezia Claudino* de la *patraña diecinueve* (dieciocho); el folio *96*, indicado para la *patraña dieciseis* (quince), está equivocado por *88*.

* * *

El texto de la primera edición de El Patrañuelo ofrece un grandísimo interés filológico y fonético. Para facilitar su lectura hemos modernizado la ortografía, la acentuación y la puntuación, pero por tratarse de una edición desconocida y rarísima, cuyos detalles son inapreciables para el estudioso erudito, a continuación damos un completísimo vocabulario de todas las palabras que en la nuestra han sufrido alteraciones, bien entendido que las vacilaciones que en ella se notan (*así, ansí, ansina; soplico, suplico; recebir, rescebir, recibir; sotil, sutil; satishecho, satisfecho; mesmo, mismo;* etc., etc.), son las mismas de la edición princeps, en cuya reproducción hemos puesto cuidadoso esmero. De este modo esperamos contribuir a que de nuevo se estudie a Timoneda, mal comprendido e interpretado generalmente, y

cuyo rico y popular lenguaje es curiosa muestra del habla del vulgo a mediados del siglo XVI:

A

abaxada
abil
aborresciesse
abraçadme
abraçado
abraçalla
abraçando
abraçar
abraçaua
abraço
abraçó
abundantíssimo
acabaua
acariciaua
accentaua
acceptalle
acceptando
acceptar
acceptaua
accepto
aceptó
accusacion
accusado
accusando
acogiesse
acompañaua
acontesciesse
acordasse
acordaua
acossadamente
acostaua
acostumbraua
açotado
açotar
açotaron
açotassen
açote
acutissimo
adereçado
adereçaron
adereçasse
adereçó
adeuino
admitays
adreçando
adreçar
adreçasse
adreço
adoptiua
aduierta
aduirtiendo
aduogado
adurmiesse
afeytar
affable
affabilidad
affamada
affan
affectacion
affectando
affirmamiento
affirmando
affirmar
affirmó
afflicion
affliction
affligia
affligido
affligimiento

afforro
afliction
agena
agrauiado
agugero
alabaua
alabasse
alcançado
alcançando
alcançar
alcançaria
alcançasse
alcançó
alçado
alçando
alçar
alçasse
alçaua
alçó
aldeha
alegraua
aleuosia
Alexandría
alexandrino
alguazil
aliuio
altereys
alua
allegasse
amanesciesse
amantissimo
amasse
amaua
amostrasse
anochesciesse
Antiocho
aparejassen
apartasse
apassionado
apazible
apaziguar
apaziguaua
Apollo
aportasse
apossentassen
apossento
apressurado
apressurando
apretaua
aprouada
aprouechandose
aproueche
aprouechó
aquexaua
arrancasse
arrepintiesse
asistiesse
asseguramos
asseguramiento
assentado
assentar
assentaua
assenté
assentó
assí
assido
assignado
assignando
assomar
atahud
atajaua
atauiado
atauiando
atauiar
Athenas
atheniense
atrauessado
atreuido
atreuimiento
atribuydo
auaricioso
auariento
auelle
Auentino
aueriguará
aueriguasse
aues

auino
auisada
auisado
auisando
auisar
auisaron
auisasse
auiso
auisó
auisses
auogado
ay (*ahí*)
aya
ayrado
ayre
ayudasse
azechando
azeyte
aziago

B

bassallo
bautiçó
bautizassen
baylasse
baxeza
baxo
baxuelo
bendezía
besaua
beue
beuedor
beuer
beuió
bienauenturada
biua
biudo
biues
biueza
biuía
biuido
biuiendo
biuieron
biuió
biuir
biuo
bolar
bolued
bolueos
boluer
boluerán
boluería
bolueros
bolueys
boluían
boluiendo
boluieron
boluiesse
boluimos
boluió
boqueasse
boz
bozes
bozina
braço
brauoso
breuaje
breue
breuedad
buelta
buelto
buelua
buelue
buscasse

C

cabeça
caça
caçador
calçado
callasse
callaua
Cambyses
caperuça
captiuo
çaraguelles
çarça
caríssimo
cariziosas
casasse
Cassiodoro
castigauan
catorze
caualgando
caualgar
caualgasse
caualgó
cauallería
cauallero
cauallo
Cauina
cauilación
cautiuaron
cautiuo
caxa
caxita
caxuela
cay *(caí)*
cayan *(caían)*
cayda
caydo
cayesse
cenaua
cerraua
cessacion
ceuilmente
cieruo
circuyda
cobrasse
cobrays
cojunctura
colloquio
combidado
combidando
combidasse
combide
combido
combite
començaron
començó
comiença
commouido
comouido
compassion
complession
complision
comprasse
comulgara
concediesse
concluydo
condeneys
conduzió
confection
confessado
confessalla
confessando
confessar
confessauan
confession
confessó
confiança
congoxado
congoxoso
conjecturar

conoscereys
conosciesse
conozcays
conserua
conseruacion
consolasse
constituydo
contasse
contentaua
contentissimo
continuaua
contradezille
contradezir
controuersia
conuencía
conuencido
conuencieron
conuencio
conuenía
conuersacion
conuertido
conuiene
conuiniente
conuiniesse
coraçon
cortarsse
cossario
cozinero
creyesse
criança
criasse
criaua
crudelissimo
cruelissimo
cueua
culpasse
culpays
cumpliesse
curaua
cuydado
cuyta
Cyro
cythara
charidad
charissimo
choro
christiano

D

dança
dareys
Darmenia
daua
debaxo
decaydo
declaraua
declareys
decrehedores
degollasse
deleytable
deleyte
deleytoso
demandasse
depositassen
deriua
desampareys
desasossegado
desauentura
descalçó
descaualgado
descaualgar
descaualgasse
descendiesse
desconfiança
descubriesse
descuydado

descuydando
desechasse
desembarcasse
desembaynaua
desembaynó
desemboltura
deseredaría
deshezistes
deshizieron
desmandasse
desmanpareys
desonesto
desonrra
desonrrar
desorejasse
desparzido
despertasse
desposasse
despriuaria
dessabrido
dessasosiego
desse (*de ese*)
desseado
desseamos
desseaua
desseo
desseoso
destetaua
destilaua
desuentura
desuergonçado
desuia
desuiado
desuiasse
desuiaua
desuió
determinasse
determinaua
detuuo
deue
deueys
deuía
deuide
deuido
deuo
deuocion
deuotamente
deuoto
dexa
dexad
dexado
dexaldo
dexando
dexar
dexaré
dexaria
dexasse
dexaua
dexemos
dexes
dexo
dexó
deys
dezía
dezid
dezille
dezillo
dezir
dezís
diesse
differencia
differenciar
differente
diffinieron
digays
Dionisya
disfraçado
dissimulacion
dissimuladamente
dissimulando
dissimular
dissimularon
dissimulaua
dissuena
distribuydo
distribuyr

diua
diuersidad
diuerso
diuertió
diuino
diuinal
diuulgado
dixeron
dixesse
diximos
dixo
dize
diziendo
donzella
dotasse
dotrinassen
doze
dozena
dozientos
dudauan
dulcissimo
durmiesse

E

echasse
echaua
effecto
effectuado
effectuar
effectuaron
effectuasse
election
eleuado
embaxada
embaxador
embiar
embiare
embiaron
embiase
embiasse
embidia
embió
embuelto
empeçaua
empeçó
emdereço
encaualgado
encerraua
endereçando
endereçó
endreçando
engendrasse
enjahezado
enojaua
enseñasse
ensuziando
entapiçado
entapiçar
entendiesse
enterrasse
entrasse
entraua
entreys
enuinciones
enxugalle
Epheso
epigramma
escalentasse
escaramuça
esclareciesse
esclaua
esclauina
escogiesse
escriuieron
escriuió

escriuir
escusando
escusarse
escusaua
esforçado
esforçasse
esforçaua
esfuerço
esperança
esperauan
esperimentado
esse
essecutor
esso
estaua
estays
estendiesse
estenso
esteys
estrangero
estrañeza
estraño
estremo
estudiasse
estudiaua
estuuiesse
estuuo
euangelio
euidente
euitar
excellente
excessiuo
exemplo
exercicio
exercitando
exercitar
exercito

F

faltaua
fallescida
famosissimo
fatigasse
fatigueys
fauor
fauorable
fauoresceremos
fauoresciesse
fauorezca
ferocissimo
fertilissimo
fiança
fiaua
finissimo
fixado
forçado
forçar
forçasse
forçó
forçaysme
forçossamente
frayle
frequentación
fuerça
fuesse
fuy
fuystes

G

gimiesse
gouernado
gouernar
gouernauan
gouierno
gozasse
gozaua
gozemos
gozeys
grandezillo
grandissimo
graue
grauedad
grauissimo
grossera
gruesso
guardasse
guardaua
guardeys
guiasse

H

ha *(¡ah!)*
habitaua
hablasse
hablaua
hagays
haliento
hallasse
hallaua
hauella
hauelle
hauello
hauemos
hauer
haueys
hauía
hauido
hauiendo
hauitaua
haurá
haureys
hauría
haze
hazedor
hazella
hazelle
hazello
hazemos
hazer
házia
hazía
hazienda
haziendo
hay *(¡ay!)*
hechado
hechasse
hermita
hermosissimo
herró *(erró)*
hezimos
hezistes
hize
hizieredes
hizieron
hiziesse
holgasse

holgaua
honestissimo
honrra
honrradamente
honrrado
honrroso
huuieron
huuiesse
huuo
huya (*huía*)
huyr
hydropesia
hystoria

I

Ianicola
Ierusalem
ignoraua
illustre
imbidia
impetud
importaua
importunaua
impossible
improuiso
inconueniente
inculpaua
induzido
induzió
infinitissimo
informasse
innocencia
innocente
innocentissimo
instituymos
interesse
interualo
inuentor
inuiolasse
inuocado
Iulian
iuntando
iurad
iuro

J

juezes
juntasse
jurasse
juraua
justissimo
juyzio

L

lagryma
lança
lançado
lançar
lançó
lauando
lazeria
lechasse
leuanta

leuantado
leuantandose
leuantar
leuantasse
leuante
leuanteys
leuantó
lexos
leydo
liberalissimo
librasse
linage
liuiandad
liuiano
luchasse

Ll

llamassen
llamaua
llamays
llegasse
lleua
lleuado
lleualle
lleuallo
lleuando
lleuar
lleuaron
lleuasse
lleuaua
lleue
lleueys
lleuó
llorasse
lloraua

M

madastra
magestad
maldezia
maldigays
maldixesse
maldiziase
maluado
mandasse
mandaua
manifestasse
manzilla
marauilla
marauillado
marauillando
marauillar
matasse
maxcara
melezina
mensagero
messandose
metiesse
mirandosse
mirasse
miraua
missa
moço
molestasse
molestaua
monarchia
monge

mortalissimo
mostrasse
mostraua
mostreys
mouer
mouía
mouiesse
mouimiento
mouió
mouiosse
mudança
mueua
muger
murays
muriesse

N

narizes
nauaja
naue
nauegación
nauegado
nauegando
nauezilla
necessaria
necessario
necessidad
negasse
negatiua
negaua
nouedad
nouenta
nouia
nouicio
nueua
nueue
nueuo

O

o *(¡oh!)*
obedesciesse
objecto
obligaua
occulto
occupación
Octauio
octauo
offendido
offensa
officio
offrenda
offrescía
offrescido
offresciendo
offrescieron
offrescimiento
offresció
oluidado
oluidar
oluido
oraua
osasse
ospedado
oueja
ouejuela
oya (*oía*)

oyd
oydo
oyga
oyr
oyesse
oyganme
oyllo

P

padezcays
pagasse
pagaua
page
pariesse
partiesse
pasassen
passa
passado
passage
passagero
passando
passar
passara
passaron
passasse
passatiempo
passaua
passear
passión
passo
passó
pauellon
peccado
peccadores
peleasse
peligrassen
penitentia
pensasse
pensaua
pensays
penseys
perdonasse
peregrinaua
peresciesse
perjuyzio
permission
peruenia
pesasse
pesaua
pidiesse
pieça
plaça
plaze
plazer
plazía
plazido
plaziendo
pleyto
pluguiesse
podays
podeys
Polytania
ponçoña
pongays
possada
possaron
posseedor
posseer
possession
posseydo
posseyessen
possibilidad
possible
praticando
preciaua

preguntasse
preguntaua
prendiesse
prestasse
presumiessen
presurosso
pretendeys
pretendiesse
preuenido
priuado
priuar
priuaua
processo
procurasse
procuraua
profundissimo
promessa
prometays
pronunciasse
prosiguiesse
prostró
proualla
prouar
prouea
prouecho
proueer
prouehido
proueemos
prouerbio
proueydo
proueyendo
proueyeron
proueyesse
proueyó
prouidencia
prouincia
prouision
prudentissimo
prueua
publicaua
pudiesse
pugnaua
pusiesse
pusosse
pusse

Q

quadra
quadrasse
quadro
quadró
qual
qualesquier
qualquier
quan
quando
quantidad
quanto
quarenta
quartago
quasi
quatorze
quatro
quedareys
quedasse
quedaua
quemasse
querays
quereys
quesso (*que eso*)
quexa
quexando
quexar
quexaua
quexe
quexoso
quiçá
quinze
quisiesse
quitasse

R

rebelassen
reboluedor
reboluía
rebuelto
recibays
recobrasse
reconosciesse
Redulpho
reduzillos
reduzir
regalaua
regozijado
regozijalle
regozijar
regozijo
remediasse
rempuxon
renzilloso
requestando
requestaua
requeste
respondiesse
restituya (*restituía*)
restituydo
restituyesse
restituyr
retoçando
retoçar
retraya (*retraía*)
retraydo
retraymiento
retraxo
retruxesse
retruxo
reuerencia
reuerenciado
reuerendissimo
reuerendo
reusaua
rexuela
reydo
reyna
reynado
reynasse
reyno
reynaua
reyr
reziamente
rezien
rezio
riñiessen
riquissimo
rogasse
rogaua
romerage
Rossina
ruyn

S

sabeys
sacasse
sacaua
sagacissimo
saliesse
saltasse
salua
saluacion
saluar

saluaría
saludaua
saluo
sanissimo
sapientissimo
sarcina
satisfazer
satisfaziendo
satisfaction
sciencia
seays
selua
sellasse
semejasse
sentenciasse
sepulchro
seruia
seruicial
seruicio
seruido
seruidor
seruir
seruienta
seruilda
seruir
seueridad
seys
sieruo
siguiesse
Siluania
sintiesse
siruays
sirue
siruiendo
siruiesse
siruo
soberuia
sobreuenido
sobreuenir
sobreuiniere
sobreuino
socorreys
solenne
solennidad
solennissimo
solennizar
solennizaua
soleys
soltasse
solloço
sonaua
sonrriendo
sossegadamente
sossegado
sossegaos
sosegasse
sossegaua
sossiegate
sossiego
sossieguen
soys
suauidad
subjeta
subjectó
submisiones
succeder
succedido
succedio
successo
succèsor
sufficiente
suffra
suffre
suffrido
suffrir
suffriré
supiesse
suplicasse
suplicaua
suzio
Syluania

T

taçoncillo
talegonzillo
tardezillo
tardezita
Tarsia
tasasse
tassado
temiesse
teneys
tengays
tentasse
ternezito
Theofilo
thesoro
Tholomeo
Thracia
tirasse
tixera
tocasse
tocaua
tomasse
tomassemos
tomaua
trabajasse
trabajaua
traçador
traeys
trage
Transsiluania
Transyluanos
traspasso
trastrocassen
trauado
traués
trauó
traycion
traydo
traygo
traxeron
traxesse
traxo
truxo
traya *(traia)*
traycion
traydo
traydor
treynta
triumphal
triumphauades
triumpho
Truanilla
tropeçar
truxesse
tuue
tuuido
tuuieron
tuuiesse
tuuiessedes
tuuiste
tuuo
Tybero
Tyberio
tyrannia
Tyro

V

valerosissimo
vando
vassallo
vays
vayuen
vaxel
vazies
vee
vees
velasse
velays
vellaco
vellaquería
vergonçoso
verguença
veya (*veía*)
veys
veynte
vezes
vezino
viage
viesse
visitasse
viuido
viuiesse
violaua
visitasse
vistiesse
viuieron
vltra
vmbroso
vn
vna
vngiendo
vngir
Vngría
vnguento
vnico
vniuersal
vno
vntandola
vña
Vrbino
vrdido
vrdió
vsa
vsasse
vsaua
vseys
vso
vsó
vuessa
vuiesse

Y

yaze
yd
ydo
ydolo
yerua
yglesia
ygual
ygualar
ygualasse
ygualmente
ymaginacion
yr

yra Ytalia yua
yracundo ysla

Z

zahumado

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Poesías:

—*Danza spiritual de muchas mugeres señaladas de la Sagrada Scriptura. Hecha en alabança de la Sacratissima Madre de Dios. Tañida por Joan Timoneda. Agora nuevamente en el año M. D. LIII.*—(s. l.; s. i.).

—*Romance de la sacratissima passión de Nuestro Redenptor Jesu Christo, el qual comiença de como Pilato dixo Ecce Homo, y acaba hasta quando el hijo de Dios espiró en el árbol de la Cruz. Es romance muy contemplativo. Compuesto por Joan Timoneda.*—(s. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555).

—*La gallarda contrahecha a lo spiritual, por Joan Timoneda en alabança de Nuestro Redenptor Jesu Christo.*—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555).

—*Les cobles de* «Bella de vos en amoros». *Hara novament trobades per Joan Timoneda a suplicació*

del interes y vulgo de la gent.—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555).

—*Les cobles de* «Dali Miquel portam a casa», *contrafetes al spiritual per Joan Timoneda, pera Nadal. Y les cobles de* «Cercara Jorge», *contrafetes a altra interpretació.*—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555.)

—*Siguense tres romances: El primero es una pavana en loor de Nuestra Señora. El segundo en alabanza de la Custodia...*—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555). (1).

—*El Pater noster glosado sobre la salutación del Arcángel Sant Grabiel* (sic) *a Nuestra Señora, glosado por Joan Timoneda. Es obra muy sentida y de nuevo estilo. Con dos chançonetas para cantar la noche de Navidad.*—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555).

—*Contienense dos canciones deuotas y contemplativas. La primera es al tono daquel cantar que dize:* «Si vos os llevais los besos». *Compuestas por Nofre Almudevar. Con otra al tono de:* «Mis ovejas hacen daño». *Hechas por Joan Timoneda.*—S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555).

—*La epistola de Boscán, el que:* «Sin ti biuir ya no querria», *contrahecha a lo spiritual, por Joan*

(1) «A la página 266 del *Indice espurgatorio* de 1790, se prohibe, entre otras obras de Juan Timoneda, *La pavana de Nuestra Señora,* que sin duda es la primera composición del presente opúsculo, y tal vez sea del mismo el romance a la Custodia».—Salvá, *Catálogo* tomo I, pág. 37.

Timoneda, en alabança de la Concepción de Nuestra Señora.—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555).

—*Escriue Joan Timoneda, natural valenciano, en loor del glorioso Sant Uicente Ferrer, deuoto suyo, las coplas siguientes.*—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1555).

—*Aqui comiençan cinco romances muy notables. El primero de la Salutación. El segundo de Sant Juan Baptista. El tercero de la Magdalena. El quarto de Sant Juan Euangelista. El quinto del glorioso Sant Francisco. Aora nueuamente impresos.*—(S. l.; s. i.; s. a.: hacia 1560), (1).

—*Sarao de amor.*—Valencia, Juan Navarro, 1561.

—*Cancionero llamado Uillete de Amor, compuesto por Baptista Montidea. Contiene: Uillete de amor. Enfados de muy grandes auisos y provechosas sentencias, nunca impresos ni vistos hasta agora. Puestos a gesto por Montidea, grande amigo de Diamonte.*—(S. l.; s. i.; s. a.: Valencia, 1565).

—*Coplas en que se trata como Diego Moreno, el que otro tiempo tuuo tanto descuydo de su muger, agora la mata de celos.*—(S. l.; s. i.; s. a.: Valencia, 1565).

---

(1) «Durán no trae ninguna de estas composiciones; la tercera, dirigida a María Magdalena, podrá tal vez ser una de Juan Timoneda, prohibida en el *Indice espurgatorio*, de 1790, cuyo título es: *Un diálogo de la Magdalena*, y esta conjetura es tanto más verosímil cuanto estos romances están indudablemente impresos en Valencia, y se encontraban encuadernados junto con otros pliegos volantes compuestos por el librero valenciano».—Salvá, *Catálogo*, t. I, página 34.

—*Obra llamada María.* — Valencia, Juan Navarro, 1568.

—*Canción dedicada a los moros de Sierra Nevada, hecha por Joan Timoneda.*—Valencia, Pere Borbón y Miquel Martínez, libreros, 1569.

—*El Cabañero cancionero.* — Valencia, Pedro de Huete, 1570.

—*Rosa de amores. Primera parte de romances de Joan Timoneda.*—Valencia, Juan Navarro. Al fin: 1572. (En la portada: 1573).

—*Rosa española. Segunda parte de romances de Joan Timoneda, que tratan de hystorias de España.*— Valencia. (S. i.: Juan Navarro), 1573.

—*Rosa gentil. Tercera parte de romances de Joan Timoneda, que tratan hystorias romanas y troyanas.* Valencia, Juan Navarro, 1573.

—*Rosa real. Quarta parte de romances de Joan Timoneda, que tratan de casos señalados de reyes y otras personas que han tenido cargos importantes, assi como principes, visorreyes y arçobispos.*—Valencia, Juan Navarro, 1573.

—*Tercera parte del Reclamo Spiritual, en la qual se contienen las obras que leyó y compuso Joan Timoneda en loor del Santísimo Sacramento en el año de mil quinientos y setenta y uno, y setenta y tres.*—Valencia, (S. i.: Juan Navarro), 1573.

—*Cancionero llamado Guisadillo de Amor. Agora nueuamente compuesto y guisado por Joan Timoneda, de diuersos auctores, para los enfermos y des-*

gustados amadores. En el qual se contienen canciones y estrañissimas glosas.—Valencia, Juan Navarro. (S. a.: hacia 1573).

—*El Truhanesco.*—Valencia, Juan Navarro, 1573.

—*Cancionero llamado Enredo de Amor. Agora nueuamente compuesto por Joan Timoneda. En el qual se contienen canciones, villancicos y otras obras no vistas.*—Valencia, Juan Navarro. 1573. (1).

—*Dechado de colores.*—Valencia, Juan Navarro. (S. a.: hacia 1573) (2).

—*Coplas del honradissimo Gil Garcia. Compuestas por Joan Timoneda.* (S. l.; s. i.; s. a.: fines del siglo XVI).

—*Diversas y nueuas canciones muy sentidas para cantar. Compuestas por Joan Timoneda.*—(S. l.; s. i.; s. a.: fines del siglo XVI).

—*Historia del enamorado moro Abindarraes, compuesta por Joan Timoneda.*—Valladolid, Alonso del Riego. (S. a.)

—*Rosa de romances o Romances sacados de las Rosas de Juan Timoneda. Escogidos, ordenados y anotados por Fernando José Wolf.*—Leipzig, 1846.

TEATRO:

—*Las tres comedias del facundissimo poeta Joan Ti-*

(1) Descrito por Wolf en la Advertencia a su selección de las *Rosas de Timoneda.*

(2) Dudoso. Atribuído por Salvá, *Catálogo*, t. I, pág. 172.

moneda.—Valencia. (S. i. 1559.) (Contiene: *Amphitrion. Menemnos. Cornelia*).

—*Turiana. En la qual se contienen diuersas comedias y farças muy elegantes y graciosas con muchos entremeses y passos apazibles. Agora nueuamente sacadas a luz por Ioan Diamonte.*—Valencia, Juan Mey, 1564. (1).

—*Ternario sacramental. En el qual se contienen tres auctos: el de La oveja perdida, el del Castillo de Emaus, el de La Iglesia. Tres espirituales representaciones al Smo. Sacramento. Compuestas por Ioan Timoneda.*—Valencia, Juan Navarro, 1575.

—*Segundo ternario sacramental, que contiene tres auctos: el de La Fuente sacramental, el de Los Desposorios, el de La fee.*—Valencia, Juan Navarro, 1575.

—*Quaderno spiritual al Santissimo Sacramento y a la Assumpcion. Auto sacramental de La oveja perdida.*—Valencia, (S. i.) 1597.

Prosa:

—*Memoria poética.*—Valencia, Juan Navarro, 1559.

—*Cartilla de la muerte. Arte para aiudar a bien morir en el qual se contiene lo que se le puede decir a un buen cristiano en el artículo de la muerte.*

---

(1) Bartolomé José Gallardo: *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos.* Madrid, 1889, t. IV, c. 271.

Recopilada por Joan Timoneda.—Valencia, Juan Navarro, 1568.

—*Memoria Valentina.* — Valencia, Juan Navarro. 1569.

—*Memoria Hispanea.* — Valencia, Juan Navarro, 1569.

—*Memoria poetica.* — Valencia, Juan Navarro, 1569.

—*Memoria Valentina.*—Valencia, Pedro de Huete, 1570.

—*Memoria Hispanea.*—Valencia, Pedro de Huete, 1570.

—*Memoria Hispanea.*—Alcalá, Sebastián Martínez, 1576.

—*Timón de tratantes.*—Valencia, Vicente de Miravet, en casa de los herederos de Juan Navarro, 1587.

—*Memoria de las cosas acontecidas en España, recopiladas por Joan Timoneda.*—Toledo, Juan Ruiz, 1593. (Con la obra de Juan Alemán: *Reportorio de los tiempos*).

—*Carta satisfactoria en la qual responde la senyora recien casada muy quejosa contra el autor por lo que dijo del manto. Es carta do se toca por gentil estilo y dichos notables la poca autoridad y prudencia de los maridos indiscretos. Autor Joan Timoneda.*—(S. l.; s. i.; s. a).

—*Libro y memorial de algunas cosas que de algunos años a esta parte han sucedido en la villa de Ma-*

drid, desde el año 1400 hasta 1520. Dividido en dos partes. (Manuscrito). (1)

Ediciones del Buen aviso y portacuentos:

—Valencia, Juan Mey, 1564.
—Valencia, Juan Navarro, 1569.
—Valencia, Pedro de Huete, 1570.
—Facsímil publicado por la *Hispanic Society* de New York.
—*Revue Hispanique*. Tomo XXIV, 1911, páginas 171 y sigs. Editado por R. Schevill.

Ediciones de El Patrañuelo:

—Valencia, Joan Méy, 1567.
—Alcalá de Henares, Sebastián Martínez, 1576.
—Barcelona, Jaime Sendrat. 1578.
—Bilbao, Matías Mares, 1580.
—Madrid, Manuel Martín, (S. a.: 1579) (2).
—Madrid, Rivadeneyra, (vol. III de la *Biblioteca de Autores Españoles*. Editado por Aribau).
—París, Baudry, 1847 (Vol. XXVI de la *Colección de los mejores autores españoles*).

(1) «nuestro escritor, de quien el cronista general de España don Josef Pellizer acostumbra alabar un libro manuscrito con este título» —Josef Rodríguez, *Biblioteca Valentina*, Valencia, 1747.

(2) Con el extraño título de: *El discreto tertuliante... sacadas segunda vez a luz por Ioseph de Afranca y Mendoza.*

—Madrid, Sucesores de Hernando, 1903 (Volumen CXLVII de la *Biblioteca Universal).*

Ediciones de El sobremesa y alivio de caminantes:

—Medina del Campo, Francisco del Canto, 1563.
—Zaragoza, Miguel de Guesa, 1563.
—Valencia, Juan Navarro, 1569.
—Valencia, Pedro de Huete, 1570.
—Amberes, Antonio Tylemo, 1577.
—Sevilla, Fernando Lara, 1596.
—Pamplona, 1608.
—Barcelona, 1885.
—Madrid, Imp. de la Correspondencia de España, 1885 (1).
—Madrid, 1917 (2).

Sobre Timoneda:

—M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela, t. II, Introducción.* Madrid, Bailly Bailliere, 1907 (volúmen 7 de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles).
—F. Wolf, *Wiener Jahrbücher der Literatur*, t. 122, (1848), pág. 113.

(1) Con el título de *Cien cuentos de Juan Timoneda.*
(2) Reproducción de la edición de 1569, a costa de Melchor García.

—F. Liebrecht, *Geschichte der Prosadichtung*, Berlín, 1851.

—R. Schevill, *Some forms of the Riddle Questions*, en *University of California Publications* en *Modern Philology*, t. II.

—R. Schevill, *Revue Hispanique*, t. XXIV, 1911, página 171.

—J. P. Wickersham Crawford, *Modern Language Review*, t. IX (1914).

—J. Hurtado y A. G. Palencia, *Historia de la Literatura Española*, segunda edición, Madrid, 1925, página 414.

Con el título de *El patriarca del Turia* estrenó el 23 de diciembre de 1857 don Luis Eguilaz un drama en el que intervienen como personajes Timoneda y Lope de Vega. Supone el autor la acción en la huerta de Valencia y en 1599, fecha en que, como sabemos, había ya muerto el librero valenciano.

En la página 210, línea 8, palabra primera, de la presente edición, se ha deslizado una errata importante; dice: *hallas;* léase *hayas.*

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.

EL PATRAÑUELO

SONETO

ENTRE EL AUTOR Y SU PLUMA.

—Pluma, en hartas obras me ocupaste.
—Hartos murmuradores has tenido.
—Canciones infinitas emprimido.
—¿Tus faltas y descuidos discantaste?
—Romances hice afables, si notaste.
—Con ellos has quedado bien roído.
—Sonetos he compuesto y traducido.
—Tu poca habilidad sé que sonaste.
—Igual fuera ser Sócrates famoso.
—Platón no hubiera para ti faltado.
—O Séneca, el quen letras encumbraron.
—Rumiárate Aulo Gelio, muy curioso.
—Pues bien podré pasar por do han pasado.
—Podrás, mas no quedar como quedaron.

SONETO

DE AMADOR DE LOAYSA EN LOOR DE LA OBRA.

Ingenio subtilísimo, abundoso,
ilustre, sabio, fértil, admirable,
discreto, grato, lento, co[n]versable,
leído, ejemplar, artificioso.
Retórico, apacible, caudaloso,
benigno, sin doblez, cauto, amigable,
suave, liberal, honesto, afable,
en cuentos y en amores muy gracioso.
Poético en estilo sobrehumano,
de Musas laureado acá en el suelo,
acepto ya por todo el Universo.
Cómico penetrante en prosa y verso,
cual se descubre en este Patrañuelo,
es el de Timoneda, valenciano.

EPÍSTOLA AL AMANTÍSIMO LECTOR

Como la presente obra sea para no más de algún pasatiempo y recreo humano, discreto lector, no te des a entender que lo que en el presente libro se contiene sea todo verdad, que lo más es fingido y compuesto de nuestro pobre saber y bajo entendimiento y, por más aviso, el nombre dél te manifiesta clara y distinctamente lo que puede ser, porque Patrañuelo deriva de patraña, y patraña no es otra cosa sino una fengida traza, tan lindamente amplificada y compuesta, que parece que trae alguna aparencia de verdad.

Y así, semejantes marañas las intitula mi lengua natural valenciana *Rondalles* y la toscana *Novelas*, que quiere decir: «Tú, trabajador, pues no velas, yo te desvelaré con algunos graciosos y asesados cuentos, con tal que los sepas contar como aquí van relatados, para que no pierdan aquel asiento ilustre y gracia [con] que fueron compuestos. VALE.

EL PATRAÑUELO

PATRAÑA PRIMERA

Argentina y Tolomeo,
los dos, por la penitencia,
vinieron a conoscencia
no haber hecho caso feo.

En la ciudad de Alejandría habitaban dos prósperos y ricos mercaderes, casados muy a su contento, el uno llamado Cosme Alejandrino, y el otro Marco César, los cuales, con sus tratos y mercancías, hacían compañía y habitaban en una propria casa. Quiso su buena suerte y ventura que en un tiempo y sazón engendrasen sus mujeres y pariesen en un mesmo día dos hijos, los más hermosos y agraciados que formar pudo Naturaleza; por lo cual, confederados con la buena amistad que se tenían, quisieron que se llamasen los dos Tolomeos, de un solo nombre; aunque de allí a muy pocos días las madres murieron, a respecto que tuvieron los partos trabajosos y mortales; bien que cuando esto aconteció a Cosme Alejandrino, tenía una hija dicha

Argentina, que en su casa un ama se la destetaba.

Los honrados viudos, ya después de haber hechas sus honras en el enterramiento de sus mujeres, platicando a quien podrían dar a criar sus hijos, habiendo el ama sentimiento dello, que Pantana se decía, por importunación de su marido Blas Carretero, de improviso, arrodillada delante de sus presencias, hizo la siguiente petición: «Lastimados y señores míos: Tanto con aquella humildad que prestalles debo y puedo, cuanto a la voluntad que, en gloria sean, mis señoras y mujeres suyas he tuvido y, sobre todo, el amor que de nuevo he tomado por empezar a dalles la destilada leche de mis pechos a sus dos hijos únicos amados Tolomeos, soplico cuan encarescidamente posible sea que me los den a mí a criar tan solamente, si servidos fueren; porque ya sabe aquí el señor Cosme Alejandrino con cuanta diligencia y solicitud he criado en casa a Argentina, hija suya, que de leche necesidad paral presente no tiene, sino yo desta señalada merced que a los dos juntamente pido».

En velle tan humilde y cuán bien manifestaban las lágrimas que destilaba por sus ojos el entrañable amor que en su corazón estaba oculto, tomáronla entrambos a dos por sus brazos, y alzándola de tierra, tomando la mano Cosme Alejandrino, dijo lo siguiente: «Ama y señora nuestra, que ansí conviene paral presente que os llamemos, viendo

vuestra buena determinación y considerando los servicios recebidos de vos y de vuestro marido que en esta casa recebimos de cadal día, de parte del señor Marco César y mía digo que soy contento, si él por bien lo tuviere.» Respondió Marco César: «Sí, señor, y satisfecho. Así que, señora ama, crialdos como de vos se confía.»

Pues como el ama los criase, eran tan semejantes en estatura y gesto, que si el ama no, nadie sabía determinarse de presto cual su hijo fuese, por lo cual, siendo grandecillos, tuvieron necesidad [de] diferenciarlos de vestidos.

En este discurso de tiempo, el Marco César, viniendo a menos, él y Cosme Alejandrino deshicieron la compañía, y determinándose de ir el Marco César a vivir en Atenas, pidiendo su hijo, el ama, por el amor que a los niños tenía, usó desta maña, y fué que mudando los vestidos trastrocó los hijos y dió a cada cual padre el que no era su hijo, a respecto que Cosme Alejandrino cuando viniese a saber, siendo grande, que no era su hijo aquel, no dejaría, por habelle tenido en aquella reputación y cuenta, de hacelle algún bien, y a su hijo mucho más.

Pero como las mujeres sean frágiles, el ama, que Pantana se decía, ya que destetado hubo a Tolomeo, por tener el marido viejo, rencilloso, y conceder a los lisonjeados requiebros de cierto mancebo, y puespuesto el amor que tenía a la casa de Cosme

Alejandrino, se fué con el dicho mancebo, tomando lo mejor que pudo; y siendo a una jornada de la ciudad, a la halda de la sierra de Armenia, la robó el mancebo que la llevaba. Y viéndose sola, sabiendo que en la cumbre del monte había una ermita y necesidad de ermitaño para ella, cortóse de la saya que llevaba un hábito mal cortado y peor cosido, y llamándose Fray Guillermo, se puso en ella, y por su buena condición y vida la tenían en gran reputación por todos aquellos lugarejos.

Siendo ya de edad proporcionada Argentina y Tolomeo, por la mucha familiaridad y conversación que se tuvieron, sin tener respeto al deudo quellos pensaban tener, se ayuntaron los dos, del cual ayuntamiento se hizo ella preñada.

En esta coyuntura, Marco César vino de Atenas con gran cuantidad de dineros, que en sus tratos y mercaderías había ganado, para pagar a todos sus deudores, y trajo consigo a Tolomeo, el cual pensaba que su hijo fuese; y visitándose él y Cosme Alejandrino, trataron casamiento de Argentina con Tolomeo Ateniense, que ansí se llamaba por haberse criado en Atenas. Los padres contentos y dadas las manos, suplicó Marco César a Cosme Alejandrino que estuviese el negocio secreto entre tanto que volviese de cierto camino que había de hacer.

Pues como Argentina en este entretenimiento se viese preñada y desposada, dando parte dello a su querido Tolomeo, hallóse el triste mancebo tan

atribulado que no tuvo otro remedio sino irse aborrescidamente de casa [de] Cosme Alejandrino, dejando encomendada Argentina a una parienta suya, en que en ser nascida la criatura, secretamente le diese recaudo; y él, como a culpado que se pensaba ser por haberse ayuntado con su hermana, no lo siendo, se fué a las sierras de Armenia para consejarse con Fray Guillermo y recebir la penitencia de su mano; el cual, como ama que le había sido, y por la confesión que hizo, luego le conosció, y disimuladamente le dió una sotil penitencia, dándole acogimiento en su ermita.

Viniendo a parir la congojada y triste Argentina sin haber nadie sentimiento, no fué tan secreta en este negocio que al sacar la criatura una moza de casa lo hubo de sentir Cosme Alejandrino, y por allí vino a saber de quién y cómo se había engendrado; el cual, airado de semejante caso, mandó a Blas Carretero, un criado de quien mucho se fiaba que, vista la presente, tomase aquel niño y le echase en el río de Armenia. Sabido por Argentina, su madre, el cruelísimo mandado de su padre Cosme Alejandrino, por ruegos y promesas que hizo a Blas Carretero, lo inducio que lo echase en las sierras de Armenia, con cierto joyel que le puso al cuello.

Echado el niño, hallóle Fray Guillermo entre unas matas, el cual llevó a su ermita, y a ciertos pastores, con leche de ovejas y cabras mandó que lo criasen.

Argentina, alcanzando a saber a cabo de días que su amado Tolomeo hacía penitencia en las sierras de Armenia, se fué derecho allá escondida y secretamente, y venida a los pies de Fray Guillermo, conoscida la inocencia de su pecado y de cómo, por las señas que ella dió, quel niño que se criaba era su hijo, se dió a Tolomeo y a ella a conoscer, dándoles clara y distincta razón cómo no eran hermanos ni por tal se tuviesen, y quel hijo suyo ella lo tenía bien guardado, y que diesen a Dios loores y gracias de todo, pues en tan buen puerto habían aportado, y que les suplicaba de su parte que se fuesen juntamente con ella a casa de Cosme Alejandrino, porque sabiendo el caso como pasaba no dejaría de tener por bien que se efectuase el matrimonio de los dos y haber todos complido perdón. Entonces aderezaron su partida.

Como Marco César viniese a pedir la palabra a Cosme Alejandrino que le diese a Argentina por mujer de su hijo Ateniense, y no la hallase, era tanta la contienda de los dos que no había quien los averiguase. En esto allegó Fray Guillermo, diciendo: «¡Paz, paz, honrados señores, y Dios sea con ellos! Sosieguen y óiganme, por caridad, si son servidos, que podrá ser que yo sea el remedio con que se atajen sus tan trabadas y marañadas pendencias».

Callando todos, mandáronle que prosiguiese, el cual dijo ansí: «Señor Cosme Alejandrino, tu hija

Argentina y Tolomeo bajo de mi poder y dominio están, y el niño que mandastes echar en el río también. No te fatigues, que sin perjuicio de tu honra ni ofensa de Dios, pueden ser casados, porque Tolomeo, el que piensas ques tu hijo, no lo es, sino aquí de Marco César, y el de Marco César es el tuyo; y porque crédito me des y tú quedes satishecho de lo propuesto, has de saber que yo soy Pantana, mujer de Blas Carretero, que tuve por bien de trastrocaros de hijos al tiempo que deshecistes la compañía, porque los niños, siendo tú próspero, fuesen bien librados. Y si desto que hice te paresce que merezco culpa, te suplico que me perdones, y asímismo me lo alcances de mi marido».

Concediéndoselo y venidos Argentina y Tolomeo en su presencia, fueron muy bien recebidos, y los padres muy contentos y alegres que fuesen casados, y así se hicieron las bodas muy solemnes y regocijadas, como a sus estados y honra pertenescían.

Deste cuento pasado hay hecha comedia, que se llama *Tholomea*.

PATRAÑA SEGUNDA

Por su bondad, Griselida
fué marquesa; obedescía
lo quel marido quería,
con paciencia no fingida.

En los confines de Italia, hacia el poniente, región harto deleitable y poblada de villas y lugares, habitaba un excelente y famosísimo marqués, que se decía Valtero, hombre de gentil y agradable disposi[ci]ón, y de grandes fuerzas, puesto en la flor de su mocedad, no menos noble en virtudes que en linaje. Era, finalmente, en todo muy acatado, salvo que contentándose con sólo lo presente era en extremo descuidado en mirar por lo venidero, tanto, que toda su ocupación era correr monte, volar aves, que todo lo demás parescía tener puesto en olvido; y lo que sobresto sentían sus vasallos, era que no curaba de casarse ni quería que le hablasen en ello.

Disimularon algún tiempo estas cosas, pero al fin, habiendo su acuerdo, vinieron en presencia dél,

---

17 *de casarse;* en la edición: *descasarse*, por errata.

y uno que parescía tener más autoridad y era más privado suyo, en nombre de todos le dijo: «Vuestra humanidad, excelente señor, nos da osadía para que cada cual de nosotros en particular, cuando el caso lo requiere, os pueda muy abiertamente declarar su intinción. Así quella misma me da a mí al presente atrevimiento para declararos las voluntades secretas destos vuestros y obedientes vasallos, no porque yo sea para esto más hábil ni tenga mayor autoridad, sino la que vos, señor, con vuestras grandes mercedes me habéis quesido dar. Como quiera, pues, señor, que todas vuestras cosas sean de tanto valor y a todos nos parezcan bien, que nos tenemos por dichosos en ser vasallos de tal señor, sola una cosa nos queda, la cual, si tenéis por bien concedernos, seremos sin duda los más bien fortunados hombres que hallar se pudieren en nuestros tiempos, y es que queráis, señor, casaros y poneros bajo del yugo matrimonial. Por tanto, señor, os suplicamos admitáis nuestros ruegos, así cual nosotros estamos promptos a vuestros mandamientos. Sacadnos, señor, deste tan grande cuidado, porque si de vuestra vida ordena Dios otra cosa no muráis sin heredero, y nosotros sin el señor que de tan buen linaje deseamos».

Movióse el ánimo del Marqués con estos ruegos, y dijo: «Forzáisme, amigos, a pensar en cosa muy

17 *hallar;* en la edición: *a hallar.*

ajena de mi pensamiento, porque holgaba vivir con entera libertad, la cual en los casados es muy rara; pero yo quiero someterme a vuestras voluntades, con tal condición que vosotros me prometáis y guardéis una cosa, y es que la que yo escog[i]ere por mujer, sea quien fuere, con toda honra y reverencia la sirváis, y que de mi elección, en esta parte, ninguno de vosotros en algún tiempo contienda o se queje; básteos que se conceda vuestra petición en casarme».

Con mucho gozo y concordia prometieron los vasallos de hacer lo quel Marqués les propuso, como hombres que apenas podían creer que habían de ver el deseado día destas bodas, las cuales él les declaró para día cierto porque se aparejasen a solemnizarlas con mucha magnificencia, para lo cual ellos se ofrescieron de muy amorosa gana; y así, se despidieron del Marqués con gran contentamiento.

Idos, el Marqués, como al punto que le hablaron sus vasallos del casamiento le pasó por la memoria de los servicios y bondad y gentileza de Griselida, sabia, graciosa pastora, que por diversas veces yendo a caza había recebido siendo hospedado en casa de su padre Janícola, rico cabañero, determinó que Griselida fuese su mujer, y por eso les

25 *cabañero* = ganadero; *cabaña:* el número de cabezas de ganado que tiene cada uno, que a lo menos ha de contener doscientas, para poderse llamar ganadero de la Cabaña Real.—*Dic. Aut.*

señaló el día de las bodas, y por el consiguiente, a todos los criados y servidores de su casa.

Griselida, no lejos de la ciudad adonde el Marqués tenía sus palacios, residía con su padre Janícola en un lugarejo de pocos y pobres moradores, con gran copia de ganados, que con la industria y sagacidad della eran regidos y gobernados, harto hermosa y de buen parescer cuanto a la disposición y presencia. Pero en la verdadera hermosura de ánimo y noble crianza tan excelente hembra era, que ninguna de aquel tiempo igualar no se le podía, y como era criada a todo trabajo, ignoraba supersticioso deleite, que no se asentaba en su pecho pensamiento de regalo, antes un grave y varonil corazón publicaba en defensión de su honestidad y mantenimiento de sus mansas y queridas ovejuelas.

Era cosa de notar el grandísimo amor con que regalaba y servía a su viejo padre, y a causa que cerca deste pobre lugar había un fertilísimo monte de abundante caza, deste Marqués solía ser visitada por diversas veces, y della con mucha sagacidad servido. Y como a su noticia viniese que el Marqués había señalado el día de las bodas sin nadie saber quién había de ser la tan dichosa y bienaventurada Marquesa, rogóle al padre que para aquel día la llevase a la ciudad para que conoscer la pudiese, y en regocijo de tan solemnes fiestas del Marqués alguna merced alcanzase, en recompensa de los pobres y bajos servicios que de su poca posibilidad

tenía recebidos. La cual petición, el padre se la concedió.

En este medio hacía el Marqués aparejar con gran diligencia anillos, piedras preciosas, joyas y ropas, y todo lo demás que para tal caso convenía, la cual ropa hacía cortar a medida de una criada de su casa, semejante en estatura y complisión de Griselida.

Venido ya aquel día tan deseado en que se habían de celebrar las bodas, acudieron a palacio muchos caballeros y damas, ricamente vestidos, y en no saber quién sería la novia todos estaban suspensos y maravillados. Viendo el Marqués la caballería juntada y los menestriles a punto, diciendo que quería salir a recebir a su esposa, cabalgó llamando media docena de los más privados caballeros suyos, [y] fuése derechamente a casa de Janícola, el cual halló que salía con su hija para venir a la ciudad, y tomándole por la mano le apartó muy en sécreto, y le dijo: «Janícola, ya sé que me quieres bien; yo conozco que eres hombre leal, y pienso ternás por bueno lo que a mí me place. Una cosa en particular querría saber de tí: si como soy tu señor querrás darme tu hija por mujer».

Maravillado el viejo de cosa tan nueva, estuvo un

14 *menestriles* = ministriles: se llaman los instrumentos músicos de boca, como chirimías, bajones y otros semejantes. Se llama también el que toca los instrumentos llamados ministriles.—*Dic. Aut.*

poco sin poder responder, pero al fin, cuando el miedo le dejó abrir la boca, dijo: «Señor, ninguna cosa debo yo querer o no querer sino lo que vos tenéis por bien, viendo que sois mi señor».

En esto le dijo el Marqués: «Entrémonos yo y tú solos con tu hija Griselida en tu casa, porque en presencia tuya tengo necesidad de hacelle ciertas preguntas».

Entrados, pues en casa, quedando los seis caballeros fuera, enderezó amorosamente su plática a Griselida el Marqués, diciendo: «Virtuosa y dichosa doncella, tu padre, y yo por el consig[ui]ente, somos contentos que seas mi mujer; creo que no querrás contradecirnos, pero yo quiero saber de ti una cosa, y es que cuando nuestro casamiento fuere concluído, el cual será luego, placiendo a Dios, me desengañes si estás prompta para hacer de buena gana todo cuanto yo te mandare, de suerte que nunca vengas contra mi voluntad y pueda hacer de ti lo que bien me paresciere, sin que por ello conozca en tu cara tristeza o en tus palabras contradición alguna».

Respondió la considerada doncella, temblando de vergüenza y de la sobrada alegría quen su corazón había concebido: «Señor mío, bien sé queste tan alto favor es mucho mayor que mi merescimiento; pero si vuestra voluntad y mi dicha es tal, no digo hacer cosa contra su parescer, pero ni pensalla en mi pensamiento, ni aun de cuanto vos hiciéredes

contradeciros, si pensase recebir mil muertes por ello».

Oído esto, el Marqués dijo: «Abaste eso; tal se confía de vos, doncella».

Y tomándola por la mano la sacó delante sus caballeros, diciendo: «Amigos, ésta es, aunque con bastos vestidos compuesta, mi mujer y señora vuestra. Servilda y amalda». Entonces los caballeros, con las gorras en las manos, se arrodillaron delante della, besándole las manos con gran cortesía cada uno; y abrazándoles de uno en uno los alzó de tierra. Entonces el Marqués mandó que secretamente el uno dellos la llevase a palacio y la pusiese en su aposiento, y que allí, de un ama suya de quien mucho se fiaba, fuese despojada de las ropas que traía y vestida de aquellas riquísimas que para su propósito se habían ya cortado.

Entrando el Marqués por su palacio, como tan deseosos estuviesen los caballeros y damas de la Marquesa, le preguntaron: «Señor, ¿qué es de la señora y deseada Marquesa? Muy mal cumple su palabra vuestra señoría». A esto respondió: «No os fatiguéis, amados y vasallos míos, que ya está en palacio; y porque en breve podáis conoscer quién es, yo entraré por ella y la sacaré de la mano en vuestra presencia». Y despidiéndose dellos con la cortesía acostumbrada, se entró en el aposiento a do a

---

27 *en el;* en la edición: *en lo*.

Griselida la estaban adrezando y componiendo; la cual puesta a punto, paresció tan hermosa y real dama cuanto pudo ser en el mundo, que de enamorado que estuvo el Marqués en vella no pudo estar de abrazalla y besalla, y dalle un riquísimo anillo en señal de desposada, y tomándola por la mano, salió en la sala a do la estaban aguardando los caballeros y damas; y disparando los menestriles se movió un grandísimo regocijo, diciendo: «¡Viva el Marqués y la Marquesa por muchos años y buenos! Amén». Adonde fueron desposados por un obispo muy honrado, y les dijo la misa y se celebraron las bodas, pasando aquel día con muchos juegos y danzas.

Mostróse en poco tiempo después en la pobre ya hecha nueva Marquesa tanta gracia y divinal favor, que no mostraba en alguna cosa ser nascida ni doctrinada en la aspereza del monte, sino en palacios de grandes señores, por donde de todos era muy honrada y querida cual se podía creer, tanto, que a los que a conoscer la vinieron desde niña, se maravillaron que fuese hija de aquel villano Janícola, según era de excelente el modo de su vivir y tratamiento, la nobleza de su crianza y la gravedad y dulcedumbre de sus palabras. Con todo lo cual traía a sí el amor y reverencia de cuantos la miraban, y no sólo en aquella su tierra, más también por otras provincias era ya tan divulgada su ilustre fama, que muchas gentes, así hombres como mujeres, con gran deseo la venían a ver.

Con tan excelente mujer vivía el Marqués en su tierra en mucha paz y sosiego, y de todos era tenido por muy prudentísimo, en que debajo de tanta pobreza había sabido conoscer tan sublimada virtud; y no penséis que esta tan noble señora entendiese solamente en los ejercicios de dentro de su propria casa, sino que donde se ofrescían generales y públicos casos, estando el Marqués ausente, atajaba y declaraba los pleitos, apaciguaba las discordias, y todo esto con mucha prudencia y recto juicio, que todos a una voz decían que Dios les había dado tal señora por su infinita misericordia, y rogaban a Dios que le diese fructo de bendición.

De allí a poco tiempo se hizo preñada, y parió una niña muy hermosa, de lo cual fué muy gozoso el Marqués y todos sus súbditos y vasallos, y con gran contentamiento la Marquesa la quiso criar a sus pechos. Y por probar su fertilidad y paciencia, siendo la niña de edad de dos meses, ordenó el Marqués una cosa digna de maravillar y no cierto de loar entre sabios, y es que mandó a su ama, por ser muy sagaz y de quien se podía muy bien fiar, que tomase una niña que había habido del hospital recién fallescida, y estando durmiendo de noche en su cámara la marquesa, le tomase su hija y le pusie-

18 *fertilidad* = bondad. Ninguno de los diccionarios que hemos consultado trae la acepción en que usa Timoneda esta palabra; acaso tuvo en cuenta el autor valenciano para esta significación, la bondad que se supone en un terreno fértil.

se la muerta con los mesmos pañales. Hecho esto con la mayor astucia del mundo, como la Marquesa se despertase y hallase muerta la niña, alzándose en la cama empezó a decir: «¡Ay, Reina de los ángeles y amparo de los afligidos pecadores! ¡Señora mía! ¡no me desmanparéis! Y ¿de qué puede ser muerta?» A las voces, como ya el Marqués estuviese sobre aviso, vino corriendo de su aposento, medio despojado, con muchas hachas encendidas, y el ama mesándose sus cabellos, se le puso delante, diciéndole la desdicha que le había acontescido a la Marquesa. Oyendo esto y llegado en su presencia, mandó que le quitasen la niña dentre manos y que con solemne enterramiento la enterrasen y, vista la presente, se retrujo en lo más oculto de su palacio, y con un criado llamado Lucio, muy familiar suyo, envió su hija al Conde de Bononia, su especial y carísimo amigo, para que la criase en toda suerte de buenas y virtuosas costumbres, y, sobre todo, la tuviese tan secreta que nadie pudiese saber cúya hija era.

De allí a cuatro o cinco días determinó el Marqués de visitar a la Marquesa, la cual halló muy triste, encerrada en su aposiento, y entrando por él, mandó que todos se saliesen fuera y los dejasen solos; y asentados, enderezó su plática a la Marquesa, diciendo ansí: «Ya sabéis, Griselida, porque no pienso que la presente prosperidad os haya hecho olvi-

8 *despojado* = desnudo. *Dic. Aut.*

dar de lo que antes fuistes, de qué manera venistes a mis palacios y os tomé por mujer; y a la verdad, yo os he siempre amado y estoy de vos bien satishecho, sino que después que nuestra única hija, tan deseada, hallastes muerta a vuestro lado, mis caballeros y vasallos están de vos malcontentos, y les paresce cosa áspera tener por señora una mujer plebeya y de rústica generación. Yo, como deseo tener con ellos paz, querría volveros a casa de vuestro padre». Oído esto por la Marquesa, ningun[a] señal de turbación mostró en su honestísimo rostro, antes, con gentil semblante, le respondió: «Vos sois mi señor y marido, y podéis hacer de mí lo que bien os paresciere. Ninguna cosa hallo yo que a vos os agrade que a mí no me contente. Esto es lo que asenté en medio de mi corazón cuando os dí palabra de ser vuestra mujèr en casa de mi padre».

Considera[n]do el Marqués el ánimo y profundísima humildad de su mujer, sin conoscer en ella mudamiento alguno de lo que antes era, sino una fertilidad muy grande, atajó la plática, diciendo: «Abaste por agora esto, señora; póngase silencio en este negocio, hasta que veamos si mis vasallos me volverán a molestar, lo que contra mi voluntad es, por cierto». Y con esto se despidieron.

Con esta disimulación pasaron doce años, al cabo de los cuales, la Marquesa se hizo preñada y parió un hermoso niño, el cual fué un gozo singular para su padre y a todos sus amigos y vasallos. A la fin de

dos años, siendo destetado, ordenó el Marqués, por dalle otro sobresalto mayor y probar su continencia, que se fuese la Marquesa con él a caza de monte, adonde se holgaría en extremo de verse con su padre Janícola. Ella, muy contenta y regocijada, aderezóse ricamente cual a su estado convenía, no dejando a su hijo como aquella que en extremo grado le quería y amaba.

Allegados al monte y recebidos con sobrado contentamiento de Janícola, mandó el Marqués que la comida, a causa de la calor grande que hacía, fuese aderezada y puesta junto de una sombría y deleitosa fuente; y determinando por la mañana de salir a caza con sus monteros, encargó mucho a Lucio, su criado, que trabajase cuanto posible fuese de hurtarle el niño a la Marquesa y, vista la presente lo llevase al Conde de Bononia, para que lo criase secretamente juntamente con la niña. Y para disimulación desto le mandó al dicho criado, delante la Marquesa, que se fuese luego a la ciudad a despachar el negocio que le había encomendado.

Pues como el Marqués fuese salido a caza antes del día, ya después de haber almorzado, la Marquesa por haber madrugado a causa del Marqués, se puso a dormir sola con su hijo a la sombría de unos mirtos floridos, a do luego fué adormida, aunque no el niño, sino que levantado del lado de su ma-

16 *hurtarle*, sic.

dre iba jugando con unas pedrezuelas. En esto, el criado Lucio, que no dormía, viendo que ninguno le podía ver, apañó de vuestro niño y lo llevó donde el Marqués le tenía mandado.

Cuando la Marquesa se despertó, preguntando por el niño a las dueñas y escuderos, y viendo que no le hallaban, pensando que alguna fiera no le hubiese comido o hecho algún daño, los extremos que ella hacía eran tan grandes, que a todos co[n]movía a tristeza y lloro; a los cuales, allegando el Marqués, y dándole parte de la pérdida de su hijo, no quiso comer ni beber, sino que derechamente se volvió a la ciudad, y la Marquesa a caballo con todas sus dueñas, detrás dél, con mil sollozos y lágrimas, pensando en tan gran desaventura como le había seguido, del cual perdimiento los vasallos hicieron gran llanto y se señalaron algunos principales de luto.

A cabo de días, viniendo a visitar a su aposiento a la Marquesa, le propuso lo siguiente: «Señora, grande ha sido la desdicha mía en haberos tomado por mujer, pues tan desastradamente y por vuestra culpa haya perdido dos herederos, que yo lo tenía a muy buena dicha en que poseyésen mi estado, y mis vasallos mucho más; y viendo ellos la bajeza de vuestro linaje y la negligencia que en guardallos habéis tenido, soy importunado que me case con una doncella que dicen ques hija del Conde de Bononia, dotada, no solamente de hermosura y

dote, pero de infinitísimas virtudes. Ya sabéis vos que mal puedo yo casarme siendo vos, señora, viva, y por tanto, han propuesto que secretamente os procurase dar la muerte; y cuando pienso en ello, amada Griselida, no me lo sufre el corazón que tal cosa ponga en efecto; por eso, dadme vuestro parescer».

La constante y ilustre Marquesa, dijo: «Señor, si con mi muerte son vuestros vasallos y vos servido, no digo una que debo tan solamente a mi Dios y criador, pero mil recebiría en solo ser vos dello contento y pagado». En ver el Marqués cuán sin turbación y humildad respondió, dijo: «No lo mande Dios, señora, que tal piense ni haga, pero está el remedio, sin que vos padezcáis, en la mano para que yo y mis vasallos estén satishechos; y es que el ama de quien tanto mi casa fiaba, por el sentimiento que ha recebido de la pérdida de mi hijo, ha caído mala, y según los médicos me han dado relación dello no puede escapar de muerte. Quiero, si vos queréis, que vos tan solamente la sirváis, y si fallesciere, pasarémosla a vuestro aposiento y vos quedaréis en el suyo, puesta en su proprio lecho como que sois el ama mesma. Yo, fingidamente, diré que os he hallado muerta a mi costado».

Contenta la Marquesa del pacto susodicho, muerta el ama, la pasaron secretamente los dos adonde estaba concertado, y la Marquesa se puso en el lecho del ama, y a media noche el Marqués empezó

de dar voces que la Marquesa era muerta súpitamente durmiendo con ella, y deste desastrado y fingido suceso recibieron todos sus vasallos grandísimo enojo, por el amor y voluntad que le tenían, por do el Marqués le hizo hacer solemnes honras, cual a su estado convenía.

Griselida, la Marquesa, que en cuenta del ama quedaba, se puso, levantándose de la cama, en aquel traje y postura cual el ama solía traer, y secretamente las más noches dormía con el Marqués; y estando una noche con ella, le dijo: «Ya sabéis, señora, que, teniéndome en reputación de viudo, he dado palabra de casarme con la hija del Conde de Bononia, de quien en días pasados os apunté, y mis vasallos me importunaban. Conviene que nuestra conversación se departa y vos uséis de vuestra acostumbrada paciencia, considerando que las prosperidades no pueden siempre durar, haciendo lugar a mi nueva esposa». Respondió a esto la noble Marquesa: «Siempre vi yo, señor mío, que entre vuestra grandeza y mi poquedad no había proporción ninguna, no me hallando merescedora de ser vuestra mujer. Y en esta casa y palacio donde vos me hecistes señora, Dios me es testigo que en mis pensamientos siempre me tuve por indigna de tal estado. A Dios, nuestro señor, y a vos, hago infinitas gracias del tiempo que en vuestra compañía he

3 *recibieron*, sic.

vivido con tanta honra que sobrepuja en extremo grado a mi poco merescimiento. En lo demás, aparejada estoy a servir como obediente esclava a vuestra nueva y deseada esposa, la cual gocéis por muchos años y buenos».

En esta sazón envió el Marqués a Lucio, su familiar criado, con cartas de su mano, acompañado de muchos caballeros, suplicándole al Conde que le diese la niña que le dió a criar, la cual sería de catorce años, y juntamente el infante. Recebidas las cartas, el Conde, por el amor que les tenía, determinando venirse con ellos, y asignando día cierto, tomó su camino con muy riquísimas joyas, acompañado de sus vasallos, llevando consigo la doncella, en extremo grado hermosa, y muy ricamente vestida, y con ella el infante su hermano.

Allegó en breves días a la presencia del Marqués, do fué muy bien recebido con los suyos en su rico palacio, y la doncella y el infante hospedados en el aposiento que solía ser de la Marquesa, la cual, en figura de servienta ama llegó a saludar a la doncella y después a los que con ellos venían, y de ver los extranjeros huéspedes su noble crianza y dulce conversación, estaban en extremo maravillados.

Era de ver el especial cuidado que tenía de servir y festejar la doncella, sin poderse hartar de loalla de hermosa y bien enseñada. Queriendo ya asentarse a comer, volvióse el Marqués a Griselida, y casi medio burlando, delante de todos le dijo:

«¿Qué te paresce desta mi esposa? ¿No es agraciada y hermosa?». «Sí por cierto, señor—dijo Griselida—. No pienso que se halle otra más gentil y bien criada. Pero, hablando agora con libertad, digo que si vuestra mujer ha de ser, una cosa os suplico: que no le deis a gustar aquellos desabrimientos que distes a la pasada, porque como es moza y criada en regalo, no los podrá sufrir».

Viendo el Marqués la generosidad con que esto decía, y considerando aquella gran constancia de mujer, tantas veces y tan reciamente tentada de la paciencia, con justa causa tuvo ya compasión della, y no pudiendo más disimular, acabado que hubieron de comer, hízola venir y asentarse a su lado, diciendo:« ¡Oh, mi noble y amada mujer! Harto me es ya notoria y clara vuestra lealtad. No pienso haber hombre debajo del cielo que tantas experiencias del amor de su mujer haya visto como yo». Diciendo esto, con entrañable amor la fué a abrazar, replicando: «Vos sola sois mi mujer; nunca otra tuve ni tengo, y esta que vos pensáis ques mi esposa, es vuestra hija, la cual fingidamente hice yo que la tuviésedes por muerta; y este infante vuestro hijo es, el que por diversas veces pensastes haber perdido en el monte. Alegraos, pues juntamente lo cobráis todo, y sabed, señora mujer, que fuí curioso probador y no iracundo matador».

Oyendo esto la noble matrona, de placer cuasi perdió el sentido, y con un sobrado gozo de ver a

sus hijos, salida poco menos de seso, dejóse ir hacia ellos, y a vuelta de muchas lágrimas no podía excusarse de los abrazar y besar muchas veces. Entonces, aquellas damas, todas a porfía, con muy gran regocijo, la desnudaron de sus pobres ropas y la vistieron de las acostumbradas y preciosas suyas.

Fué para todos aquellos caballeros y damas una muy grande alegría esta reconciliación de la Marquesa Griselida, y siendo divulgado esto al pueblo, se hicieron grandísimas luminarias y fiestas y regocijos, por recobración de la Marquesa y de los hijos, que ya por muertos tenían. Vivieron después desto marido y mujer largos años, con mucha paz y concordia.

PATRAÑA TERCERA

Por amor murió el quistor,
y el amada, por su hablar,
fué causa de sentenciar
a su marido y señor.

Residía en la ciudad de París, junto de la casa de los Quistores de Nuestra Señora del Puige de Francia, un honrado hombre llamado Tiberio, el cual era casado con una mujer tan noble como virtuosa, dicha Patricia. A ésta, por parescelle muy bien, recuestaba un quistor de aquellos llamado Esbarroya, mas por bien que la siguiese, así en servicios como en presentalle joyas y dineros, por jamás hizo mella en esta honrada y virtuosa mujer. Y porque

---

1 *quistor*=cuestor=El que demanda o pide limosna.—*Dic. Aut.*

6 En París no hay ni hubo *Nôtre Dame del Puige.* Alude indudablemente Timoneda al Real Monasterio de Nuestra Señora del Puig, en la villa valenciana de este nombre, inmediato al antiguo castillo del Puig, y en cuyas cercanías, según piadosa leyenda, se encontró a principios del siglo XIII una imagen de la Virgen bajo vieja campana de bronce, hallazgo que originó su fundación. Se custodia en él la cruz de alabastro, plata y esmalte que el rey don Jaime el Conquistador llevaba a las batallas. Entre otros sepulcros, hay en su recinto el del alcaide del castillo del Puig Bernardo Guillén de Mompeller y Entenza, que en 1237 derrotó a las numerosas huestes mahometanas que le asediaron.

si su marido, con la importunación del necio del quistor, hubiese algún sentimiento dello y no la culpase sin merescello, determinó de dalle parte muy complidamente de lo que pasaba, de lo cual el marido, quedando satishecho de su bondad, mandó que le diese entrada una noche en su casa al quistor Esbarroya. Ella, con todas las caricias y disimulaciones que pudo, le dió entrada una noche al quistor. El marido, que escondido estaba, así como fué dentro en su casa, dióle un tal golpe en la cabeza que le mató. Habiéndole muerto, porque la justicia no hubiese sentimiento dello, tomóle a cuestas y entróle por detrás de un corral de la casa que solía habitar el quistor, y asentóle en una necesaria que había y volvióse a su casa.

Como vino cerca de media noche, levantóse otro quistor, que tenía pendencias con Esbarroya, para hacer sus hechos, y salido al corral, conosciendo quien era el que estaba en la necesaria con la claridad de la luna que hacía, aguardó un rato; tanto estuvo aguardando que, amohinado, pensando quel otro lo hacía adrede, apañó de un canto y dióle en la cabeza, de tal manera que le derribó. Él, pensando que le había muerto, porque no presumiesen que él lo hubiese hecho por el rancor que le tenía, no sabía qué hacerse, por lo cual determinó, para mejor remedio y disimulación, sabiendo que peres-

14 *necesaria* = Letrina.

cía de amores de Patricia, de llevarlo a cuestas a la puerta de la dicha señora para que presumiesen que por su causa le hubiesen muerto.

Llevado, pues, y dejado a su puerta, levantándose Tiberio, marido de Patricia, antes del día, para salirse de la ciudad, vido el quistor muerto a su puerta; pospuesto todo temor, buscó de presto otro remedio, y es que tomó un garañón que estaba en el corral de la casa de los quistores y, ensillado, cabalgó al muerto encima dél, y con una lanza enristrada le puso a la puerta de los quistores. El quistor que pensaba haber muerto a Esbarroya, levantóse de buena madrugada para salirse de la ciudad, con una yegua que iba en amor, y al salir de la casa, como el garañón la sintió, rompió la soga en que estaba atado y fué tras ella. El quistor que vido al muerto a caballo y enristrado con la lanza y que le venía detrás, no tuvo otro remedio sino dar despuelas a la yegua, pero cuanto más corría más le seguía el garañón, de tal manera, que alborotó toda la ciudad de la suerte que los dos corrían. En fin, tomado y venido delante del juez, interrogándole qué podía ser aquello, el pobre quistor, turbado de lo que le había acontescido, no pudo hablar palabra, sino cuanto dijo uno de la casa de los quistores quel sabía que estaba reñido con el muerto. Con este testigo mandó el juez que lo pusiesen

5 En la edición: *Tiberio antes del día marido de Patricia.*
14 *en amor* = En celo.

en la cárcel, el cual de allí a pocos días cayó malo del espanto que recebido había, y vino a tal extremo que le hubieron de sacar con gruesas fianzas de la prisión y llevallo a casa de los quistores para habelle de medicinar.

En este discurso de tiempo, como riñiesen Tiberio y Patricia enojos que suelen acontescer entre marido y mujer, alzó la mano el marido y dióle un bofetón; apenas se lo hubo dado cuando empezó a decir: «¡A este traidor, a este mal hombre que ha muerto al quistor Esbarroya! ¿No hay justicia que le castigue?» No faltó quien le oyese, que luego fué acusado Tiberio y llevado delante el juez, el cual por sus tormentos y orden de justicia otorgó la verdad de cómo y porqué había muerto al quistor Esbarroya, y fué condenado a muerte y libertado el otro quistor.

PATRAÑA CUARTA

Arsenio, por ser amante
de Sabelina nombrada,
fué de adúltera culpada
y libróla un nigromante.

Para entendimiento de la presente Patraña, es de saber que hay en Roma, dentro de los muros della, al pie del monte Aventino, una piedra a modo de molino grande, que en medio della tiene una cara, cuasi la media de león y la media de hombre, con una boca abierta, la cual hoy en día se llama la Piedra de la Verdad.

---

11 «Esta piedra, que parece haber sido un mascarón de fuente, se ve todavía en el pórtico de la iglesia de Santa María en Cosmedino, y conserva el nombre de *bocca della veritá* que se da también a la plaza contigua. Ya en los *Mirabilia urbis Romae*, primer texto que la menciona, está considerada como la boca de un oráculo, pero la fantasía avanzó más, haciendo entrar esta antigualla en el ciclo de las leyenda virgilianas. El poeta Virgilio, tenido entonces por encantador y mago, había labrado aquella efigie con el principal objeto de probar la lealtad conyugal y apretar los dedos a las adúlteras que osasen prestar falso juramento. Una de ellas logró esquivar la prueba haciendo que su oculto amante se fingiese loco y la abrazase en el camino, con lo cual pudo jurar sobre seguro que sólo su marido y aquel loco la habían tenido en los brazos. Virgilio, que lleno

Es el caso, pues, que en el tiempo que en tan famosísima ciudad reinaba la gentilidad y en sus oráculos y templos se regían y gobernaban por caracteres y respuestas de demonios que encerrados en los ídolos a sus propósitos y envinciones tenían dedicados, desta misma manera estaba encerrado un demonio en la dicha Piedra de la Verdad, la cual tenía tal propriedad, que los que iban a jurar para hacer alguna salva o satisfación de lo que le inculpaban, metían la mano en la boca, y si no decían verdad de lo que les era interrogado, el ídolo o piedra cerraba la boca y les apretaba la mano, de tal manera que era imposible podella sacar hasta que confesaban el delicto en que habían caído; y si no tenían culpa, ninguna fuerza les hacía la piedra, y ansí eran salvos y sueltos del crimen que les era impuesto, y con gran triunfo les volvían su fama y libertad; y por el consiguiente, si eran culpados, les castigaban según el caso y las leyes romanas con todo rigor lo permitían.

Durante este rito y cerimonia diabólica por muy gran tiempo, acaesció que había en Roma un famo-

---

de malicia contra el sexo femenino había imaginado aquel artificio mágico para descubrir sus astucias, tuvo que confesar que las mujeres sabían más que él y que podían dar lecciones a todos los nigromantes juntos».—Menéndez y Pelayo, *Orígenes novela*, t. II, página LIV.

En el *Semanario pintoresco español*, año 1849, pág. 352, hay un curioso artículo, que en líneas generales coincide con la nota de Menéndez y Pelayo.

sísimo capitán romano llamado Cepión Torcato, de la línea Cesarina. Este tenía por mujer una matrona romana, la más afamada en virtudes y gentileza que había en toda Roma, de la casa Sabela, llamada Enea Sabelina, de edad de veinte y tres años, en toda perfición mujeril según naturaleza.

En esta sazón, como se rebelasen contra los romanos los del Danubio y Transilvania, fué forzado a los romanos enviar ejército contra ellos para reducillos a la obediencia suya, y con él fué elegido que fuese éste capitán Cepión Torcato, en la cual jornada estuvo algún tiempo, que las cosas de la guerra no se difinieron tan presto como acaescer suelen.

En este comedio vino del estudio de Atenas un mancebo de edad de veinte y tres años, muy famosísimo doctor de Medicina, así en letras como en toda experiencia de plática. Era patricio y natural romano de la casa Ursina, llamado Arsenio Rufo, hombre de muy gentil gracia y afable conversación, y sabio, que por tal era tenido en toda Roma.

En esta coyunctura vino nueva cómo el ejército de los romanos que había ido sobre los del Danubio y Transilvania, era casi roto y muchos de los principales capitanes muertos, por la cual nueva y sobresalto esta gentil matrona cayó muy mala; en tal extremo vino, que todos los médicos que curaban della dudaban de su salud, y siendo conoscida la ventaja que a todos los médicos de Roma este

Arsenio Rufo tenía, fué importunado por algunos parientes y amigos que visitase esta dicha señora Enea Sabelina; el cual en sus visitas fué captivo el bueno del doctor de sus amores, y cuanto más ponía deligencia en su salud, tanto cadal día iba más empeorando en su ciega codicia y vano pensamiento; y con la frecuentación de las visitas y menudas pláticas, estando ya buena, tuvo el doctor lugar de manifestalle el secreto de su afligido corazón, lo cual a ella no le pesó mucho viéndole tan apasionado por sus amores, por velle tan gentil hombre en todas sus cosas y casi de su edad, y quel linaje de los dos era conforme.

Tanteando todo esto, vínole también al pensamiento que si su marido en la guerra fuese muerto, que no podía casar con otro que mejor le cuadrase que con él; y por otra parte se le ponía delante cuán abominable y vituperable cosa era a las matronas romanas caer en semejantes delictos; y así, vagueando con estos pensamientos, y el doctor continuando con sus molestias, vino ella a conceder a la petición de su requebrado, con tal que esto fuese muy secreto, porque no cayese en la infamia y pena que las romanas matronas caían que semejante caso de adulterio acometían, en especial estando los maridos ausentes en la guerra o en otro cualquier lugar que en servicio fuese de la república.

Él, como no deseaba cosa más que poner en efecto su deseo y enamorada pasión, con muchos

juramentos y promesas vanas, como en día suelen hacer los mundanos hombres en semejantes casos a las mujeres livianas, vino a ponerse por obra lo que los dos tanto deseaban.

Turó algún tiempo esta conversación y todo lo más secreto que fué posible, aunque no tanto como convenía en caso tan peligroso, pues habiendo sentimiento los parientes del marido deste negocio, por los indicios y aparencias que en tal caso suelen acontescer, avisaron al capitán Cepión Torcato que con algún achaque demandase licencia para venir a Roma a un cierto caso que le importaba, que era cosa que le iba mucho en ello, que muy presto se volvería al campo. Y como los romanos ya tenían recuperado lo perdido y sujetado a sus enemigos y tratado cierta tregua con ellos para darse concierto en la paz, hubo lugar y sazón para le conceder al dicho capitán Torcato licencia de venir a Roma y lo más presto que pudiese se volviese al campo; y así, vino a Roma y fué muy bien recebido, así de su mujer como de todos sus parientes y amigos, aunque no del señor doctor Arsenio Rufo, por la cesación de la accidental gloria que gozaba de sus amores, ni tampoco de su mujer en lo intrínseco y secreto de su corazón, por el amor que ya tenía puesto con el doctor y temor de lo hecho, no fuese por alguna manera descubierto.

5 *turar*=Perseverar una cosa en su ser o *durar* que es como hoy se dice.—*Dic. Aut.*

El dicho capitán, informado de sus parientes del caso y de los indicios, y aparencias que para esto la sospecha les había puesto, como hombre prudente y sagacísimo, por mucho que quería a su mujer y por la gran confianza que della tenía, no dió del todo crédito a la información que le dieron, pero recatadamente miraba si en algo podía ver o sentir alguna señal que le hiciese cierto del caso sin dar parte a ninguna persona, ni tampoco a la mujer de cosa alguna, antes la acariciaba y mostraba más amor y voluntad que nunca; y con esta disimulación pasaba el tiempo sin ver ni sentir cosa de que certificado estuviese.

Y llegándose ya cerca el tiempo y término que le habían dado para volver al ejército, estando una noche con su mujer con todo regocijo y pasatiempo, con la mayor disimulación y sentimiento que pudo, le comenzó de proponer desta suerte: «Muy amada y querida mujer: saben los dioses cuanta pasión, pena y tormento llevó mi triste y afligido corazón y ha pasado en todo este tiempo que de vuestra presencia ha estado ausente; y aun de nuevo se me recresce en esta tornada que me es forzado de volver al campo y ejercitar mi oficio y gobierno según que por el Senado me es encomendado. Y porque, según el común proverbio dice, que no hay mejor medicina para curar cualquier llaga que está escon-

23 *me es* = En la edición *mes*.

dida que es manifestalla, yo, señora mía, he determinado de manifestaros una, que por sospecha lastima en grandísima manera mi corazón».

La astuta romana, con gran disimulación, en el momento fué al cabo de su proposición, y con toda serenidad y audacia, proveyendo a todos sus sentidos que estuviesen sobre aviso porque no diesen ninguna señal de alteración con que se pudiese tomar algún conocimiento de su yerro y culpa, disimulando, dijo: «Por cierto, mi señor y marido, que ya sabéis vos lo que tenéis en esta vuestra Enea Sabelina, que vuestra pena, pasión y trabajo o fatiga es mía propria; y por eso, con razón sería muy feo caso y muestra muy evidente de gran desamor entre dos personas que tanto se aman y en todo son tan conformes, no se manifestar lo que sienten. Por eso, señor mío, os suplico que no me pongáis en términos que de vos algo sospeche, sino pues que sabéis que los dos somos una mesma cosa, mucha razón es quentre nos no haya cosa celada ni fingida, sino un corazón, una voluntad y un querer, como las leyes lo amonestan y los dioses nos lo mandan».

En todo cuanto decía esta astuta romana, no dejaba de derramar algunas lágrimas, fingiendo palabras cariciosas de muy grande amor, por las cuales, el marido, medio satisfecho, comenzó a decille: «Manifiesto os es, señora mía, por las señales que exteriormente vistes, la pasión y pena con que mi

corazón se apartó de vos cuando me partí para esta guerra que entre las manos tenemos de los númidas y transilvanos, que fué tanta que se puede bien comparar a la de cuando el ánima inmortal se aparta desta carne corrupta mundana; y con esta mortal pasión seguí mi pelegrina jornada ejercitando el oficio de capitán como me es encomendado, con más temor de haberos de perder que no de los peligros que me podían venir de la peligrosa guerra por la multitud de los enemigos. Y con esta imaginación y pensamiento, estando una noche después de la cintinela de prima reposando del trabajo del cuerpo, aunque no del espíritu, por el cuidado que me ponían mis pensamientos, ni bien durmiendo ni velando, soñé que estábades, señora mía, mala de una enfermedad de que muy poca esperanza se tenía de vuestra vida; aunque visitada de los más principales médicos de toda Roma, ninguno hallaba remedio en vuestra salud, sino tan solamente un pelegrino doctor, aunque patricio de Roma, que dió remedio a vuestra aflicción dándoos salud, quedando él en mayor enfermedad por causa de vuestros amores, y que vos, señora mía, conosciendo el beneficio recebido de su mano, por gratificalle en algo, con el contento que teníades de su persona,

12 *prima*=La parte de la noche desde las ocho a las once, y es uno de los cuartos en que la dividen para los centinelas.—*Dic. Aut.*

15 *que estábades* = En la edición: *questauades.*

21 *dándoos* = En la edición: *dandos.*

condescendiendo a sus importunas peticiones, se violaba el vaso y se perdía la laureola corona de la continencia de que tanto se precian las matronas romanas. Y con este noturno temor desperté muy desasosegado, como quien se levanta de un sueño pesado fuera de todo sentido, y por muchos días me turó un temblor de todo el cuerpo y pasión de corazón, que de mí no sabía parte; en tal manera, que me fué forzado retraerme en mi pabellón fingiendo estar malo de otro accidente, por encubrir mi flaqueza y complir con mi honra. En este tiempo que más me aquejaba mi pena y dolor por los juicios interpretaciones que echaba y hacía sobre tan grave y pesado sueño, me vinieron ciertas letras de algunos parientes míos de Roma, en las cuales me daban relación cómo me habían tenido por muerto en la rota de nuestro ejército, y que por esta nueva habíades vos, mi señora, venido al último fin de la vida por la gran alteración que dello tomastes, y que por medio de un señor doctor la habíades cobrado, perdiendo en algo la fama de la continencia de que antes triunfábades mediante las señales y muestras que los indicios en semejantes casos dar suelen, y que me convenía mucho, según el caso requería, dar vuelta a Roma con toda la brevedad

2 *laureola*=La corona de laurel con que se premiaban los hechos y virtudes grandes de los héroes. Se llama también la corona o insignia que sirve de distintivo a los mártires y santos declarados por la Iglesia.—*Dic. Aut.*

que fuese posible, en mirar por mi casa y honra. Y con esta segunda alteración, dando algún crédito a mi imaginario sueño, me dispuse y determiné de venir y satishacerme yo propio con la experiencia; y tomando licencia de mi general con condición de volver a cierto tiempo, que muy presto se me cumple, y me es forzado volver al ejército, querría mucho satishacerme y no llevar conmigo esta corcoma y sospecha; aunque, a la verdad, todo este tiempo que ha que yo vine del campo y he estado en Roma, yo no he dejado por negligencia alguna, antes con gran solicitud he escodriñado y he intentado todo lo que en semejante caso se podía hacer, y no he hallado ningún indicio ni muestra para poner mácula en vuestra honra y fama. Y a esta causa yo todavía estoy con algún recelo y no puedo echar de mí esta imaginación; y para que no resida más en mi pensamiento, no he hallado otro más sano consejo que es éste: Ya sabéis, señora mía, cómo para semejantes casos y otros cualesquier crímines impuestos donde se puede conoscer la culpa o inocencia, es apropriada la Piedra de la Verdad, donde los dioses permiten que allí sea conoscida. Y os suplico y os conjuro por aquel verdadero amor que me tenéis, que no recibáis pena de, un día, cuando a vos os paresciere, antes que yo me parta, con algunos de vuestros deudos con aquellos que deste

27 *con aquellos* = En la edición: *yo con aquellos*.

caso me avisaron, porque del todo queden satisfechos, vamos juntos a esta peregrinación y templo, pues no es muy lejos de aquí, y hagáis, señora, la prueba y salva de vuestra persona, y sea conoscida vuestra limpieza y quitados los ñublados de mis dudosas y malas sospechas, porque de otra manera será imposible quedar yo del todo satisfecho».

La prudente y sagacísima matrona a toda esta plática estuvo muy atenta, aunque con temor de la muerte como el caso y delicto lo requería, y con muy gran serenidad, fingiendo toda alegría, no mostrando ninguna señal de temor ni turbación, como algunas astutas mujeres en semejantes casos lo suelen hacer, respondió que aunque el caso era arduo porque tocaba tanto a su honra y fama, de la cual por ser romana mucho se preciaba, y era muy gran razón que ella se sintiese dello, que era muy contenta de hacer la prueba porque fuese conoscida su bondad y limpieza, cómo y cuándo mandase.

Él, muy contento y algo satisfecho con tan buena respuesta, divertió la plática en otros coloquios amorosos, aunque ella con nuevo cuidado y pensamiento de cómo se salvaría de tan gran peligro; y vacilando en su juicio no halló otro remedio sino dar parte de todo lo que pasaba al señor dotor, avisándole que mirase en el peligro que estaba puesta por su respecto, y que con su saber lo remediase lo más presto que pudiese.

Avisado, pues, el doctor del negocio y en qué términos estaba, y que también su vida pasaba peligro según las leyes y el uso romano lo permitía, después de muchos juicios y consideraciones no halló otro mejor remedio que irse a aconsejar con un grandísimo nigromante y astrólogo que en aquel tiempo residía en Roma, el cual se llamaba Padulio, de nación griega, y comunicándole el caso de la suerte que pasaba y el peligro que los dos esperaban, que no se podía encobrir el delicto yendo a la Piedra y jurar la pobre señora romana, según estaba concertado, que le suplicaba le diese algún remedio o consejo con que se pudiesen salvar de tan gran aflicción y trabajo, y no lo dejase por ningún interese del mundo de hacer. El mágico, viendo las calidades de sus personas y en lo que en Roma eran tenidas, condoliéndose dellos, y mucho más afectándose a la paga prometida, le dió por respuesta al bueno del doctor que se sosegase, que él haría todo lo que fuese posible en tal caso. Así que, haciendo sus cerimonias y conjuros con sus familiares, apremiando que le diesen consejo y remedio con questos dos amantes no peligrasen y el triunfo de la fama desta tan señalada matrona romana no fuese menoscabado; y lo que se decretó y ordenó fué lo siguiente:

Entre todos los demonios para esto invocados, uno, llamado Zelbi, muy familiar y compañero de

Nabuzardán, apropriado para toda cautela y engaño, habló desta manera: «Padulio, a mí me paresce, como a espíritu experimentado que me es forzado por tu gran saber a decirte la verdad y darte consejo en este caso, por el cual me conjuraste, y es, que avises al doctor Arsenio que se disfrace de lo más rústico villano que pueda y lleve todo aparejo cual suelen traer los más campestres y rústicos villanos, así esquero como cuchillo y agujas para sacar espinas, y sobre todo, se provea de una delicada espina, para el propósito y efecto que pretendemos, y con este aparejo se pondrá lo más encubiertamente que fuere posible, en la abajada del monte Celio, cerca del palacio de la diva Faustina, en el principio del llano, al Arco Triunfal historiado, don-

1 *Nabuzardán*=Es el nombre del general del ejército de Nabucodonosor que conquistó Jerusalén, incendiándola y saqueándola. Hay frecuentes alusiones relativas a él en la Biblia *(Libro de los Reyes* y *Jeremías).*

3 *me es* = En la edición *mes.*

9 *esquero* = Bolsa de cuero que ordinariamente se trae asida al cinto, y sirve para llevar la yesca y pedernal, para guardar el dinero o para otros fines. Covarrubias dice sale del nombre *yesca*, y que de *yesquero* se dijo *esquero.—Dic. Aut.*

14 El monte Celio, cuyo primitivo nombre primero fué el de *Querquetulanus* por los bosques de encinas que le cubrían, se extiende desde cerca del Coliseo y el monte Palatino, hasta San Juan de Letrán.

El templo de Faustina y de Antonio Pío está situado a la izquierda del Foro; por debajo de sus columnas pasa la Vía Sacra.

El arco de Constantino, fué erigido en la Vía Triunfal para conmemorar las victorias contra Majencio y Licinio.

de se devide la calle que va al Coliseo, la vía Hostiense, que por allí ha de pasar la señora y el marido con sus amigos y parientes; y advierta bien que esté siempre sobre aviso en este monitorio que le doy; y también es necesario que la señora esté avisada que cuando venga a jurar y llegue a este sobredicho lugar, que mire muy bien hacia el arco y el doctor se demuestre como ya está allí a punto con todo recaudo, porque le dé ánimo que no desmaye, que en fin es mujer. Yo, a la hora, llegaré allí y la haré tropezar y caer, y cuando se levante de la caída finja mucho quejarse de un pie como que se le ha entrado alguna espina en él, y en ninguna manera se mueva de allí por más que la importunen que camine, quejándose siempre que no puede afirmar el pie; y no le hallarán nada, porque no lo habrá más de una formada cautela para el efecto que se pretende; y a la hora se mostrará el fingido villano como que pasa por la vía, al cual ella terná siempre mientes; y quejándose dolorosamente, el villano se parará, y sintiendo el caso, como quien hace burla, con palabras groseras se llegará a la señora demandando dónde le duele, y señalando ella el pie y lugar donde fingió habérsele entrado la espina, yo proveeré con mi astucia quel mesmo marido le convide a que le mire el pie si puede ver y sacalle aquella espina de que tanto se queja, pues hombre

4 *monitorio* = Aviso, advertencia.
10 *a la hora* = En el momento preciso.

es del campo que casi por costumbre lo tienen de sacallas cada día. Él, a la hora, con mucha presteza y gran diligencia, saque su aparejo con mucho tiento y cordura, tomándole el pie entre las manos, aprovechándose del sentido del tocar o palpar, como buen médico y cerurgiano, que tanto le va en ello, se aproveche de todo lo que pudiere tocar; y hecho su personaje, con la mayor sotileza que el amor le amonestare, sacando una poquita de sangre del delicado pie de la gentil romana, donde finja sacalle la espina que para este efecto ha de tener aparejada, untándola con la sangre la amostrará a los circunstantes, y creerán todos que así es la verdad, y con mucha alegría le darán todos las gracias, en especial la señora, a quien el caso tanto toca, le presentará una joya por el beneficio recebido. Este es el mejor consejo y remedio que yo hallar he podido para remediar este negocio y contentarte a ti, nuestro gran preceptor y sotil maestro. Así que es menester que de todo esto des aviso al doctor, y el doctor a la señora, y que cuando venga a jurar que jure diciendo: «Yo, Sabelina, mujer romana, juro que ningún hombre, después de mi marido, ha llegado a mí, si no es aquel villano que me sacó la espina». Y desta suerte jurará verdad y se verá libre y salva. Por tanto, quédate, que no tengo más que decir».

Ido, el nigromante de todo esto dió parte al doctor; el doctor, dándole las gracias y satisfación,

como el caso lo requería, luego lo fué a proveer con gran diligencia, avisando a la señora de todo y que no temiese de nada por ninguna vía del mundo.

Esto así concluído y venido el día que estaba señalado en que se había de hacer la prueba, estando todo prevenido y el doctor avisado y a punto, se hizo ni más ni menos de como arriba está relatado, que el villano doctor hizo tan bien su oficio, que no se erró sólo un punto. Y con esta gloria y contento la matrona romana, con su marido y compañía, llegó al templo, y el villano se fué por otra vía lo más encubiertamente que pudo. Y la señora romana, haciendo en el templo las cerimonias quen este caso se hacían, se allegó al ídolo o Piedra, y metió la mano en la boca, diciendo: «Yo juro que después que soy casada con mi señor y marido, Cepión Torcato, ni antes, como él bien sabe que me halló, que ningún hombre nascido no ha llegado a mí ni ha tocado mis carnes, sino es aquel pobre y rústico villano que en el camino me ha sacado la espina». Y como esto era la verdad, que este mesmo villano era el doctor, la Piedra o ídolo no hizo ningún movimiento, antes el demonio salió della, y ella se quedó como hoy día está en la dicha iglesia de Sancta María, escuela griega, que antes era templo de gentiles.

25 *Santa María in Cosmedin.* Se edificó esta iglesia en 782 por Adriano I sobre las ruinas del templo de Ceres y Proserpina, conservándose las columnas. Posteriormente, Gregorio IX la restauró,

El marido de la gentil romana y todos sus parientes, muy satisfechos y contentos de la purificación y salva tan aprobada, y los que la habían acusado harto confusos, la volvieron a casa con muy gran gloria y triunfo. Y después de algunos días que se cumplía el plazo limitado en que el capitán Torcato era obligado a volver a servir a su república y ejército, se partió con gran dolor de su corazón, por el amor y reputación que de nuevo le había tomado; donde llegado y prosiguiendo todavía la guerra, en un encuentro y escaramuza le mataron los enemigos.

Venida la nueva de su muerte a Roma, así la gentil señora, su mujer, como todos los parientes y amigos, hicieron muy gran sentimiento y sus obsequias y cerimonias como entre los gentiles se usaba.

Ya pasados algunos días, el sabio y sagacísimo doctor se supo dar tan buena maña y puso tal diligencia, que a contento de todos sus parientes la tomó por su legítima mujer. Después, a cabo de tiempo, todo esto fué descubierto por el mesmo nigromante, y de común consentimiento de todo el pueblo, por memoria de su tan sotil saber, hicieron después de muertos a todos cuatro estatuas para que perpetuamente fuese notoria tan gran sotileza y hazaña. La del doctor y rústico villano está a la

tomando el nombre que ostenta por el *Cosmos*, decoración con que la hermoseó este papa.

cárcel de Sanct Pedro, de piedra, echada en tierra, en el mesmo lugar que sacó la espina, y hoy en día se llama «el villano de la espina»; la del astrólogo y mágico, Padulio, está antes de subir la escalera para el Senado, al pie del muro, a la mano derecha; las dos, la del capitán Torcato y la de la gentil romana Enea Sabelina, están en Campidoli, antes de entrar al Senado, en el patio grande donde está la cisterna donde se bebe la buena agua fresca. Y es cosa muy señalada de ver estas estatuas por ser tan excelentes y en tanta sumptuosidad y artificio hechas.

1 Sobre la *Cárcel Mamertina* se edificó una iglesia bajo la advocación de San José de los carpinteros. Es un calabozo tallado en la roca del Capitolio mandado hacer por Anco Marcio, y fué la prisión para los criminales en la primitiva Roma. Servio Tulio amplió el calabozo. Según la tradición fué San Pedro encerrado en esta cárcel.

PATRAÑA QUINTA

Un niño en la mar hallado,
un abad le dotrinó,
y Gregorio le llamó,
y después fué Rey llamado.

Gabano, Rey de Palinodia, viniendo al paso de la muerte, llamó un hijo suyo llamado Fabio y una hija dicha Fabela. Ya después de habelles dado con muchos sollozos y lágrimas su bendición, endrezando la plática a Fabio, le dijo: «Mira hijo que te dejo el reino con tal condición que no te puedas casar sin que primero cases a tu hermana Fabela y mires por ella como por tu propria persona».

Muerto el padre y hechas aquellas honras que a un rey pertenescían, tanto miraba Fabio por su hermana, que cuando comía la hacía comer y servir en su misma mesa, y aderezóle una cama que no pudiesen entrar en ella si no fuese por su real aposiento. Fué tanta la conversación de Fabio con su hermana Fabela, que se enamoró della, y a mal de su grado cumplió su carnal apetito y la hizo preñada.

Pues como ella tal se sintiese, de contino lloraba por haber cometido tan inorme pecado. Habien-

do sentimiento Fabio del afligimiento y tristeza de su hermana y de su yerro tan grande, tomando parescer de hombres sabios, determinó de irse a Roma para alcanzar del Papa cumplido perdón, y así llamó muy en secreto un Senescal suyo de quien mucho se fiaba, y con juramento que a ninguno descubriese lo que le quería decir, le manifestó el pecado cometido y cómo su hermana estaba preñada, y que por cuanto determinaba de irse a Roma a ponerse a los pies del Padre sancto, se la dejaba encomendada, y señora y reina absoluta de todo su reino, si otro fuese de su vida.

Contento el Senescal, el Rey despedido de su hermana, se partió solo sin ningún criado, con su esclavina, lo más secreto que pudo, como pobre pelegrino.

El Senescal, porque mejor y cautamente la Reina Fabela fuese servida, hizo que su mujer en persona la sirviese y consolase de su afligido pensamiento.

De allí a pocos días vino nueva que el Rey Fabio, habiéndose embarcado en una nave camino de Roma, fué su desdicha que pereció en una terrible tormenta sin quedar persona a vida; de la cual nueva la Reina Fabela recibió en su corazón grandísima tristeza, y por no tener presente la muerte del padre ni el pecado cometido, determinó echar de su presencia lo que pariese; y así, mandó que le ade-

26 *cometido* = En la edición: *acometido*.

rezasen una cajuela de madera muy bien embetunada. Hecha que fué, aforróla de su mano de par de dentro de brocado.

Acercándose el día de su parto, parido que hubo un hijo muy hermoso, envuelto de ricos y preciados pañales púsole dentro con gran cuantidad de plata y oro para que lo criasen y dotrinasen en letras, y escribió en una plancha de oro lo que se sigue:

Quien hallare esta criatura,
déle de cristiano nombre,
y prosiga, pues es hombre,
su buena o mala ventura.

Y mandó al Senescal que, a pena de la vida, vista la presente, lo echase en la mar.

Siguiendo el inocentísimo niño su ventura, vino a aportar en una isla que eran salidos a pescar unos pescadores, a respecto que un Abad de un rico monesterio, que estaba muy cerca tierra, les había rogado que trabajasen, para ciertos convidados que tenía, de sacar algún pescado fresco, y como ya se saliesen encontraron con la cajuela, y sacándola a tierra entregáronla al Abad; y él, abriéndola, vido el niño, que en miralle a la cara se tomó a reir y llorar juntamente; y leída la plancha de oro, vista la presente, así como estaba mandó llevalle al abadía, y le bautizó llamándole Gregorio, que era el mesmo nombre del Abad. Y los pescadores deter-

minaron quel oro y la plata guardase el Abad para criar y dotrinar el niño; y el más anciano de todos ellos, dijo: «Señor, si manda su paternidad, mi mujer lo criará, porque está para destetar un hijo que tengo, y crea que lo ternemos a muy buena suerte si esta merced nos quisiere conceder, porque niño de tanta beldad y tal compostura no puede dejar de ser de muy buena parte y noble linaje». El Abad, como lo tuviese en buena reputación, se lo entregó que lo criase en cuenta de hijo.

Criándose Gregorio en poder del pescador, cuando ya fué de edad de diez años, jugando un día a la pelota con el hijo del pescador, sobre «falta es», «no es falta», alzó la mano Gregorio y dióle un bofetón. Viniendo llorando delante de su madre, y [como] le dijese quién le había dado, empezó a decir a Gregorio: «Este bellaco, ribalde borde ¿quién lo ha de sufrir en su casa?». Viniendo el pescador a la noche, Gregorio le suplicó que pues él no era su padre, que le dijese de quién era hijo. Fué tanta la importunación, que le dijo: «El reverendo Abad Gregorio te lo dirá mejor que yo, porque él te me dió a criar, y a él tengo de dar razón del tiempo que fasta aquí te doctriné». Ido delante del Abad y

17 *ribalde* = del italiano *ribaldo* = Hablando de persona, *pobre, mezquino.* Con este nombre se designaba a los soldados a pie de la milicia más abyecta y vil.—*Dizionario della lingua italiana*, Napoli, 1841, vol. 3.

borde = El hijo nacido fuera de legítimo matrimonio.—*Dic. Aut.*

22 *porque él* = En la edición: *por quel.*

rogándole con buena crianza que le dijese cúyo hijo era, le respondió: «Decirte quién es tu padre y madre, Gregorio, yo no lo sé por cierto, más de cuanto te sacamos de la mar de dentro de una cajuela, con una plancha de oro que tengo muy bien guardada, escrita, que decía que te bautizasen, y así te puse mi nombre». Cuando oyó aquello de la plancha le suplicó que se la diese, porque determinaba de ir por el mundo a buscar su padre y madre. El Abad, con buenas razones y dotrinales ejemplos, le indució a que sosegase, porque era muy mochacho, y que más le convenía que estudiase, así en letras como en otros ejercicios de virtud. Contento, encomendóle a hombres expertos y sapientísimos en letras y arte militar. De tal manera aprovechó Gregorio, que cuando vino a edad de quince años, salió tan hábil, así en letras como del arte de caballería, que fué cosa de espanto, que todos le alababan y bendecían.

En este mesmo tiempo, viniendo a su madre, la Reina Fabela, a pedir por mujer infinitísimos príncipes, a ninguno quiso aceptar por marido, entre los cuales era el Príncipe de Borgoña, y se sintió por más agraviado que todos de verse mayor en estado y linaje que no ella, y con tanto desdén aborrescido; y así, determinó de hacelle crudelísima guerra, de tal manera que le sujetó gran parte de su

27 *sujetó* = En la edición: *subjecto.*

tierra. Y teniéndola en grandísimo aprieto, fué Gregorio despedido del Abad, con la plancha de oro, que le dió, y muchas joyas y dineros; y armado caballero vino a aportar a do su madre la Reina estaba circuída del Príncipe de Borgoña, y compadesciéndose della y de su trabajo, asentó en su real por hombre de armas.

De tal suerte se avino con su contrario el Príncipe de Borgoña, que por su respecto en breve tiempo le hizo retraer y cobrar las plazas perdidas. No sabiendo con qué regracialle tal beneficio, los principales del reino suplicaron a la Reina que por satisfacer a Gregorio, tan esforzado y generoso caballero, no hallaban otra cosa más conducente que casarse con él, si a ella le placía. Satisfecha la Reina, pues ellos eran contentos, hiciéronse las bodas, tan regocijadas y solemnes cuanto a reyes pertenescieron.

Encerrándose a la noche los dos en su cámara real, sacóse Gregorio la plancha de oro, que en los pechos llevaba, y dándola a la Reina, para que se la guardase, en tenella en sus manos, cayó de su estado; y tornando en sí, con un gravísimo sospiro, dijo: «¡Ay, hijo míol».

Aconsolándola cuanto podía Gregorio, rogóle que no dejase de descobrille su pena; respondióle: «Pláceme, Gregorio y señor mío, pero primero quiero saber de vos de qué provincia y cúyo hijo

14 *conducente* = En la edición: *condecente.*
21 *cayó de su estado* = Se desmayó.

sois». Respondióle Gregorio: «Sepa Vuestra Alteza, que tan poca razón le daré de mi patria como de cúyo hijo soy, pues siendo niño de teta, de una cajuela me sacó de la mar un reverendo abad, y me bautizó y me puso por nombre Gregorio; y éste me hizo criar y dotrinó en letras, y me armó caballero con toda la honra del mundo. Y al despedirme dél, después de muchas mercedes haber recebido de su mano, me dió la presente plancha escrita, que dijo haber hallado dentro la cajuela». «¡Ay!—dijo la Reina—. Abrazadme Gregorio, que vos sois sin duda mi hijo y mi sobrino y agora de nuevo mi marido, no lo pudiendo ser, que esta plancha de oro que veis es mía sin falta, y la letra que está aquí escrita, de mi mano».

Preguntándole Gregorio de qué suerte era su hijo y sobrino, para contárselo hizo llamar a la mujer del Senescal, que quedaba viuda a causa de ser muerto su marido en la postrer batalla que tuvieron con el Príncipe de Borgoña, y contándoselo todo por extenso, Gregorio quedó atónito y espantado, y muy más la mujer del Senescal en saber que aquél era el niño que echaron en la mar, por lo cual dijo la Reina: «Dos cosas te conviene, hijo, que hagas, para honra tuya y mía. La primera es que lo que te tengo dicho tengas muy en secreto; la segunda que te cases aquí con la mujer del Senescal por pagalle los buenos servicios recebidos della y de su marido, quen gloria sea su alma. Y esto se

ha de hacer muy cauta y escondidamente, por pacificación del reino».

Contentos todos de lo que la Reina había propuesto, casóse Gregorio con la mujer del Senescal, y la Reina votó castidad; los cuales vivieron muy honradamente por muchos, alegres y prósperos años, a servicio de Dios.

PATRAÑA SEXTA

A causa de cien cruzados,
que halló un hombre en un saquillo,
fué servido de un asnillo
y más de veinte ducados.

Un tira tierra, habiéndose levantado muy de mañana para ejercitar su pobre oficio, yendo cargados sus asnos, vido en medio de la calle un talegón; dándole con el pie, vido que eran dineros, y que a gran priesa venía uno de a caballo en busca dellos. Para mejor cogerlos a su salvo echóle la tierra encima. Como juntase el mercader y le dijese: «Buen hombre ¿habéisme visto un talegón que se me ha caído, con cierta cuantidad de moneda?». Le respondió: «¡Dejadme, cuerpo de tal, con vuestra talega o talegón, que harto tengo que ver en volver a cargar esta tierra que me ha echado el asno!».

Ido el mercader, cargó el astucioso hombre su tierra con el talegón, y llevándolo a casa, él y su mujer, de muy regocijados se pusieron a contar los di-

---

1 *cruzado* = Moneda portuguesa que comenzó a acuñarse en 1455. Tenía un valor de 400 reis.

5 *tira tierra* = Lo que hoy llamamos *volquetero*.

neros, y de ver que eran cruzados de oro de Portugal, regostáronse con ellos de tal manera que, no habiendo sentimiento, se les cayó uno detrás de la caja que estaban contando, y vueltos en el talegón como se estaban, alzólos la mujer.

El mercader, por parte del alcalde, mandó publicar que cualquier que se hubiese hallado un talegón con cien cruzados de oro, que los manifestase y que le darían diez por buen hallazgo. Venido a noticia del tira tierra, díjolo a su mujer; ella no queriéndoselos dar en ninguna manera; él, con buenas palabras, inducióla que de más consciencia y más provecho les sería tomar diez ducados de hallazgo, que los cien cruzados no siendo suyos, y así, se los dió.

El buen hombre, venido delante del alcalde, manifestó los dineros, los cuales, vista la presente, libró en poder del mercader, habiendo dado sus testigos y razón satisfactoria que eran suyos. Y como el mercader los reconosciese y hallase uno menos, dijo: «Mire vuestra señoría que aquí no hay sino noventa y nueve cruzados, y los míos son ciento. ¿Cómo quiere que se determine este negocio?». Pensando el alcalde que no fuese maña del mercader por no pagar el hallazgo prometido, dijo: «¡Sus! Ya lo entiendo, que no deben de ser esos los vuestros dineros. Volvédselos al buen hombre».

Vueltos, más por fuerza que por grado, fuése el tira tierra muy alegre a su casa, y antes que a ella

llegase, encontró con un aguador, gran amigo suyo, que se le había caído el asno en un lodo, y rogándole que se lo ayudase a levantar, tomóle de la cola, y tirando della quedósele en las manos, por do el aguador empezó a dar voces: «¡Don traidor! ¡Pagadme mi asno que me habéis derrabado!». El tira tierra, medio turbado de lo que le había acontescido, dando a huir encontró con una mujer preñada, de tal manera que cayó, y fué asido del porquerón, y la mujer, del encuentro, malparió, vista la presente.

Así que, asido el tira tierra, y detrás dél el amo del asno, y la mujer y su marido, fueron delante el alcalde. Oída la queja, tan graciosa, del amo del asno, que se lo pagase porque se lo había derrabado, y la nescia demanda del marido, porque se afligía en extremo, diciendo que de qué manera podía sentenciar su señoría que su mujer estuviese preñada como se estaba, oídas las partes, dió por sentencia: que en cuanto a la demanda del asno, que se lo llevase el tira tierra a su casa, y que se sirviese dél fasta en tanto que le saliese la cola; y porquel marido reprochó de qué suerte sentenciaría que su mujer estuviese preñada como se estaba, sentenció que se la llevase el tira tierra a su casa y que

6 *derrabado* = En la edición: *derribado*, por errata, como se comprueba en las líneas que siguen.

9 *porquerón* = El corchete o ministro de justicia que prende los delincuentes y malhechores.—*Dic. Aut.*

trabajase de volvérsela preñada, con tal que su mujer fuese contenta. La cual sentencia fué muy aprobada y reída del pueblo, y obedescida, aunque le pesase, del insipiente marido.

Viniéndose el tira tierra a su casa, alegre y regocijado por verse señor de dineros y de asno y de mujer nueva, salió la mujer a recebille, diciendo: «¿Qué es esto, marido?». Respondió: «Ventura, mujer; toma ese talegón, que los cruzados son nuestros». Pidióle más: «¿Y el asno?». «También es ventura, porque me ha de servir fasta que le salga la cola». Replicóle: «¿Y la mujer?». Respondió: «También es ventura, pues la tengo de volver preñada a su marido». «¿Cómo de volver preñada?»—dijo la mujer.—¿A eso llamáis ventura? No es sino desventura. ¿Dos mandadoras en una casa?». Respondió el el marido: «Catad, mujer, que el juez lo ha mandado». «¡Aunque lo mande y lo remande!»—dijo la mujer—. Yo soy la que mando en mi casa y ¡por el siglo de mi madre! tal no entre de las puertas adentro».

Despidiéndola, como el marido della la hubiese seguido, ya presumiendo lo que se podía seguir, cobró su mujer muy satisfecho y contento.

A cabo de días, tornó el mercader a suplicar al alcalde, dando otros testigos de fe y de creencia, cómo eran suyos los cruzados, por lo cual mandó

---

4 *insipiente* = Necio.

llamar al tira tierra y que trajese el talegón con los cruzados. Traídos, mandó el alcalde que se los diese. Dijo el tira tierra al punto que se los dió, pensando que tampoco los recibiría: «Mire, señor, que no hay sino ochenta, porque los otros se han gastado en alhajas de mi casa». Respondió el mercader: «Ochenta o setenta, dad acá, que no quiero contallos, que más vale tuerto que ciego, que yo los rescibo por ciento. Andá con Dios». Contentas las partes, cada cual se fué a su posada.

Oyendo el aguador que todos habían cobrado sus haciendas, así el mercader sus dineros como el otro su mujer, paresció delante del alcalde suplicando que le mandase restituir el asno, que él era contento de rescebille derrabado, ansí como estaba. Proveído, cobró su asno, y el tira tierra se quedó con veinte ducados, y libre de los querellantes.

17 Gallardo, en su *Ensayo*, t. III, pág. 738, apuntó ya la posibilidad de que Cervantes, lector, aunque no muy admirador, de Timoneda, se inspirase en esta *patraña*, trasladando, como él sabía hacerlo, a *La ilustre fregona* el chistoso desrabamiento del asno.

PATRAÑA SÉPTIMA

La duquesa de la Rosa
siendo sin culpa culpada,
por justicia fué librada,
dándola por virtuosa.

A una hija del Rey de Dinamarca, hablándole por marido al Duque de la Rosa y al Conde de Astre, porque el Duque era feo, aunque rico en ditado, y el Conde hermoso y no de tanta renta, no quiso determinar cosa sin que el Rey, su padre, lo determinase. Determinado por el padre, señaló al Duque de la Rosa.

Pues hechas sus bodas, competentes a sus estados, llevóse el Duque a su mujer a sus tierras, acompañada de grandes señores, muy honradamente, a do de contino la Duquesa vivía con deseo de ver al Conde de Astre, por si era tan hermoso como se lo habían pintado. Sin ningún pensamiento malo ni perjuicio de su honra en que cumplir su vano de-

---

7 *ditado=Dictado=* Título de dignidad, honor o señorío que tienen las personas según sus empleos o dominios, como Duque, Conde, Marqués, Consejero, etc. Úsase frecuentemente sin la *c* diciendo *ditado.—Dic. Aut.*

seo, fingió al Duque que había prometido de ir en romería a la casa de Sanctiago si Dios le hacía tamaña merced que casase con él; y que pues había alcanzado lo que tanto deseaba, que no le negase aquel camino. Y todo este fingimiento era por ser el romeraje derecho por donde estaba el Conde de Astre. A lo cual respondió el Duque: «Que vais a semejantes romerías, señora Duquesa?, bien me place, que cosas sanctas son y buenas; pero sin compañía y el fausto y honra que a mí pertenece, podríanme culpar, y a vos os suceder algunos inconvinientes». Respondióle la Duquesa: «Para eso buen remedio siento, si vuesa señoría quiere, y es que Palestino, vuestro mayordomo, y Apiano, mi camarero, honrados hombres, a quien más que a mí se les puede fiar, en trajes de pobres peregrinos, yo juntamente con ellos, podemos seguir tan sancto camino».

Contento el Duque, aderezaron y siguieron su viaje.

Venida la Duquesa en traje de romera, y los dos que la acompañaban, a la villa de Astre, adonde el Conde que ella ver quería habitaba, no habiendo oportunidad de velle a causa de ciertos bandos que traía, hizo la Duquesa que aguardasen un día de fiesta, diciendo que quería ver cómo solemnizaban

---

7 *vais* = *vayais*. Muy frecuente en los clásicos.

24 *bando* = Parcialidad, partida, rivalidad con otras personas.— *Dic. Aut.*

los oficios en aquella villa. Venido el día, púsose junto a la pila del agua bendita por donde el Conde había de pasar. Pues como pasase y la gente que con él venía iba muy recatada, tuvieron mientes cuán ahincadamente aquella peregrina lo estaba mirando; temiendo que no fuese alguna espía, dijéronselo al Conde, por do el Conde mandó que, vista la presente, fuesen a la peregrina y a los que venían con ella, que de su parte buena y cortésmente los convidasen a comer, y cuando no, que forzosamente los llevasen a palacio. Idos, y convidándolos, la Duquesa alegremente aceptó el convite. Venido el Conde a comer, mandóles servir a los tres juntos en su mesa, a una parte. Ya después de haber comido, preguntóles el Conde de qué provincia o reino eran y a dónde iban; diciendo que a Sanctiago, nunca el Conde lo quiso creer, sino que culpándolos de espías, los mandó a todos tomar presos.

Viéndose en tal aprieto, la Duquesa, apartando al Conde en secreto, le dijo: «Sepa vuestra señoría que no somos espías ni traidores, ni Dios tal quiera ni mande, sino que le quiero decir la verdad, pero hame de dar la palabra de leal caballero de no descubrirme a persona desta vida». Prometiéndoselo, dijo: «Sepa vuestra señoría que yo soy la Duquesa de la Rosa, hija del Rey de Dinamarca, y la causa de yo venir por su tierra desta suerte, ha sido por ver su hermosura y agraciada presencia, si era tal

cual me manifestaron cuando mi padre determinó de darme al Duque de la Rosa por marido. Y no lo tomes a jactancia, noble señor, que mucho más es de lo que me dijeron, ni por eso me has de culpar de liviana, sino que te suplico que sin detrimento de mi honra y fama me dejes volver a mis tierras y sueltes esos dos honrados hombres que mi castidad acompañan. Y más, te pido de merced que dejes de hacerme aquel acatamiento que por tu sobrada virtud pretiendes que merezco, porque no sea descubierta».

El Conde, entonces, disimuladamente los hizo soltar y dar, como por vía de caridad, gran copia de dineros y joyas.

Despedida la Duquesa, y vuelta de Santiago a la presencia del Duque, su marido, fué rescebida con gran regocijo de todos sus vasallos.

De allí a pocos días, el mayordomo, enamorado de la Duquesa, tuvo atrevimiento de descubrirle abiertamente su mal deseo. Ella, como prudentísima y cuerda, desvióselo lo mejor que pudo, amenazándole que se lo diría al Duque, su marido, si más la importunaba sobre caso tan feo. El mayordomo, viendo en el mal caso que había caído, por encobrir su bellaquería y maldad grande, urdió otra peor, y es que se fué a un hermano suyo, diciéndole que por causa que la Duquesa se revolvía con un cierto mancebo que entraba secretamente en su retraimiento, le hiciese merced de ponerse escon-

dido detrás de las cortinas de la cámara della, para saber distinctamente quién fuese.

Contento y puesto do le había dicho, fuese el mayordomo al Duque de presto, diciendo: «Señor, sepa tu señoría cómo la Duquesa, tu mujer, te hace alevosía con mi proprio hermano. Ven conmigo y vello has, porque más crédito me des, que delante de tus ojos daré fin a su vida, que más quiero que fenezca un traidor, que no que sea deshonra de tu noble y esclarescido linaje».

Idos los dos al aposiento y retraimiento de la Duquesa, el mayordomo, sin más decir palabra, juntó con su hermano y dióle de puñaladas, de suerte que le mató. La Duquesa, espantada de ver semejante caso, dijo: «¡Ay, Redemptor mío y salvación mía! ¿Y qué puede ser esto o qué yerro puede haber cometido este desdichado?». «¡Vos lo acometistes--dijo el Duque—falsa enemiga y adúltera malvada!». Por do luego proveyó que fuese puesta en una torre, y por bien que le dió con mil juramentos sus descul- pas, no aprovechó ninguna cosa, sino que le concedió de plazo cuarenta días, y que en este tiempo estaría el mayordomo muy a punto, armado en campo, por si alguno la quisiese defender, cuando no, que el plazo cumplido la mandaría quemar.

La pobre y afligida Duquesa, no teniendo otro remedio, esperando en el socorro de Dios, escribió una carta para el Conde de Astre haciéndole saber su inocencia y falsa acusación y prisión en que es-

taba puesta, y dióla al camarero que, vista la presente, la enviase con mensajero cierto. Rescebida que fué la carta del Conde, dió por respuesta que en ninguna manera podía ir, y por otra parte, él y otro caballero muy privado suyo, armados en blanco, se fueron derecho al Ducado de la Rosa.

Allegados, el Conde hubo unos hábitos de fraile, y fuése a suplicar al Duque que le dejase entrar a confesar a la Duquesa, por ver si le podría hacer confesar la verdad de lo que pasaba. Dada licencia, entró a confesarla, y en la confesión dijo la Duquesa cómo era sin culpa de aquello que el Duque con tanta riguridad la inculpaba, y que no le debía otra cosa sino que, por habelle alabado la hermosura del Conde de Astre, había fingido una romería para irle a ver y gozar de su vista. Acabada su confesión, se volvió el Conde muy satisfecho a su posada, y armado en blanco él y su compañero salieron al campo, diciendo cómo venían por defender la Duquesa, y que saliesen dos a dos como ellos eran, para lo cual se determinó de armar el Duque y salir juntamente con el mayordomo.

Venidos a la pelea, el Duque de la Rosa fué muerto por el compañero del Conde, y el mayordomo, teniéndolo en tierra el Conde para degollar, suplicóle que no le degollase hasta en tanto que hubiese confesado la verdad; contento, publicó a voces muy altas toda su maldad y bellaquería, dan-

do por libre a la Duquesa del adulterio que la había levantado.

En esto, suplicaron los jueces al Conde que lo librase en su poder, porque ellos pretendían hacer justicia dél, cual el caso requería. Librólo el Conde sin contradición ninguna, y él y su compañero, vista la presente, se salieron de la ciudad, caminando para su Condado.

Después los jueces, vistas las confesiones del mayordomo, primero y principalmente dieron por libre la Duquesa, y al Duque enterraron con mucha solemnidad y honra, y al mayordomo atenazaron y quemaron.

Acabado todo esto, los más principales de parte del pueblo vinieron cargados de luto a visitar a la Duquesa, en señal y demonstración del pesar que habían concebido en la muerte del Duque, y a relatarle de parte del pueblo, que si determinación tenía de volverse a las tierras de su padre, el Rey de Dinamarca, que ellos la volverían con todo aquel acatamiento y estado que merescía, y que si quedarse determinaba por causa quel Ducado quedaba sin heredero, se ofrescían todos de muy buena voluntad de obedecella por señora, con tal que se había de casar dentro de un año, y el marido a contento y por consejo de todos ellos elegido.

Oyendo la Duquesa su deliberación y amorosa embajada, respondió que se tenía por más que dichosa de quedarse Duquesa de la Rosa y obedescer

aquello que por su consejo se determinase, pero con tal condición que de todo lo contenido diesen parte al Rey de Dinamarca, su padre. Contentos con esto, se despidieron y enviaron sus embajadores con la presente carta:

CARTA.

«A ti, el Rey de Dinamarca, a quien salud y vida por infinitísimos años deseamos, hácemoste saber cómo [por] la bondad de tu única hija y señora nuestra, y falsedad y atrevimiento de Palestino, ha sido servido Dios por su dispensación divina, al Duque de la Rosa y señor nuestro, privarnos de la vida.

»El caso ha sido que, requiriendo de amores el Palestino a la Duquesa, tu hija, y ella con su encumbrada virtud se lo desviase amenazándole que se lo diría al Duque, el traidor, de miedo desto y por más acreditar su mentira, añadió a un mal otro peor, y es que indució a un hermano suyo diciendo que porque tenía sospecha que la Duquesa se revolvía con un paje de palacio, que él le pornía secretamente en la cámara della, detrás de sus cortinas, para saber quién podría ser el atrevido paje; puesto, fuése derecho al Duque, informándole que la Duquesa, su mujer, le hacía maldad con un hermano suyo, y que por sus mismos ojos se lo haría ver.

»Entrados los dos en la cámara, lo primero que

hizo Palestino, sabiendo en qué lugar estaba escondido su hermano, fué ajuntar con él y dalle de puñaladas, de tal manera, que allí perdió la vida sin poder hablar. Vista tan cierta, con aparencia de verdad, la falsa acusación, mandó el Duque, según las leyes y constituciones nuestras, poner presa la inocentísima Duquesa, y que Palestino estuviese armado en campo por espacio de cuarenta días, por si alguno la quisiese defender. En este término limitado vinieron dos extraños y no conoscidos caballeros, diciendo que saliesen otros dos contra ellos, que ellos les harían conoscer cuán falsamente era acusada la Duquesa, y como no hubiese quien acompañase a Palestino en tal querella, teniendo por muy justa su acusación, salió el Duque con él para contra los dichos caballeros, de tal manera que fué muerto; y vencido Palestino y confesando su traición, le sentenciamos a cruda muerte, y la Duquesa, tu hija, volvimos en su estado y honra, cual merescía, y con voluntad suya y nuestra, la instituimos de nuevo por señora absoluta de nuestro Ducado.

»Por tanto, te suplicamos que lo más presto que fuere posible vengas a vella y dar tu parescer, y pregones por todo tu reino, por no ser conoscido el caballero que venció a Palestino, que parezca ante nos, que sin cavilación ni sospecha ninguna le aseguramos la vida y estado, y pretendemos casalle, si fuere contento, con la Duquesa, y aceptalle

por señor, pues en tanto riesgo de la vida defendió su honra.

»Y con esto besamos tus reales manos, y Dios sea en tu guarda y a nosotros consuele, amén».

Leída que hubo la carta el Rey, fué tanto el enojo que tomó que, vista la presente, se retrajo en su real aposento, y de tres días no quiso que ninguno le hablase, y mandó cortarse paños de luto para él y todos sus criados y servidores, y enderezó su camino para verse con su hija; el cual, en breve tiempo, se vido con ella, y los mismos grandes y señores que le escribieron la carta, pregonaron por su tierra y diversas provincias, con aseguramiento de vida y estado, quel caballero que había vencido a Palestino, quien quiera que fuese, le prometían dar a la Duquesa por mujer y aceptalle por señor.

Llegadas estas nuevas al Conde de Astre, aderezado ricamente cuanto pudo, y acompañado de todos los grandes de su Condado, caminó hacia el Ducado de la Rosa; pero antes que a él llegase, escribió una carta de su mano a la Duquesa, notificándole todo lo que con ella había pasado, y junto con la suya, la carta que ella le escribió; y más, le dió señas de algunas palabras de cuando se confesó con él, entrándola a visitar en hábitos de fraile, estando presa, y por su confesión había salido en campo y había vencido al mayordomo Palestino, y que por tanto venía camino derecho de su Ducado, con el

ofrescimiento que los suyos habían pregonado, con deliberación de casarse con ella.

Leída la carta por los más principales del Ducado en presencia de la Duquesa y del Rey de Dinamarca, su padre, preguntáronle que si era contenta de casarse con el Conde, a lo cual respondió, que pues ellos así lo habían determinado, que se tenía por muy pagada y dichosa. Vista su tan humilde respuesta, suplicáronle que se quitase el luto y se vistiese ricamente, cual su estado requería, y asímismo el Rey de Dinamarca, y que saliese con ellos para recebir al Conde.

Contentos, hiciéronle un solemníssimo recebimiento, y le aposentaron en palacio, y aquella noche fué desposado con la Duquesa, con muchas galas y fiestas; y después, en el otro día siguiente oyeron su misa y fueron celebradas las bodas, y al Conde juraron por Duque de la Rosa. A do vivieron por muchos y largos años a servicio de Dios.

Deste cuento passado hay hecha comedia, llamada de *La Duquesa de la Rosa*.

PATRAÑA OCTAVA

Un Rey, por ser muy agudo
y tenerse por hermoso,
vido que un truhán giboso
lo acentaba por cornudo.

Acrio, Rey de Polonia, vivía muy alegre y regocijado y contento, por haber casado con la hermosa Infanta Olimpa, y mucho más de verse dotado de hermosura y dispusición cuanto posible fuese, que a su parescer no había hombre que con él se igualase; tanto, que alabándose dello un día delante de Redulfo, romano, muy familiar criado suyo, le respondió: «En hermosura, crea Vuestra Alteza que tengo yo un hermano, que se llama Octavio, que se podría igualar con él, y aún podría ser que le aventajase en algo».

Al nescio del Rey, crecióle tanto el apetito y deseo de velle, que le rogó a Redulfo, dándole dineros y joyas, que le trajesse a su corte a Octavio.

Redulfo, excusándose que su hermano era mancebo y recién casado con Madama Brasilda, mujer romana, hermosa y agraciada en extremo grado,

igual en gentileza con su marido, y que tenía por imposible que dejase a Roma ni se apartase un solo momento de su mujer, tanto querida.

En esto dijo el Rey: «Según los intervalos que tú me pones, no puedo conjecturar sino que me mientes o me lo has dicho por burla[r]te de mí». «Antes no, ni Dios quiera ni mande—respondió Redulfo—sino que, vista la presente, partiré por cumplir tu mandamiento y lo traeré delante tu real presencia, haciendo toda mi posibilidad».

Partido Redulfo y allegado a Roma, fué muy alegremente rescebido de su hermano Octavio y su cuñada Brasilda. A cabo de algunos días, declarando a su hermano la causa de su venida, tomólo tan contra su voluntad que no sabía qué remedio se escogiese, en especial cuando pensaba decillo a su mujer, que tanto mostraba querelle. En fin, viendo la importunidad de su hermano y que no podía hacer otra cosa, sino irse con él, un día, estando los tres juntos en mesa con mucho regocijo, después de comer, por sus rodeos y gentil estilo, lo dijo el marido a su mujer, la cual, en oillo, empezó [a] hacer grandísimos extremos, y como medio desmayada, diciendo: «¡Ay, marido mío, y señor y descanso míol ¿Y quién podrá vivir sin vuestra amorosa presencia un solo punto?». El, consolándola lo mejor que pudo, le prometió que antes de dos me-

15 *se escogiese* = En la edición: *sescogiesse.*

ses sería de vuelta, y que por tanto se dejase de hacer más extremos ni fatigarse.

Aderezados los dos hermanos de ropas y caballos y escuderos, según a sus estados convenía, yéndose acostar la víspera de la partida Octavio y su mujer, se quitó ella del cuello un riquísimo joye! con una cruz de piedras preciosas, el cual había tocado en las más reliquias de Roma, y dióselo a su marido, con todo aquel encarescimiento que las mujeres suelen hacer, para que lo trujese consigo en señal de amor, porque se acordase della adonde quiera que estuviese, y fuese guardado de algunos peligros.

Agradesciéndoselo mucho tomóle Octavio y púsole a su cabecera debajo de la almohada para poderle tomar en la mañana, al punto que se levantase de la cama.

Acostados, su mujer, por jamás en toda la noche durmió, metida en sus brazos, a veces llorando, a veces se maldiciendo, y muchas desmayando. Levantados Octavio y Redulfo antes que amanesciese, ensillados y enfrenados sus caballos, y estando a punto de caminar, al despedirse no había quien a Brasilda la apartase de su marido ni la consolase, tan grandes eran los llantos que hacía. En fin, que despedidos y ella vuelta a acostarse a su cama, aún no hubo caminado Octavio media legua, cuando le vino a la memoria que debajo del almohada había dejado la cruz que su mujer con tanta efi-

cacia le dió. Determinando él solo en persona volver por ella, dijo a su hermano que no dejase de seguir su camino paso a paso, hasta en tanto que volvía a su posada por cierto joyel que se había olvidado.

Pues como descabalgase en el patín de su casa y entrase muy de quedo en la cámara por respecto que si dormía su mujer no la despertase, alzando la cortina vió lo que nunca pensara ni creyera, y es que vido estar abrazada su mujer Brasilda, durmiendo con un siervo, el más ínfimo y tonto de su casa. Suspenso estuvo de ver semejante caso, y por dos o tres veces vacilando si con su espada daría fin a sus vidas, pero el amor de Brasilda le convenció, que no hizo sino bonitamente tomar su joyel, que estaba debajo del almohada, y salirse de la cámara, y sin ser sentido de nadie volvió a cabalgar y proseguir su camino, que en breve tiempo alcanzó a su hermano.

Yendo los dos juntos, veía Redulfo a Octavio, su hermano, caminar tan suspenso y decaído, tan mudado de color y a poco a poco la cara que antes tenía tan desfigurada, que no podía comprehender ni sacar rastro dél qué era lo que le había acontecido. De otra parte, hallábase confuso de ver cuán mentiroso saldría de lo que al Rey Acrio había encarescido y alabado, por lo cual, siendo cerca de la

---

6 *patín* = Diminutivo de *patio*.

Corte, determinó de escribir al Rey, diciéndole que por causa que su hermano venía cansado y medio muerto del camino, que no procurase de velle por entonces, sino que le suplicaba le proveyese de dalle algún alegre aposento en que pudiese algunos días descansar y festejalle.

El Rey, regocijado con la venida de Octavio, mandó que le aposentasen en su palacio en un alegre y espacioso aposento, adonde el hermano no dejaba de dalle todos los pasatiempos del mundo, pero a Octavio, el pensamiento de cómo había dejado a su mujer, se los digería en todo pesar y tristeza, no siendo parte los regocijos y fiestas de su hermano para remedialle.

Estando un día solo Octavio en su aposento, le vino el remedio, sin que le buscase, a la mano, y fué que la estancia adonde él habitaba, venía a conferir en el íntimo aposento de la Reina, y como sintiese quejas de mujer celosa, mirando por la sala vió en el rincón della, en lo más escuro, una abertura de pared, y acechando por ella, vido cómo la Reina y un enano, medio monstruo, estaban retozando, pasando sus amorosos efectos.

Atónito y atordido de ver semejante caso, se puso entre sí mismo a considerar, diciendo: «¡Válame Dios! ¿Y esta Reina, teniendo un tan gentil hombre por marido, se viene a someter a una fantasma como ésta?». Desde entonces propuso en su entendimiento que su mujer no era tanto de culpar, pero

en el atrevimiento y fealdad en un mismo grado las ponía, pues no se contentaban de hermosos maridos y dotados de bienes de fortuna.

Con estas consideraciones, diciendo entre sí mismo: «En fin, no soy yo solo herido deste mal en el mundo», empezó a quitar aquella imaginación que de su mujer tenía, y más cuando vido en el otro día siguiente que en el mismo lugar y a la misma hora, el enano y la Reina no dejaban de celebrar los cuernos reales; tanto, que entre otros días vido en uno que la Reina estaba muy enojada, porque el enano, estando jugando, no había querido acudir a la asignada hora, habiéndole enviado a llamar con una criada por dos o tres veces. Con este espectáculo y competencia, Octavio tornó de triste muy alegre, y en breves días recobró la salud y el mismo ser que había perdido, por do Redulfo, muy regocijado, dijo al Rey que ya su hermano estaba bueno y en dispusición para gozar de su vista toda hora y cuando su Alteza mandase.

Venido el Rey al aposento de Octavio, y maravillado de la gentileza y disposición suya, conosció que Redulfo le había dicho verdad, y entrando en conversación, entre las otras cosas que le pidió el Rey a Octavio, fué que le rogaba le dijese qué había sido la causa de su enfermedad. Suplicando al Rey que se lo tuviese secreto, le contó todo lo que le había acontescido con su mujer; réplicándole el Rey que de qué suerte había cobrado la salud,

respondió que de ver en su palacio otro semejante caso como el suyo. Importunándole el Rey que le mostrase adónde y quién eran los ejecutores de tal obra, le hizo jurar Octavio que por cosa que viese no se maravillase, ni persona ninguna de los culpantes por él fuese castigada; jurándoselo el Rey, Octavio, a la hora que él sabía el concierto de la Reina y del enano, hízole ver por la abertura de la pared a la Reina en brazos del enano. Loco y fuera de sí estuvo el Rey de ver lo que no quisiera y en punto de quebrar el juramento por vengarse de tamaña afrenta; mas volviendo en sí y pensando que el juramento que había hecho le hacía volver atrás, volvióse a Octavio, diciendo: «¿Qué consejo me darás tú sobre este tal hecho, hermano?». Respondió: «Mi parescer es, si a Vuestra Alteza le place, que las dejemos para quien son, así la mía como la vuestra; y pues somos mancebos, que hermosura ni riqueza no nos falta, que con estos tres efectos podemos derribar a la más encumbrada mujer del mundo, probemos nuestra ventura por diversas provincias, y veremos si está sólo el daño en nuestras mujeres o en el sexo feminino».

Cuadróle tanto al Rey este consejo, que en breves días se pusieron a punto, y sin paje ni escudero ninguno comenzaron a proseguir su intento por toda Italia y Francia, Inglaterra, no dejando de al-

3 *ejecutores* = En la edición: *essecutores.*

canzar sino las que de probar dejaban. Pero con lo que más a todas éstas las convencieron, fué con sola la riqueza, porque las más dellas son vencidas con el interese.

Pues como cada día hallasen en las unas sobrada liviandad, y en las otras soberbia y vana locura, y en las otras tiranía, y en las demás infidelidad, y por este respecto se viessen en muchos rieptos y desafíos, y a veces en peligros de perder la vida, llegando a cierto lugarejo a posar en casa de un mesonero que tenía una hija muy hermosa, que ya Siriaco, un mancebo, era fama que había habido lo mejor della, paresciéndoles bien en extraña manera, dijo el Rey a Octavio: «De parescer sería, hermano, si a ti te paresce, que esta moza la tomásemos para nuestro servicio, de la cual pienso yo que seremos bien servidos y nos manterná lealtad, pues vemos que tarde, las más dellas, según habemos probado, se contentan con un solo potro, y está claro que más verán cuatro ojos que dos. Pidámosla al huésped, ofresciéndole su dote».

Concertado, paresciéndole bien a Octavio de lo que el Rey le había dicho, dieron parte dello al mesonero, el cual, viendo sus presencias y la liberalidad dellos, fué contento con que depositasen luego el dote en su poder. Depositado, y la moza muy bien aderezada de ropas cual sus estados requerían, fué entregada en sus poderes, prometiendo de volvérsela al padre cuando ella no quisiese sus compañías.

Caminando con la hija del mesonero, por jamás se acostaban de noche que no la metiesen en la cama en medio de los dos, y entre día, el uno o el otro que no la guardase; siguióse con esta vigilancia que tenían, que allegaron a cierta villa y posaron en un mesón en el cual estaba sirviendo Siriaco, y teniendo oportunidad de hablar a la moza, prometióle de casarse con ella con tal que durmiese con él una noche. Ella, contentísima y deseosa de no estar tan subjeta, ordenó que, por cuanto dormía entre aquéllos gentiles hombres que la llevaban, que la noche siguiente se entrase en su cámara, y si tocando en medio del lecho hallase su pie descubierto, que se metiese desnudo por él sin miedo. Hecho el pacto, vino Siriaco, y hallando el pie descubierto, cubrió a ella de su cuerpo, y complido su deseo, habiendo estado buen rato, tornóse a salir por donde había entrado; bien que el Rey y Octavio, habiendo sentimiento del regocijo, por pensar el uno que el otro fuese, callando entrambos fasta que fué de día; y levantándose el Rey, dijo a Octavio: «Reposad, hermano, no os levantéis tan presto, que habéis caminado mucho esta noche». Respondió Octavio: «A Vuestra Alteza toca el reposar, pues nunca descabalgar pensastes».

Fué tanta la competencia de los dos sobre este negocio, que corridos y pensando que la burla procedía de la moza, apechugaron con ella, y a puro miedo le hicieron decir la verdad; los cuales, de oír

el engaño, de risa no se pudieron tener en pies. Importunándola que les dijese quién era el tan atrevido que en tal peligro se había puesto, respondió que Siriaco, que la había habido doncella y prometido de casarse con ella si dormía una noche con él. Visto esto, llamaron al mancebo, el cual no negó la verdad, y visto por ellos clara y distinctamente que aunque tuviesen más ojos que Argos, no eran bastantes a guardar a media mujer, tomaron al mozo y a la moza a las ancas de sus caballos, y trajéronlos en presencia del mesonero, a do fueron desposados y velados. Y el Rey con Octavio determinaron de volverse a sus tierras y vivir con sus mujeres, disimulando como sufridos y pacientes, pues de los tales era el reino de Dios y vivían largamente sobre la tierra.

PATRAÑA NOVENA

Ceberino cautivaron
y fué llevado a Turquía;
después, con mucha alegría,
Rosina y él se casaron.

Un mercader de Barcelona llamado Hilario, envió a Nápoles a un hijo suyo, Ceberino, para que le cobrase cinco mil ducados que allí le debían.

Cobrado que los hubo, dióse tan buena diligencia, que en breve tiempo se los ganaron otros mercaderes de la misma tierra. Quedando sin blanca y sabiendo que estaba una nave que hacía vela para Barcelona, embarcóse en ella, y surgida después de su navegación en el puerto que deseaba, desembarcó Ceberino y entróse en la ciudad de Barcelona; y como fuese muy de noche y no hallase posada, determinó de recogerse debajo de un banco que estaba cerca de casa de su padre, porque no le quitasen la capa si por acaso se adurmiese.

Estando allí puesto, sintió que de la calle tiraron una piedra a una ventana de la misma casa, y salió una mujer que dijo: «Señor, a las doce verná vue-

sa merced, que agora no hay sazón». Ido el hombre que tiró la piedra, cerca de las doce salió Ceberino debajo el banco do estaba, y tirando su piedra, salió la mujer a su ventana y dijo: «Tome, señor», y él, parando la capa, echóle un lío de ropa con riquísimas joyas revueltas con él, y diciendo: «Ya bajo»; a cabo de rato vídola salir por la puerta, y no fué salida tan presto cuando se abrazó con él, diciendo: «Vamos, señor mío», y tomándola de la mano, saliéronse de la ciudad caminando hacia Valencia. Cuando fueron bien lejos y ella viese con la claridad del día que no era el que pensaba, maldicíase, haciendo grandísimos extremos, a lo cual le respondió Ceberino: «No os maldigáis, señora, antes os habéis de tener por dichosa en haber caído en mi poder, porque sabed que soy hijo de Hilario, mercader riquísimo desta ciudad. Conosciéndole, y que ya no había remedio en lo hecho, siguieron su camino, y por la presencia del día, por no ser descubiertos, metiéronse en un bosque a do se dieron palabra y fe de marido y mujer, y efectuaron con mucho regocijo el matrimonio.

Pues como en el bosque no hubiese agua para beber, determinó Ceberino de llegarse a la marina, tanto por buscar agua como por si vería algún bajel para poderse embarcar con Rosina, que ansina se decía.

---

5 *parando* = Preparando.

Fué su desdicha tan grande que, en allegando a la mar, fué preso de moros.

Ella, conosciendo que se tardaba, subióse sobre un recuesto y vido cómo se lo llevaban cautivo. Conosciendo que la Fortuna la perseguía, usó de ánimo varonil, y es que se hizo un talegoncillo, en el cual puso todas las joyas que llevaba, y cosido, se lo ciñó junto a la carne, y mirando a qué parte la guiaría la ventura, vido muy lejos de allí una casa, y aguijando hacia ella, por estar cerrada y llamar y nadie no responder, determinó de entrar dentro por una pared bajuela que había. Entrada, halló (por ser majada de ganaderos), en un retrete todo un aderezo de pastor, por do luego, en un instante se despojó de sus ropas y se vistió a modo de zagal, y determinando de se llamar Ceberino, el nombre proprio de su amado marido, caminó para la ciudad de Valencia, y allegándose al Grau para holgarse algunos días, díjole un mesonero que si quería estar con él. Contenta, preguntóle que cómo se llamaba; diciendo que Ceberino, hicieron su afirmamiento.

Dejemos agora a Rosina en hábitos de hombre, y vamos a Ceberino, el cual, como se viese cautivo, dijo que se llamaba Rosino, el nombre de su señora. Traído en Constantinopla, por ser los moros cosarios de Turquía, vino por parte al Gran

13 *retrete* = Habitación, aposento pequeño.

Turco, el cual, por parescelle bien, le hizo ataviar y que sirviese en su palacio. Rosino, como fuese muy servicial y que en extremo trabajaba de agradar a todos, y gran músico de vihuela, de muchos era querido y amado, especialmente del Turco, porque las más noches le hacía tañer y cantar en su presencia. Y con esta conversación la hija del Gran Turco, que Madama se llamaba, se enamoró dél, y no sabiendo de qué modo manifestalle su deseo, suplicó al padre que a Rosino se lo diese por maestro para que le amostrase de tañer.

Contento el Gran Turco, en la conversación y tratamiento tuvo noticia Rosino cómo Madama estaba presa de amores dél, el cual disimulaba sabia y discretamente por no perder lo que hasta entonces había ganado, no dejando de recebir algunos dones y mercedes que de cadal día le hacía en cuenta de maestro. En este tiempo allegó una nave de Barcelona en Constantinopla, sobre seguro. Sabiéndolo Rosino fuesse a los marineros della, rogándoles que si les preguntaban de quién era hijo, que dijesen que era de gran linaje, que no perderían nada por ello.

Pues como Madama supiesse que aquella nave era de la ciudad de su maestro, secretamente envió que se informasen de Rosino su maestro, de qué linaje y estado era. Habida relación que era hombre de estado, muy más se le acrescentó el amor que le tenía, y sabiendo que estaba la nave de partida,

dióle Madama a Rosino una cajuela de riquísimas joyas, para que enviase a su padre y madre, y más, un anillo para que desechase el que llevaba, el cual era el que Rosina le dió en señal de casamiento en el bosque, y trajese aquel en su servicio.

Recebidas las joyas, y vistas cuán riquísimas y sin precio eran, estuvo muy maravillado de su liberalidad, y cerrando la cajuela, puso juntamente con ella el anillo de Rosina, y cerrada y sellada cual convenía, dióla a los marineros, estrenándoles muy bien, diciéndoles que diesen aquella cajuela de bálsamo en Barcelona a su padre Hilario.

Despedidos los marineros, hicieron su viaje bueno y salvo, sino que no pudiendo tomar puerto en Barcelona, los trujo la fortuna a la playa de Valencia, y aun allí hubieron de echar ropa en mar, y por salvar la cajuela tan encomendada, salió un marinero a tierra con ella, la cual dió a guardar a un mesonero del Grau, y por dicha vino a caer en manos de Rosina, que Ceberino se llamaba.

Pasado el mal tiempo, adobaron su nave los marineros, y teniendo viento natural de su navegación, hicieron vela, olvidándose la cajuela. Rosina, viendo que se habían descuidado, hizo leer un albarán que

---

10 *estrenándoles* = *estrenar* = regalar. *Estrena* o *estrenas* = La dádiva, alhaja o presente que se da en señal y demostración de algún gusto, felicidad o beneficio recibido.—*Dic. Aut.*

15 *fortuna* = tormenta, tempestad.—*Dic. Aut.*

24 *albarán* = Cédula, hoja de papel, pliego.—*Dic. Aut.*

estaba escrito y fijado en ella que decía: «Sea dada a Hilario en Barcelona».

Calló, y disimuladamente a la noche, viniendo a abrilla por ver lo que podía haber dentro, a la primera vista que vió fué el anillo que había dado a su querido Ceberino, por do, maravillada de tal cosa y más de las riquísimas joyas que con él venían, dijo: «¡Santa María, Señora! ¿Qué señal o vestigio puede ser éste? ¿Es quizá, por desdicha mía, muerto mi amado y esposo Ceberino?». Y cuanto pudo de presto, tornó a cerrar la cajuela, y continuando sus oraciones, que Dios le diese nuevas de su vida o de su muerte, pasaba sus días y noches tristes, con mil sobresaltos que la combatían.

Volviendo a Ceberino, de cómo era molestado de los amores de Madama, y él no queriendo conceder en ellos, proveyó Dios de remedio, y fué que allegó en Constantinopla una nave española, y habiendo despedido toda su mercadería con el salvo conduto que tenía del Gran Turco, y estando para hacerse a la vela, Madama suplicó a Rosino que los dos se fuesen con aquella nave que estaba de partida, quella le daría gran cantidad de dineros y joyas. Fingiendo que era contento, recebido que hubo lo que le había prometido, embarcóse sin ella, y tuvieron tan buen tiempo, que en breves días allegaron en España y vino a aportar a la playa de Valencia, a do desembarcado con todas sus riquezas, vino a posar a donde estaba Rosina en hábitos

de hombre; y como sintiese que se llamaba Ceberino y estuviese muy ahincadamente mirándola, estaba dudando si era o no era ella, y por mejor certificarse dello, apartóla en puridad, por do se vinieron a conoscer y a abrazarse del gozo que concibieron; y ella le manifestó cómo la cajuela estaba en su poder, de las joyas que enviaba a su padre con el anillo que ella le había dado en el bosque.

Ceberino, muy alegre dello, manifestó al mesonero cómo Ceberino se llamaba Rosina por otro nombre, y era su mujer y esposa amada suya, y que por habelle hecho tan buen tratamiento en su casa, se lo agradescía en grandísima manera; y sin eso le dió algunas joyas. Y ataviando a Rosina de riquísimas ropas y joyas, se embarcaron para Barcelona; a do, dándose a conoscer a sus padres, fueron muy bien recebidos, y de allí a pocos días celebradas sus bodas con alegre y sumptuoso regocijo.

4 *puridad* = Secreto.

PATRAÑA DÉCIMA

Por causa de un cadenón
a Marquina maltrataron,
las narices le cortaron,
y a su marido un jubón.

Tancredo, gentil hombre, sirviendo a Celicea, mujer casada, que vivía junto a casa de un barbero, fué tanta la conversación que tuvo con Marquina, mujer del barbero que, hallándola llorando un día, le dijo: «Sepa yo de vuesa merced de qué llora, señora». Respondió: «¿No le paresce que tengo de qué llorar, señor, que ya ha dos meses que no ceno ni duermo con mi marido?». Dijo: «¿Por qué respecto, señora?». Respondió: «Porque lo meresce, pues no me quiere dar treinta ducados que me ha prometido para un cadenón de oro destos que se usan». Dijo Tancredo: «¿Y deso se ha de fatigar, señora? Yo se los prometo de dar, con tal que re-

4 *jubón* = jubón de azotes. En *germanía* significa sufrir la pena de azotes en las espaldas desnudas, por mano de verdugo, en castigo de algún delito. El delincuente, montado en un asno, recibía los rebencazos del ejecutor de la justicia, paseándole por las *acostumbradas*, esto es, por las calles fijadas de antemano.

cabe vuesa merced con la señora, su vecina, Celicea, haga lo que por diversas veces le tengo rogado».

Marquina, codiciosa de haber cadenón, prometiéndoselo, dióle parte a Celicea de la pasión que Tancredo por ella pasaba, importunándola que no dejase de hacer por él, sabiendo quera hombre de bien, y que le podía socorrer en muchas necesidades.

Fué tanta la importunación de Marquina, que Celicea le dió palabra de hacer lo que mandase, y que sería desta suerte: que su marido de allí a dos días se había de ir de la ciudad, y que ella le daría entrada, pero con tal condición que fuese por su casa por más guardar su honestidad.

Hecho el concierto, el marido de Celicea, ya recelándose de Tancredo, antes que se partiese pidió a Marquina una navaja, diciendo que la había mucho menester. Dejada, fué su camino.

A la noche, entrando Tancredo en casa de su señora Celicea por el tejado del barbero, a cabo de rato tocó a la puerta el marido, por do de presto se volvió a salir. El marido, viendo la cama sahumada, reconosció toda la casa, y vuelto a su mujer, le dijo: «¿Qué es esto, mala mujer? Qué ¿teníades algún concierto? ¿Parésceos bien no estando vuestro marido en la ciudad hacer estas putañerías?». Ella des-

23 *sahumada* = En la edición: *zahumada*.

culpándose lo mejor que pudo, y él amenazándola, de puro enojo apechugó con ella y la ató en un pilar que había en medio de la casa, con las manos atrás, y dejóla allí, diciendo: «¡Esa será tu cama sahumada, bellaca, traidora, y ahí dormirás esta noche!», y él acostóse en su cama.

Como la mujer gimiese y llorase, y la buena de la barbera estuviese acechando lo que pasaba, por codicia de ganar los veinte o treinta ducados para su cadenón, entróse queditamente por el terrado, y acercándose a Celicea, le dijo: «Señora, el mejor remedio del mundo tienes agora si tú quieres hacer por Tancredo, pues tu marido está sin lumbre y duerme». Respondióle: «¿Cómo o de qué manera?» «Desta—dijo Marquina—; que yo te desataré de donde estás, y tú atarme has a mí, porque si viniere a reconoscerte tu marido no te halle menos; y vete corriendo, que en mi terrado hallarás a Tancredo que te está esperando». Contenta, desatada que fué Celicea, ató muy bien a Marquina y fuese a holgar con su amante.

En este medio, como el marido despertase y se viese sin lumbre, dijo: «¿Qué tal estáis, mujer? ¿Dormís o veláis?». Como Marquina callase por no ser descubierta, levantóse de presto el marido, diciendo: «¡Quél ¿soy algún loco yo por ventura, mujer, que no me volvéis respuesta? ¡Espera, que yo os haré

13 *lumbre* = luz.

que hagáis mal gozo a quien bien os quiere!». En esto tomó la navaja, y acercándose a ella le cortó las narices y volvióse a acostar. A cabo de rato vino Celicea y desató a Marquina, y Marquina ató a la señora, dándole parte cómo su marido le había cortado las narices pensando que fuese ella; la cual se fué sin narices, muy congojada, a su posada, y a Tancredo dió despedida, recibiendo los treinta ducados prometidos.

Celicea, a cabo de rato, empezó a quejarse, diciendo: «¡Señor Dios!, pues Vos sois testigo si tengo culpa o no de lo que me ha levantado mi marido, mostrad agora milagro en mí en curarme de mis narices». De allí a otro poco, dijo: «¡Gracias os hago, Señor, que estoy buena y sana, sin mirar a las demencias de mi marido!». Oyendo sus quejas, levantándose de presto, encendió lumbre, y encendida, fuese hacia su mujer, y en vella con narices arrodillóse a sus pies muy devotamente, diciendo: «¡Perdonadme, señora mujer, por el falso testimonio que os he levantado!» Perdonándole, desatóla y fuéronse a acostar marido y mujer muy regocijadamente.

El marido de la barbera, como se levantase antes del día porque había de ir a afeitar fuera de la ciudad, y reconosciese su estuche, y tenta[n]do hallase menos la navaja, fué a pedilla a su mujer, y como ella le diese mala respuesta, tiróle el estuche, por do ella empezó a gritar y dar voces: «¡Ay, el traidor, ay, el mal hombre, que me ha cortado las narices!»

A las desaforadas voces subió el alcalde, que iba rondando por la ciudad, para ver lo que podía ser aquello. Viendo la mujer sin narices, queriendo apañar de vuestro barbero y él arrancase de su espada haciendo resistencia, porque fué herido el porquerón lo llevaron a la cárcel, y por sentencia, a cabo de días, le azotaron por la ciudad. Así que, por codicia de una cadena de oro, fué la barbera desnarigada y el marido azotado.

PATRAÑA ONCENA

Apolonio, por casar
con la hija de Antioco,
grandes infortunios toco
que pasó por tierra y mar.

Antioco, Rey de la ciudad de Antioquía, siendo viudo, tenía una hija llamada Safirea, en tan extremo grado hermosa, que su gracia y gentileza sonaba por todas aquellas comarcas. Y como después de su padre estaba determinado que había de suceder en el reino, importunábanle grandes príncipes y señores de pedírsela por mujer; y como a él no le conviniese, porque no le molestasen sobrello, puso esta pregunta a la puerta de su palacio, que decía desta suerte:

PREGUNTA.

Soy el que tengo y no tengo;
caí sin me levantar;
de lo injusto me sostengo:
entro do no puedo entrar.

Notificando que cualquier que le declarase la sobredicha pregunta, de cualquier estado que fuese, le daría a su hija por mujer, cuando no que le cortaría la cabeza; por este respecto ninguno hubo que se atreviese a pedilla, sino fué, a cabo de mucho tiempo, el Príncipe Apolonio, señor de la provincia de Tiro, que por su acutísimo ingenio alcanzó la verdad del negocio; el cual, por estar muy enamorado de la Safirea, vino delante del Rey Antioco para declaralle la pregunta, y apartándole en puridad, le dijo: «Tú eres Rey el que tienes razón y no la tienes. Tienes razón porque eres hombre; no la tienes por vivir bestialmente en echarte con tu hija, y eso es sostenerte injustamente y entrar do no puedes entrar».

Admirado el Rey, viendo que había acertado, sin mostrar ninguna perturbación, dijo: «Digno eres de muerte, Apolonio, porque no has dicho verdad. Mas porque no me pintes por cruel y ser la persona que eres, yo te doy un mes de tiempo para que mejor pienses en ello».

Despedido Apolonio, vista la presente, se embarcó para Tiro.

Y Antioco no le hubo dado licencia que de allí a poco no se arrepintiese por ello; y de miedo que no fuese manifiesto su pecado, mandó a Taliarca, criado suyo, con otros hombres de mala vida, que fuesen tras de Apolonio, y como quiera que fuese le matasen.

En este intermedio, estando Apolonio en su tierra y pensando que había declarado la pregunta al Rey Antioco y que no había cumplido su palabra en dalle por mujer a su hija Safirea, a quien tanto quería y amaba, tomó una nave, la cual cargó de mucho trigo y dineros y joyas de infinita valía y, de aborrescido, se embarcó de noche secretamente en ella con ciertos criados y familiares suyos.

Los de Tiro, habiendo sentimiento de su tan aborrescido viaje y que la causa dello era el Rey Antioco por no habelle querido dar a su hija por mujer, concibieron tanta tristeza por ello que, vista la presente, mandaron cesar cualquier trato que fuese de regocijo. Por lo cual la gente de la ciudad estaba puesta en gran afición y cuidado, por el amor de su Príncipe.

Pues como desembarcase Taliarca en el puerto dé Tiro y hallase el pueblo tan triste, preguntando a un mochacho la causa dello, le respondió: «Amigo, ¿que no sabes tú que todo esto es porque el Príncipe nuestro Apolonio no se sabe si es muerto o vivo? Que después que vino de Antioquía, no paresce».

Con esta relación, Taliarca con sus compañeros se volvió a embarcar muy satisfecho, y venido ante su Rey Antioco le dió aviso de lo que pasaba. Y luego inmedia[tamen]te mandó pregonar por todo su reino que cualquier que le diese vivo al Príncipe

Apolonio le daría cinco mil pesantes de oro, y al que muerto o su cabeza, mil y quinientos.

Volviendo al Príncipe Apolonio, que con su nave seguía su ventura, vino a aportar en una provincia llamada Tarcia, y desembarcando y paseándose por ella en traje de mercader, conoscióle, aunque en bajos vestidos iba vestido, Heliato, senador della, que en días pasados era [e]stado su vasallo. Y llamándole por su nombre no le quiso responder Apolonio. Heliato entonces tornó a llamar, diciendo: «Rey Apolonio ¿por qué quieres despreciar a quien favorescerte puede? Pues certifícote que si tú supieses lo que de tí sé, que tú me escucharías y gratificarías muy bien». A esto respondió Apolonio: «Si te place, amigo, por lo que debes a virtud, me digas prestamente lo que de mí sabes». «Sé—dijo Heliato—que el Rey Antioco ha hecho pregonar por todas sus tierras, que quien le dará tu persona le promete dar cinco mil pesantes de oro, y el que tu cabeza, mil y quinientos». «Ansí—dijo Apolonio—¿y es tu pretensión de ganar eso?» Respondió Heliato: «No plegue a Dios, señor, que tal traición cometa a quien por Rey he obedescido algún día, sino lo que te suplico es que lo más presto que puedas vacíes la Tarcia, que aunque sea Señoría por sí, no podemos dejar de complacer al Rey Antioco por algunas mercedes que dél habemos recebido».

1 *pesante* = moneda de una onza de peso.
25 *vacíes* = Abandones, dejes.

A esto respondió Apolonio: «Si alguna gracia alcanzar de tí pretendo ha de ser ésta: que me aposentes secretamente por algunos días en tu casa, a causa que vengo muy fatigado de la mar». Heliato, atemorizado y no sabiendo cómo se expelir de tal demanda, dijo: «Señor, mi casa y cuanto hay en ella está presta para tu servicio, sino que hay un gran inconveniente, y es que perecesmos de hambre, porque está la ciudad en gran estrechura de trigo, que no tenemos ya sino para tres días, y mal podrá hacerte aquel acogimiento que meresces quien de pan caresce». «Tanto mejor—dijo Apolonio—te habías de alegrar y dar gracias a Dios que a tal coyuntura me ha traído a tu patria, porque te hago saber que traigo en mi nave cien mil hanegas de trigo, y lo desembarcaré en ella si fuere contenta la Señoría de Tarcia de tenerme secreto y hospedarme en su tierra». En oír ésto Heliato, de gran gozo y alegría que concibió en su corazón se arrodilló a sus pies, queriéndoselos besar, y Apolonio, no consintiendo, alzóle de tierra. Alzado, suplicóle Heliato que se fuese drecho con él, que los Senadores le estaban aguardando a consejo sobre la hambre que les apremiaba, y que allí notificaría su demanda y redempción tan copiosa como traía para todos.

Idos delante los Senadores, propúsoles muy en secreto Heliato como aquel era el Príncipe Apolonio, y si querían favorescelle en tenerle secreto en su tierra les favorescería de cien mil hanegas de

trigo que traía en su nave, y éstas vendidas al precio que le costaba, que era a razón de cuatro reales por hanega. Muy alegres los Senadores por tan señalada merced, respondieron que eran muy contentos, que no sólo le favorescerían, pero que perderían la vida y estado por él si menester fuese.

Desembarcado el trigo, el Príncipe Apolonio como simple mercader lo quiso distribuir todo por sus manos al pueblo. Y así, el que podía pagar pagaba, y al que no, fiaba. Y a los pobres labradores daba para que sembrasen con tal que a la cogida se lo volviesen.

Viendo los Senadores tan gran misericordia y liberalidad en un hombre, le mandaron hacer una estatua riquísima de piedra mármol dorada, que en la mano tenía un manojo de espigas y en la otra dineros como que le caían de las manos, con un epigrama a los pies que decía:

EPIGRAMA.

Este a Tarcia redimió,
y aunque se mostró ser hombre
de Apolo deriva el nombre.

Pasados algunos días, como viesen los senadores la afición y voluntad que en Apolonio había puesto

---

11 *cogida* = Cosecha.

el pueblo, la una por temor que no se alzase con la tierra, la otra porque no viniese a noticia del Rey Antioco que a su enemigo favorescían, determinaron de hacello príncipe y capitán de la mar, y darle cargo de treinta galeras que tenían. Y así, dándole parte dello fué muy contento de recebir aquel cargo, porque de aquella suerte pretendía estar más a su salvo.

Pues navegando Apolonio con sus treinta galeras, hizo tan señaladas hazañas, que de todos los cosarios era temido, y de los de Tarcia muy honrado, sino que la Fortuna le fué contraria, porque de allí a pocos días le sobrevino tan gran tormenta que se perdió toda la flota, salvo una galera que volvió a Tarcia dando noticia de tan gran desdicha y pérdida, y la capitana que dió al través en las costas de Pentopolitania, donde no se salvó sino Apolonio, que abrazado con una tabla salió a la ribera todo mojado; y estándose allí plañiendo, de cómo la Fortuna tan ásperamente le perseguía, juntó con él un pescador, preguntándole de qué nación era y qué buena ventura le había traído en aquella provincia; dijo Apolonio: «Has de saber, hermano mío, que soy natural de Tiro; y viniendo pasajero en las galeras de Tarcia que han perescido, abrazado en una tabla soy escapado cual me ves».

Viéndole el pescador de tan buena dispusición y crianza le rogó que se fuese con él hasta su alojamiento, a do le dejaría de sus ropas, en tanto que

se enjugasen las suyas. Apolonio agradesciéndole la merced que le hacía, siguió vuestro pescador, el cual le sustentó por algunos días, incitándole que si quería ejercitar su oficio, que no le faltaría en qué poder pasar la vida; respondiéndole Apolonio que no era de su condición, le suplicó que le enseñase el camino de la ciudad, porque quería probar su ventura.

Viendo su determinación el pescador, púsole en el camino de la ciudad de Pentopolitania; y dándole dineros para el camino le dijo: «Mirad, amigo: parad mientes a los buenos y guardad las orejas sobre todo, y cuando no halláredes en qué pasar la vida volveos a mi pobre barquilla, que a fe de quien soy de nunca faltaros con mi pobre laceria. Apolonio, viendo su entrañable ofrescimiento, le abrazó, y dándole gracias por el buen consejo que le daba se despidió dél. Y entrando por la ciudad vido un trompeta que iba pregonando a voces muy altas: «¡Ah, hombres!, oidme bien los que sois extranjeros y diligentes en servir, y diestros en saber algunos virtuosos ejercicios y habilidades; acudid de presto a los baños reales, porque el Rey se quiere bañar». Apolonio, apresurando el paso, siguió al trompeta, y vistos los baños, entróse por ellos, a do viendo al

12 *guardad las orejas* = No robes. Uno de los castigos que sufrían los ladrones era el de cortarles las orejas, quedando señalados afrentosamente para que, conociendo sus malas mañas, pudieran los demás precaverse contra sus raterías.

bañador lo que hacía, púsose con muy buena gracia y diligencia, en ayudalle. El bañador en velle tan servicial, y de tan gentil presencia preguntóle de qué nación era. Apolonio le respondió, que de Tiro y que había sido bañador en su tierra. En esto, como llegase el Rey y toda la caballería, atajóse la plática que los dos tenían, y lavando el bañador al Rey, por probar su habilidad, díjole: «Naufragio, ayúdame». Bañado que fué el Rey, era uso a personas reales en aquella tierra, a la postre, ungirles con ciertas confecciones de ungüentos, y para esto suplicó Apolonio al bañador que le dejase hacer aquel ejercicio. Contento, fué tanta la subtileza y gracia con que Apolonio lo hizo, que el Rey estuvo admirado dél.

Después que el Rey y todos los caballeros se hubieron bañado, asentóse en una cuadra que había muy encerrada y mandó que todos los extranjeros que el trompeta había llamado viniesen en su presencia; y allí, por holgarse con ellos, como lo tenía de costumbre, había puestas cuatro joyas para quien mejor saltase y bailase y luchase y tirase barra. Habiéndose todos probado en estas cuatro habilidades, no hubo quien mejor lo hiciese que Apolonio, y así le mandó librar el Rey las cuatro joyas.

17 *cuadra* = La sala o pieza de la casa, habitación o edificio.— *Dic. Aut.*

25 *librar* = Entregar.

Vuelto a palacio, estando las mesas puestas para asentarse a cenar, platicando con sus caballeros, dijo: «Júr[o]os en verdad, amigos míos, que estoy tan contento y satisfecho del servicio que me hizo aquel mancebo hoy en el baño, como de cuantos servicios he recebido en esta vida, y más de sus fuerzas y habilidades. ¿Sabrá ninguno de vosotros acaso de qué nación es o cómo se llama?». Respondieron que no sabían otra cosa sino que tenía por nombre Naufragio. «Pues llamadme a ese Naufragio»—dijo el Rey. Idos, y venido Apolonio a palacio, por jamás quiso entrar de vergüenza delante la presencia real, a causa de estar mal vestido. Dándole al Rey noticia desto, mandó que le diesen ricos vestidos.

Parescido Apolonio delante el Rey, con aquel acatamiento que convenía, hízole asentar en una mesa que estaba enfrente de la suya, y dar de cenar de las mismas viandas que él cenaba. Apolonio, viendo la majestad del servicio de la plata y oro con que al Rey servían, estaba muy triste. En esto, dijo el mayordomo al Rey: «¿No ve el Naufragio cuán envidiosamente tiene el ojo al oro y plata de Vuesa Alteza?». A estas inconsideradas palabras respondió el Rey: «Muy mal has juzgado, antes es de pensar que aquella tristeza debe de proceder de haberse visto en alguna prosperidad, según muestra la autoridad de su persona». Acabado que hubieron de cenar, y alzados los manteles, el Rey hizo pasar a Apolonio a su mesa y preguntándole de su estado y vida,

Respondió con un sospiro:
Sabrás, Rey, que, por amar,
perdí mi nombre en la mar,
mi estado y nobleza en Tiro.

Dijo el Rey: «En verdad, amigo, no te entiendo, si más abiertamente no te declaras».

En esta confabulación entró por la sala la Infanta Silvania, hija del Rey, hermosísima en extremo grado, la cual, por ser en aquella tierra uso y costumbre de besar en el rostro al Rey y después a los que a su lado estaban, después de su padre fué a besar a Apolonio.

Y como no le conosciese y le viese lleno de sobrada tristeza, dijo: «Padre y señor mío, sepa yo, si puede ser, quién es este mancebo extranjero que tanta honra recibe y de tanta tristeza le veo rodeado».

Díjole el Rey: «¡Oh, dulcísima y amada hija mía!, este mancebo has de saber que se llama Naufragio, y por el buen servicio que dél he recebido hoy en el baño, le he convidado a cenar. Lo que yo te mando agora es que te sientes y, por regocijalle, te pongas a tañer y cantar un poco con tu cítara».

Contenta Silvania, por complacer al mandamiento de su padre, cantó lo siguiente:

SONETO.

Naufragio, no te quejes de Fortuna;
si de prosapia generosa vienes,
entiende que sus males y sus bienes
estables nunca son en parte una.
Si claro ves que por razón ninguna
no rige sus mudanzas ni vaivenes,
menos razón alcanzarás, ni tienes
poder para quejarte en su tribuna.
¿Sabes de qué podrías tú quejarte
con justa causa y venturosa suerte,
con alegre semblante denodado,
con espíritu sabio, moderado?
Porque más presto no quiso traerte
do Amor franqueza tanto se reparte.

Acabado que hubo de tañer y cantar la Infanta Silvania, todos quedaron muy satisfechos y regocijados de ver cuán agraciada y artificiosamente había tañido y cantado, sino Apolonio que ninguna señal de alegría mostraba haber recebido; por lo cual dijo el Rey: «¿Qués esto, Naufragio? No te entiendo; todos a una de la música de mi hija se han contentado, y tú me paresce que con callar la vituperas». Respondióle Apolonio: «Magnánimo Rey, pues me incitas a que diga lo que siento, has de saber que tu hija comienza a entender el arte de

la música, pero no tiene alcanzada la perfición della». «¿Así?—dijo el Rey—, pues por amor de mí, Naufragio, que tomes la cítara en tus manos para que todos gocemos desa perfición que dices». Entonces Apolonio, aunque contra su voluntad, por obedescer su real mandamiento, cantó con la cítara, respondiendo al propósito de lo que la Infanta Silvania le había cantado, diciendo así:

OCTAVA.

Dama real, agraciada, llena
de amor, piedad, favor y gentileza,
de velle sentir pena de mi pena
siente mi corazón mayor tristeza.
Alegre su semblante y vista buena,
que sólo para mí Naturaleza
formó, en triste signo y aciago,
sobresaltos, perder, pasión y estrago.

Tañido y cantado que hubo Apolonio, de ver la destreza y suavidad de la música y la gracia y desenvoltura, y cuán a propósito había respondido y cantado, el Rey y los caballeros quedaron atónitos y maravillados, y mucho más la Infanta Silvania, cautiva y presa de sus amores, por lo cual suplicó al padre, diciendo: «Amantísimo y querido señor padre, si por tiempo alguna merced de tu liberalísima mano concederme pretendes, esta por tu gran

clemencia no me niegues agora, y es que a este Naufragio me des por maestro, para que su perficionada música deprenda». Concediéndosela el padre, le mandó dar al Naufragio cien mil ducados para que se adrezase y pusiese en aquel estado de maestro cual para su hija convenía, y le asignó un rico aposiento, y más seis criados para que le sirviesen.

Pues como la conversación de la Infanta Silvania y del maestro Apolonio fuese tanta en la demonstración de la música, y ella tuviese muy encelados sus encendidos amores, teniendo un día oportunidad le suplicó muy encarescidamente que le hiciese tan señalada merced de manifestalle de qué prosapia descendía, porque sus tratos y condiciones manifestaban proceder de alto linaje. Viendo Apolonio la afectación tan grande de su demanda y las mercedes que della de contino recebía, le prometió de decille su nombre, y la condición de su estado, con tal que le jurase de tenello secreto. Prometiéndoselo, le dijo cómo era el Príncipe Apolonio, dándole particularmente relación de las desdichas que le habían sucedido y que se tenía por dichoso de ser favorescido de su real Alteza. De lo cual ella se holgó en extremo y fueron más presas y cautivas de amor sus entrañas, y como su pasión no pudiese manifestar o no quisiese, por más hones-

11 *encelados* = Escondidos ocultos.

tidad suya, cayó mala; de la cual enfermedad de muchos médicos fué visitada y de ninguno conoscida, y del padre en extremo grado plañida.

En esta coyuntura allegaron a la corte tres Príncipes muy señalados, de un ánimo conformes a pedir a la Infanta Silvania por mujer, y que ella misma determinase y señalase, por quitarlos de contienda, a cuál de los tres escogía por su legítimo marido.

Ordenada su petición y venida a manos del Rey su padre, llamó a su maestro Apolonio, diciéndole: «Toma, Naufragio, esta descripción y voluntad de estos tres Príncipes que han allegado a mi corte, y preséntala a mi muy amada hija mía y discípula tuya para que asiente y señale de su mano a cuál destos tres escoge por marido». Venida a manos de la Infanta, tomóla sin perturbación ninguna, y en ausencia de su maestro Apolonio, asentó lo siguiente: «El que yo amo y quiero por esposo, señor padre, y suplico que me déis si pretendéis dar vida a esta hija vuestra, es el Príncipe Apolonio».

Pasados algunos días, pidiéndole Apolonio el papel, para saber su determinación, respondió «que no lo daría a persona desta vida sino al Rey, su padre». Venido, pues, el Rey al aposiento de su hija y sabida su voluntad, maravillado de leer tal nombre, le dijo: «¿Qués esto, hija? No entiendo quién es este Príncipe Apolonio que de tu mano señalas por esposo». «Ay—respondió con un apasionado sospiro la Infanta—, ¿quién ha de ser sino mi

muy amado y carísimo maestro, que hasta aquí por Naufragio habéis tenido?». «Muy bien entiendo y conozco tu mal, hija mía—dijo el Rey—, sosiégate y no te aflijas tanto, porque si así pasa cual tú me has informado, por las virtudes y fama que dél en mis reinos se ha divulgado y extendido, desde agora lo acepto por mi yerno y te lo concedo por marido». Y con esta esperanza se despidió della y dió por desculpa a los Príncipes que por mujer la pedían, quera imposible, por hallarse mal dispuesta, determinarse entonces su hija de señalar marido y que, por tanto, perdonasen; y así, se despidieron, volviéndose a sus tierras.

El Rey, no descuidándose de la salud de su hija, llamó muy en secreto a Apolonio, diciéndole: «Yo te suplico, amigo Naufragio, por la fe que debes a Dios y a la orden de Caballería, me digas si eres tú el Príncipe Apolonio». Respondió: «No puedo dejar de decir la verdad por el juramento que me ha hecho Vuestra Real Alteza. Sepa que lo soy, y presto y aparejado para hacer su mandamiento». «Lo que yo mando—dijo el Rey—no es otra cosa sino que tengas por bien de casarte con mi hija, porque esta es su voluntad y mía, siendo tú dello contento». Agradesciéndole tan señalada merced Apolonio, queriéndose arrodillar para besalle las manos, el Rey le abrazó con los brazos abiertos no consintiendo que se arrodillase, sino que dándole su bendición y el parabién, se fué

al aposiento de su hija, y dándole parte de su casamiento, por ser la cosa que ella más deseaba, en breves días se levantó de la cama y fueron ordenadas las bodas con mucha solemnidad y honra. Pero la noche antes que se velasen, el Príncipe Apolonio determinó de ir al baño con aquella autoridad y regocijo quel Rey, su suegro, acostumbraba, con los más principales del reino. Ya que se hubo bañado dióse a conoscer al bañador, por tener ocasión de gratificalle el bien que por él había conseguido, el cual, como le conosciese, se le arrodilló delante suplicándole que le concediese alguna merced. Y así, se la concedió que, vista la presente, le mandó que dejase de ser bañador y fuese su camarero, y camarera su mujer de la Infanta Silvania; y para ello les proveyó de veinte mil ducados.

Venido el día de las bodas fueron celebradas con abundancia de manjares y máscaras y danzas, en fin, como a personas reales. En las cuales se hurtaron ciertas piezas riquísimas de plata y oro, y por bien que hicieron sus diligencias y pesquisas no pudieron descubrir quién había sido el ladrón, porque fué tan astuto y cosario que, vista la presente, se embarcó con ellas, y le pasó en su barca el pescador que hospedó al Príncipe Apolonio, dándole a entender que era platero, y que por no darle el precio

19 *máscaras* = En la edición: *maxcaras*.

conviniente de las piezas el Príncipe Apolonio, se volvía a su tierra.

Pues como le hubiese desembarcado y el ladrón no tuviese dineros para podelle pagar su pasaje, le dió un tazoncillo de plata. El bueno del pescador, con sus limpias y sanas entrañas, le tomó, y volviendo muy alegre y contento a su casa, lo encomendó a su mujer que lo guardase.

Pasados algunos años, viviendo descansadamente el Príncipe Apolonio, su amada y querida mujer Silvania se sintió preñada, con la cual nueva y regocijo condució a su padre que jurasen a su marido Apolonio por Rey de Pentopolitania, para que reinase después de sus días. Contento, fué su coronación con riquísima sumptuosidad celebrada, haciendo por tres días continuas luminarias y fiestas, y a la fin dellos allegaron, en una nave que surgió en el puerto, unos embajadores del reino de Antioquía y de Tiro con grandísimo aparato, supremamente ataviados. Y parescidos en la sala real, y prostrados delante del Rey Apolonio, con la competente cerimonia que eran obligados y su estado merescía, los de Antioquía relataron su embajada diciendo cómo por justicia divina el Rey Antioco era muerto súbitamente, con un rayo que descendió del cielo, y a su hija la Infanta Safirea la comprehendió, de tal suerte que por la misericordia de Dios vivió seis días, en los cuales ordenó su alma y hizo testamento, dejando por heredero y sucesor de todo su reino «a ti el

Príncipe Apolonio, por el amor que le mostraste tener, poniéndote en riesgo de perder la vida, en declaración de la pregunta. El cual testamento teniendo por bueno y válido los más principales de la tierra, han determinado hacerte la presente embajada para que lo más presto que fuere posible, por pacificación del reino, vayas a tomar posesión dél si servido fueres». Acabando los de Antioquía, los de Tiro le propusieron cómo por la muerte del rey de Antioquía, Taliarca, por quererse apoderar de la tierra, fué expelido y lanzado della a fuerza de armas por los más principales del reino, y con el amotinamiento de la gente que le seguía, apañando ciertos bajeles que estaban en el puerto, se fué para Tiro, «y hallando el pueblo discorde por causa de tu real ausencia, se puso a defender la mayor parte, y echó de la ciudad los que menos y poco podían, y se apoderó de Tiro, haciéndose señor absoluto de tu reinado; por tanto, los afligidos y desterrados pobretos de tus vasallos, sabiendo que asistías en Pentopolitania, te hacen la presente embajada, suplicándote que mires ques gran negligencia tuya no recobrar tu Estado y redemir aquellos que por tuyos se nombran y tienen».

Oídas las dos partes, el Rey Apolonio los hizo alzar de tierra, y con un semblante grave y amoroso los abrazó a todos igualmente, y dándoles respuesta que todo se remediaría, los mandó aposentar en

muy ricos aposientos. Y de todo lo sucedido dió parte al Rey, su suegro, y que su voluntad era de ir a tomar posesión de Antioquía y recobrar su reino de Tiro. A esto le respondió que le parescía bien, y que no dejase de hacer todas las provisiones que para tal hecho fuesen necesarias. Con esta liberal respuesta, luego proveyó que cualquier galera, o nave o bajel que fuese competente para guerra se hallase dentro de un mes en el puerto de Pentopolitania.

En esta sazón, el pescador, teniendo necesidad de dineros vino a la ciudad trayendo el tazoncillo que le dió el ladrón, y amostrándoselo a un platero para que se lo comprase, como ya estuviesen todos sobre aviso, luego fué preso y llevado delante el juez, y confesando la verdad, sentenciado que le diesen quinientos azotes, y le desorejasen y fuese guardado para poner al remo. El Rey Apolonio, viniendo a visitar la cárcel para librar los condenados por sus sentencias y reconoscer los que estaban elegidos para las galeras, haciéndoles que pasasen delante dél vino a pasar el pescador, y como le conociese, preguntóle la causa de su prisión; contándosela por extenso, vino a pedille que hubiese misericordia dél en que no fuese afrentado ni quitadas las orejas. Esto respondió el rey Apolonio: «Razón tienes, por cierto, que pues tuviste cuidado en que yo guardase las mías, que yo guarde las tuyas». Con tan señaladas palabras, viniéndole a conoscer el

pescador, se le arrodilló delante y le besó las manos, y el Rey le mandó soltar, vista la presente, y le hizo que fuese su capitán y patrón de su galera real.

Pasados algunos meses y días, fué juntada la flota de número de noventa velas y seis mil combatientes. Con tan buen apercebimiento y aparejo, mostróse muy satisfecho y contento el Rey Apolonio, sino que le molestaba la importunación de la Reina, su mujer, que determinaba de embarcarse con él. Y como se lo hubiese desviado en diversas veces por causa de su preñez, recaudó con su padre que se lo mandase a su marido, que no tuviese pesadumbre de llevarla consigo, pues que primero y principalmente había de ir al reino de Antioquía para ser coronado y recebido por señor, y que allí se podría quedar entretanto que fuese a conquistar a Tiro. Con mandárselo su suegro, no pudiendo en ninguna manera contradecille, hizo labrar una riquísima corona de oro y adrezar una muy sumptuosa nave para la Reina su mujer, poniendo en ella todo lo necesario, así partera como ama, la cual fué la mujer del pescador, que entonces criaba, y otras cosas convinientes, por si acaso el parto le hubiese de tomar en la mar.

Embarcado el Rey Apolonio y la Reina su mujer con los embajadores y capitanes y gente de pelea, y despedido del Rey su suegro, empezó de hacer su viaje con muy próspero tiempo. Pero al cabo de veinte días, habiendo navegado por la mar adelante,

tomóle tan gran fortuna y levantóse tan recia tormenta, que toda la flota fué desparcida para poder salvarse; y la Reina, de aquel sobresalto y enojo concebido, allí en la nave malparió una niña de siete meses, y tuvo el parto tan mortalísimo, que se traspasó de tal manera que, teniéndola por muerta, todos los de la nave lloraban, y estaban puestos en admirable y sobrada tristeza.

Sosegada ya la bravosa y pestífera fortuna, y juntada toda la armada sin haber perdido ninguna cosa, dándole noticia al Rey Apolonio de la desdicha tan grande que le había sucedido a la Reina su mujer, pasó de presto a la nave, y viéndola de aquella suerte, rasgó sus vestiduras, y abrazándola decía: «¡Oh, amada y carísima mujer mía! ¿Tan desacertada y breve había de ser nuestra despedida? Harto os excusaba yo este triste y amargo viaje para mí, en el cual veo que habéis perdido la vida, perdiendo toda mi gloria y descanso». En esto, los grandes que allí se hallaron, le consolaron lo mejor que pudieron, y el patrón de la nave le propuso que trabajase su Alteza, lo más presto que pudiese, de echar a la Reina, pues era muerta, de la nave, antes que la mar hiciese algún movimiento, y se viese en algún peligro la armada. Vista su justa demanda, luego el Rey proveyó que le hiciesen un ataúd a la

5 *traspasar* = Significa metafóricamente causar lástima, compasión o dolor alguna cosa, penetrar agudamente la aflicción o tormento.—*Dic. Aut.*

Reina muy bien embetunado. Y puesta allí dentro, con sus ricos vestidos que llevaba y su corona de oro en la cabeza, mandó, porque más presto fuese vista a do quiera que aportase, que en el ataúd, en drecho de su rostro, hiciesen una rejuela; y puso en él mil ducados en oro, con una plancha de plomo escrita, que decía: «El que hallare el presente cuerpo, por el hallazgo tomará los quinientos ducados; los otros para que sea enterrado con aquella honra y solemnidad que a una Reina se le debe».

Echado el ataúd, siguiendo su ventura por las marítimas ondas, vino a aportar en la provincia de Efeso, a do saliendo unos médicos de la ciudad para buscar ciertas yerbas junto a la marina, vieron el ataúd que estaba cerca de tierra. Juntando con él y sacándole del agua, de ver por la rejuela tanta majestad estuvieron muy maravillados. Los cuales determinaron de llevarle a un rico monesterio de monjas que de allí muy cerquita estaba. Así que, llevado y quitada la tabla de encima, y leída la plancha, como la mirase y tentase el pulso el más sagaz y sapientísimo de todos, conosció que no era muerta aquella mujer Por do mandó de presto que la sacasen del ataúd y la pusiesen encima de una alhombra, y que le hiciesen grandísimo fuego a los lados para que las venas se le escalentasen y la sangre volviese en sí y diese virtud a los espíritus vitales. Hecho esto mandó luego que le aderezasen un lecho muy bien compuesto, y de allí a poco rato la

hizo despojar de sus ricos vestidos, y desnuda como su madre la parió, en él acostada, con ciertos ungüentos escalentados, con aceites de mucha virtud y fragancia, la empezó de ungir por todo su cuerpo. Con esto, a cabo de rato, tornando en sí la Reina empezó de abrir los ojos, y reconosciéndose, dijo, enderezando las palabras al médico que la estaba ungiendo: «Dí, hombre atrevido, ¿quién te dió a ti tanta licencia para que mi real persona tocases? Digno eres de ser gravísimamente castigado». «Antes no—respondió el médico—, sino de Vuestra Real Alteza gratificado, habiéndole restituído la vida». En esto, la prioresa y todas las monjas que estaban presentes, la consolaron y la dieron muchas substancias que aparejadas le tenían, y la manifestaron de la suerte que aquellos médicos la habían hallado a la marina. Y dándole la plancha para que viese lo que en ella se contenía, vista, mandó luego que los quinientos ducados se diesen a los médicos, y los otros fuesen para el monesterio, y que sus ricos vestidos y corona real guardasen; y que su determinación era, si servidas eran, de quedarse y hacer vida con ellas hasta que Dios fuese servido y su marido supiese della. Cuanto mandó las monjas, vista la presente, lo cumplieron, agradesciéndole mucho su voluntad en querer quedarse en su compañía y que la aceptaban por Señora en el monesterio, y mandadora de aquella santa casa.

Prosiguiendo su navegación el Rey Apolonio,

vino a tomar puerto en breves días en Tarcia, a donde no consintió que le hiciesen ningún recebimiento, sino que muy en secreto encargó carísimamente a Heliato su hija con el ama que la criaba, que era la mujer del pescador, dejando copia de dineros y joyas para que fuese enseñada, así en letras como en todo género de música, llamándola Politania; y volviéndose a embarcar, por sus jornadas contadas allegó a la ciudad de Antioquía, y allí no pudo excusar que no le hiciesen, como nuevo poseedor y señor del reino, grandísimas fiestas y regocijos; y fué coronado por Rey, y entregada toda la recámara y tesoro del Rey Antioco y de la Infanta Safirea; a do se detuvo forzosamente casi doce años en hacer justicia, reconoscer sus fortalezas, y arreglar la república, y acrescentar sus huestes y naves y galeras para ir por mar y tierra contra Tiro.

En este entretenimiento habíase criado Politania en bajos y honestos vestidos, en compañía del ama, la más hermosa y agraciada hembra que se pudiese hallar en toda Tarcia, penetrando en letras y en música muy admirablemente, juntamente con Lucina, hija de Heliato y Dionisia su mujer. Y por haberse criado juntas estas doncellas, de los más del pueblo eran tenidas por hermanas, y por tal se tenían ellas. El ama, de ver que en tanto tiempo ningunas nuevas

12 *recámara* = El aposento o cuarto después de la cámara destinado para guardar los vestidos. Se llama también el equipaje o aparato de camino para el servicio de algún personaje.—*Dic. Aut.*

habían sabido del Rey Apolonio, de pura imaginación que fuese muerto, cayó mala, y viéndose ya para morir llamó a Politania para dalle su bendición y despedirse della y besándola por dos o tres veces en el rostro, con abundantísimas lágrimas le dijo: «Oye bien mis palabras, amada hija mía Politania, y en tu corazón las conserva. Dime, ¿quién piensas que es tu padre y tu madre?». Respondiéndole: «Señora, ¿quién ha de ser mi padre, sino Heliato, y mi madre Dionisia, a quien hasta el día de hoy he obedescido y reverenciado?». Entonces, con un entrañable sospiro le dijo el ama: «¡Ay, hija, cuán engañada vives! Has de saber que tu padre es el Rey Apolonio, y tu madre Silvania, hija del Rey de Pentopolitania, que por eso te pusieron ese nombre que tienes, y en tu nascimiento murió tu madre en una nave que venía, y puesta en un ataúd, con riquísimas joyas fué echada en la mar; y tu padre pasó por aquí con grandísima flota a recobrar su principado de Tiro, habrá sus doce años, dejándonos encomendadas a este honrado senador llamado Heliato, so cuyo dominio habemos estado hasta el día de hoy. Todo esto te he descubierto, hija, para que te tengas en reputación de cuya prosapia desciendes, y estés sobre aviso que si después de mi muerte te sobreviniere algún infortunio en desacato y deshonra de tu persona, que desciendas de presto a la plaza, adonde hallarás una estatua riquísima de mármol, dorada, que es la misma figura de tu padre, que los senado-

res desta ciudad le hicieron por cierto socorro que les hizo, y te abraces con ella dando voces y diciendo: Señores, catad que soy hija de quien es esta estatua. Los ciudadanos no puede ser menos que, conosciendo el beneficio de tu padre, no te favorezcan». Y acabadas de decir semejantes palabras, dió el ama el espíritu a Dios, y Politania infinitísimas lágrimas por sus rubicundos ojos. La cual fué enterrada con mucha honra en un rico sepulcro, y de Politania con mil ofrendas y sacrificios de cadal día visitado.

Y como fuese alabada su hermosura por su buena plática y conversación de algunas señoras del pueblo, y Lucina vituperada, concibió Dionisia tan gran odio contra Politania, que de noche ni de día no pensaba sino de qué manera le podría dar la muerte. En fin, que para efectuar su mal pensamiento tomó un esclavo que tenía llamado Estrangulo, no estando Heliato en la ciudad, y púsole una mañana en su cámara, diciéndole: «Mira, si tú, cuando fueres con Politania al sepulcro de su ama, al pasar de la puente le dieres tal rempujón que caya en el río, y fenescan allí sus días, yo te doy fe y palabra de hacerte que seas franco». Prometiéndoselo el esclavo, se fué. Lucina como aún no se era levantada y, por bajo que se lo dijo, alcanzó a entender el negocio, levantóse disimuladamente, y por el amor que le tenía a Politania le descubrió lo sobredicho, rogándole que por la vida no descubriese quién se lo había des-

cubierto, y que dejase de salir de casa si quería tener segura la vida.

Alcanzando ya por este aviso Politania la mala voluntad que Dionisia la tenía, y que ninguna cosa de bueno se podía ya esperar della, aprovechóse del consejo del ama, y es que, saliendo acompañada con el esclavo, antes de llegar a la puente, habiendo de pasar por la plaza, estando en drecho de la estatua de su padre, se abrazó con ella diciendo: «¡Oh, ilustres ciudadanos! Sabed que soy hija de quien es la estatua presente, y soy condenada a muerte injustamente si vosotros no me socorréis». Oyendo semejante novedad, acudieron hacia ella mucha de la gente que en la plaza habitaba, y principalmente un senador llamado Teófilo, viendo que el esclavo huía, mandó que lo prendiesen, y trayéndoselo delante, le dijo: «Dime, doncella, ¿a quién representa esa estatua, para que tú tengas osadía de decir que es la estatua de tu padre?». Respondió: «Al Rey Apolonio, del cual sin duda soy hija, y he sabido, por providencia de Dios, que por manos dese esclavo que tenéis preso había de morir a mala muerte». En esto juntó con ella Teófilo, diciendo: «Deja, hija, de hoy más, de abrazarte con la estatua de tu padre, que nosotros te favoresceremos con tu justicia. Ven conmigo». Y llevada delante los Senadores, y prosupuesta la causa y confesando el esclavo la verdad, enviaron por Heliato, el cual testiguó que era hija del Rey Apolonio, que se la dejó

encomendada cuando por allí con su armada pasó. Y que en cuanto al insulto del esclavo, que él ninguna cosa sabía. Y así lo confesó el esclavo, sino que Dionisia su mujer le había inducido que matase a Politania, prometiéndole la libertad. Oídas las partes, los Senadores al esclavo mandaron dar cien azotes de muerte, y Dionisia que fuese desterrada por seis años de la ciudad, y depositaron a Politania en poder de Teófilo para que la tuviese en aquel estado que merecía.

Estando Politania en poder de Teófilo, enamoróse de ella un hijo suyo, dicho Serafino, y compitiendo en su pecho el amor y la majestad della, vivía con grandísima desconfianza de poder gozar de sus amores, en tanto que la osadía le dió un remedio para menoscabo de sus tiernos años. Y fué que como Teófilo tuviese riberas de la mar ciertas granjas y casería, para poderse en ella holgar algunos días, ordenó con su mujer, para dar algún pasatiempo y recreo a Politania, de irse con todos los de su casa en semejante lugar. Idos, Serafino, secretamente, concertó con unos amigos suyos pescadores que disfrazados con máscaras entrasen en la casería de su padre y se llevasen a Politania. Dicho y hecho semejante caso, embarcáronse todos con ella en un batel que tenían aparejado y navegando a remo y vela valerosísimamente para llegar a cierta isla que

27 *valeroso* = Fuerte, eficaz y activo.—*Dic. Aut.*

tenían concertado, encontraron con dos fustas de cosarios, donde les fué forzado defenderse, por no ser cautivos; y de tal manera pelearon que todos fueron muertos y echados en la mar, sino tan solamente Politania, que de vella tan hermosa era grandísima la competencia entrellos por quién gozaría primero de su hermosura; y de otra parte era gran lástima de oír las rogarias que llorando Politania les hacía conque no inviolasen su persona, porque había prometido a Dios castidad. Y así determinaron, convencidos de sus lágrimas, por quitarse de contienda, de conceder a sus ruegos y de vendella por esclava; y con esta determinación hicieron su viaje a la ciudad de Efeso.

Teófilo, amargo y congojoso de ver el osado atrevimiento que habían tenido en llevalle a Politania de dentro de su casería, hizo grandísimas diligencias y pesquisas por saber quién podían ser los tan desvergonzados y atrevidos. No faltó quien le dijo que su hijo Serafino había urdido y tramado tan estupendo caso. Airado mucho más en extremo grado, pidiendo auxilio y favor a los otros senadores, despidió barcas y bajeles por la mar adelante, porque fuese preso y traído a Tarcia; y él, con mucha gente de caballo empezó a seguir la costa de mar. Y siguiéndola, hallaron en el arena tendidos, que el agua los había echado, a dos pescadores heridos y muertos, y más adelante a su hijo Serafino, y el batel sin remo ni nada, que las despe-

didas barcas lo habían topado en alta mar. Maravillados de lo que podía ser aquello, vinieron a considerar que habrían peleado con algunos contrarios y los habían maltratado de aquella suerte, y por bien que buscaron a Politania por dos o tres días, como no la hallasen, presumiendo que también era fallescida como los otros, con determinación y consejo del pueblo hicieron una sepultura de mármol, abierta a los pies de la estatua del Rey Apolonio, y Politania de la misma piedra, muy naturalmente esculpida, como que salía della, y se abrazaba con su padre, con este letrero, que decía:

Si Politania murió,
su desdicha, muerte o gloria,
viva está en nuestra memoria.

Los cosarios, tomando puerto sobre seguro en Efeso, después de muchas cosas que traían para vender, sacaron y dieron en poder de corredor a Politania, para que fuese vendida por esclava a quien más daría por ella. Y de ver su gentileza, codicioso Lenio, rico mesonero de la Putería, porque le hubiese de ganar con otras mujeres, dijo de tal suerte en ella que hubo de quedar en su poder. Librada, pues, Politania por esclava de Lenio, y traída a su casa, como le diese relación a qué pro-

pósito y fin la había comprado, postrósele a sus pies con entrañables lágrimas llorando, que mirase por amor de Dios que era doncella y que había prometido castidad, que en tan vituperable y deshonesto lugar no fuese puesta; y que justa su conscien-cia lo que le podía ganar cadal día en tan sucio ejercicio tasase, que ella se obligaba de ganárselo con otras virtuosas habilidades que sabía, con que le comprase una guitarrilla y sonajas, y le mandase cortar un sayuelo y zaragüelles de diversas colores, al uso truhanesco. Contento Lenio y convencido de sus lágrimas, le cortó sayuelo y zaragüelles, comprándole los instrumentos que pedía, y desta suerte, como tuviese linda voz y fuese destrísima en la música, a todo el pueblo era muy acepta y agradable, y entre caballeros y gentileshombres llamada «la Truhanilla», acudiendo con lo que tasado le tenía su amo Lenio.

Pasados catorce o quince años en que ya el Rey Apolonio hubo en este tiempo alcanzado de ser Rey de Antioquía, y conquistado su reino de Tiro del poder de Taliarca, castigando los rebeldes, dejó por Visorrey de la tierra a su camarero, juntamente con su mujer, que era el bañador que arriba dijimos, y se embarcó con sus naves y galeras, endrezando su camino para Antioquía, y tomando allí puerto, fué muy bien recebido, a do depositó por Visorrey

1 *postrósele* = En la edición: *prostrosele.*

5 *conciencia* = En la edición: *consciencia.*

al pescador, prometiéndole de enviar a su mujer, que en Tarcia por ama de su hija Politania había quedado; y así, se despidió de Antioquía, allegando a Tarcia con su flota, a do de los Senadores fué realmente hospedado. Y antes que de su hija pidiese, de los más principales dellos, cargados de luto, fué una noche visitado, y de Teófilo, medio llorando, narrada la muerte del ama y desdichado fin de su hija Politania y de su hijo Serafino; de la cual nueva el Rey Apolonio recibió en extrema manera grandísimo enojo, tanto, que juró sobre su corona en todos los días de su vida no afeitarse la barba, ni quitarse el cabello, ni cortarse las uñas, ni vestir oro ni seda, ni oír cosa que de pasatiempo fuese. A los cuales suplicó que le mostrasen, para más satisfación suya, en qué parte estaba enterrada su hija. Amostrándosela, las palabras lastimosas que decía, abrazándose con el bulto de su hija Politania, que estaba hecho de mármol junto de su estatua, eran para romper las entrañas; a do consolándole lo mejor que pudieron, se retrajo en un escuro aposiento, mandándose cortar para él y a sus criados paños de luto, y entapizar su nave toda de negro, y en breves días se embarcó para Pentopolitania. Y navegando, a cabo de días, levantóse tan contrario viento, que hubieron de tomar, más por fuerza que por grado, puerto en la playa de Efeso; y como fuese de noche y viesen por los muros de la ciudad grandes luminarias encendidas, y sintiesen repicar

campanas y otros diferentes instrumentos de músicas, viniendo a preguntar a cierto marinero de la playa la causa de tan sobrado regocijo, les respondió: «Que aquello se hacía cada año en celebración y memoria del nascimiento de su Príncipe Palimedo». En oillo el Rey Apolonio luego se retiró en el más escuro retraimiento de la nave, dando licencia a todos sus capitanes que quisiesen salir en tierra que saliesen para haberse de holgar mucho enhorabuena, excepto sus criados; y que sin eso les mandaba, a pena de la vida, que ninguno fuese osado de entrar adonde él estaba sin que él primero no les llamase.

En esto, el marinero, espantado de ver tan grueso ejército, fuese corriendo a dar aviso a su Príncipe Palimedo, el cual, pensando que fuesen algunos contrarios y enemigos suyos, tocando al arma, mandó poner a punto de guerra toda su gente y enviar sus espías, las cuales supieron y dieron noticia a su Príncipe que no era sino el Rey Apolonio que la controversia de vientos le había traído en aquellas partes con toda su flota, y que no cumplía temer de ninguna cosa. Y así, por la mañana, desembarcaron los capitanes y les salió a recebir el Príncipe Palimedo con toda la honra que fué posible, y les rogó que fuesen aquél día sus convidados. Aceptando tan señaladas mercedes, con la cortesía acostumbrada, fué hecho el convite muy solemne y copioso. Sabiéndolo «la Truhani-

lla», no faltó en semejante fiesta, a do tañendo y cantando hizo maravillas sobre mesa, y le valió aquel día más de docientos ducados que le estrenaron todos aquellos capitanes. Pues como fuesen alzados los manteles, y el Príncipe Palimedo les preguntase la causa de la tristeza dé su Rey Apolonio, por éxtenso se la contaron, y de todos fué suplicado, que él en persona quisiese entrar en su nave, para ver si le podría dar algún alivio en su tan sobrada tristeza. Concediéndoles tan justa demanda, proveyó que a «la Truhanilla» de presto le cortasen riquísimos vestidos de seda y oro al uso y traje de truhanes, y aparejar con diversidad de manjares una cena real, y cabalgando con todos los capitanes y los más principales de la ciudad, vino a la playa, a do todos se embarcaron para ver las naves y galeras, y el Príncipe Palimedo, con tres caballeros suyos más privados, se entró en la nave del Rey Apolonio, y saliéndole los pajes al encuentro, le preguntaron quién era o qués lo que mandaba; respondióles: «Sabed, hermanos, que soy el Príncipe Palimedo, señor desta ciudad de Efeso; y lo que mando es que entréis a vuestro Rey Apolonio, haciéndole saber cómo vengo aquí para besalle las manos». «¿Las manos, señor?—respondió el uno dellos—; la vida nos costaría si tal hiciésemos». «¿Por qué?», dijo Palimedo. «Porque señor nos tiene mandado quel primero que entrara en su aposiento sin él llamarle, será condenado a muerte». «Pues yo quiero ser el

condenado»—dijo el Príncipe Palimedo—, y alzando el antepuerta, como el Rey Apolonio lo sintiese, dijo: «¿Quién es el tan aborrescido de la vida, que así osa entrar en mi acatamiento sin yo llamarle?» Respondió el Príncipe Palimedo: «Es el que besa tus reales manos y ruega al omnipotente Dios que te consuele, el Príncipe de Efeso». En esto alzóse de donde estaba asentado el Rey Apolonio, y con la debida cortesía le hizo asentar cabe sí; y después de muchas pláticas ya pasadas, le rogó el Príncipe muy encarescidamente que quisiese salir en tierra, para recebir una cena real que le tenía aparejada. El Rey Apolonio se la desvió, diciendo que había jurado sobre su corona de no salir en tierra hasta allegar en Pentopolitania. «Si es así—replicó el Príncipe—, Vuestra Alteza puede hacerme estas mercedes sin perjuicio de su juramento; y es que la quiera recebir aquí dentro de su nave, y esto no creo que se me puede negar en ninguna manera». Viendo el Rey su tan entrañable voluntad, se lo concedió. Y despidiéndose dél, luego el Príncipe salido a tierra, proveyó que la cena buena y aparejada fuese puesta en la nave; advirtiendo a «la Truhanilla» que a la postre de la cena entrase cantando y tañendo alguna consolatoria canción, apli-

2 *antepuerta* = La cortina, paño o cancel que se pone delante de una puerta.—*Dic. Aut.*

4 *acatamiento* = Significa la presencia del sujeto a quien se hace reverencia.—*Dic. Aut.*

cada para aquel Rey que estaba triste, que él le prometía, si en alguna cosa le contentaba, hacella libre.

Con este preparatorio, venida la noche, y asentados el Rey Apolonio y el Príncipe Palimedo a la mesa, fué distribuída la cena por sus criados y gentileshombres con tan solemne concierto, que el Rey quedó más maravillado que contento. Y estando ya en el postrer servicio, entró «la Truhanilla» con sus sonajas de plata, muy agraciadamente, cantando y tañendo la presente canción, atribuída al Rey Apolonio, diciendo así:

CANCIÓN

Alégrate, gran señor
de lo que Dios manda, ordena;
cata que a veces la pena
vuelve en gozo muy mayor.
Lo que nosotros juzgamos
que nos es daño o desdén,
de allí a veces sale el bien
y el mal, del que más gozamos.
Da gracias al Hacedor.
si algún mal en ti disuena;
cata que a veces la pena
vuelve en gozo muy mayor.

Fué tan apacible y acepta esta canción al Rey

Apolonio que, mostrando algún contentamiento, le mandó dar cien escudos; y preguntándole de su estado y vida, y de qué nación era, dejó las sonajas, y tomando una guitarrilla, dió respuesta a su demanda cantando este romance:

ROMANCE

En la tierra fuí engendrada,
de dentro la mar nascida,
y en mi triste nascimiento
mi madre fué fallescida.
Echáronla por la mar
en un ataúd metida,
con ricas ropas, corona
como Reina esclarescida.
Después, para me criar,
en la Tarcia fuí traída;
allí me dejó mi padre
en bajo traje vestida,
a una ama encomendada
por quien fuese sostenida,
y por manos de Heliato
doctrinada y bien regida.
Siendo de catorce años,
ques edad lenta y florida,
el ama que me criara
murió, dejóme afligida;
y Dionisia, la mujer

de Heliato, combatida
de envidia de verme hermosa
más que su hija querida,
concertó con un esclavo
que diese fin a mi vida;
y abrazada con la estatua,
quen la Tarcia está esculpida,
de mi padre, fuí librada
de la muèrte dolorida,
so el amparo de Teófilo
fuí puesta y constituída.
Allí, ya que la Fortuna
me tenía combatida,
el Amor me combatió
sin causa dél conoscida;
y es que Serafino, hijo
de Teófilo, perdida
la confianza de haberme
por mujer, por ser tenida
hija de Rey, me hurtó
estando en vergel metida.
En un batel me embarcaron
sin poder ser socorrida;
yendo la mar adelante
de cosarios fuí prendida,
Serafino muerto, y todos
los desta traición urdida;
después en Efeso puesta
y por esclava vendida,

y de Lenio, el mesonero,
fuí comprada y poseída.
Y aqueste es, señor, mi amo
al cual estoy ofrescida
dalle cierta cuantidad
cada día; y si cumplida
no se la doy, ha de ser
mi virginidad perdida,
y puesto mi cuerpo en venta
con otras de mala vida.
Mira, magnánimo Rey,
en qué afán estoy metida.
Pues te he dado relación
de mi linaje y caída,
da remedio que no sea
en tal vicio sometida.

A todo este romance estuvo muy atento el Rey Apolonio, y destilando casi algunas lágrimas por sus ojos, del gozo que iba concibiendo en venir a considerar que «la Truhanilla» era su hija, acabado que hubo, preguntándole su nombre, y respondiendo que se llamaba Politania, se alzó con los brazos abiertos, y abrazándola, le dijo: «Vos sois sin duda Politania, mi hija, a quien por muerta en mi pensamiento tenía». Ella, entonces, con profundísima humildad se le arrodilló delante y le besó las manos, y él le dió su bendición, y suplicó al Príncipe Palimedo que luego descendiese a la ciudad, para

que le mandase cortar a su hija ropas de brocado, y apercebir riquísimas joyas, porque aquella noche quería que quedase en la nave con él, y que en la mañana le prometía desembarcar juntamente con ella, y pasear por la ciudad, pues Dios le había hecho tan señalada merced de cobrar su hija. El Príncipe, muy alegre, vuelto a la ciudad, hizo cortar las ropas aquella noche, y adrezar el día siguiente las joyas, y una hacanea blanca para Politania, y un valeroso caballo ricamente enjaezado para el Rey Apolonio, y llamar a Lenio, el mesonero, para pagalle todo lo que le había costado «la Truhanilla»; y como no quisiese, le mandó con gran riguridad echar preso en la cárcel.

Viniendo, pues, a desembarcar el Rey Apolonio con su hija Politania, muy ricamente adrezada, dispararon todos los bajeles a un tiempo la artillería, que no parescía sino hundirse la tierra, y puesta en su hacanea, y el Rey en el caballo, endrezando su vía hacia la ciudad, dispararon las trompetas y menestriles y atabales, que era gloria de oír y mirar el concierto y adrezo de los caballeros y capitanes, y más de la gente que acudía por ver a «la Truhanilla» en tanta majestad puesta. Y como esta nueva se extendiese entre la gente plebeya que «la Truhanilla» era hija del Rey Apolonio, llegaron estas nuevas al monesterio donde estaba su mujer la Reina Silvania, la cual, del gozo concebido, en congregación de todas las monjas se fué al coro, a do die-

ron gracias a Dios de la conservación de su hija y marido, y cantaron el *Te Deum laudamus*. Y de consejo de la Reina y de las más ancianas y sabias, enviaron un embajador, hombre de muchas letras y de grande autoridad, al Príncipe Palimedo, suplicándole que les hiciese tan señalada merced en hacer venir al monesterio al Rey Apolonio y a su hija Politania, para poder considerar y ver las maravillas de Dios. Venido el embajador a palacio, aguardó que hubiesen acabado de comer, y teniendo oportunidad, le suplicó al Príncipe Palimedo lo que las devotas religiosas le habían suplicado; y visto su tan buen deseo le dió la palabra quél trabajaría que visitasen aquella tan santa casa a la tardecita cuando el sol fuese de caída.

Con tan buena respuesta, las monjas tuvieron por bien que la Reina no saliese a recebir al Rey, su marido, sino que se retrujese en su cámara vistiéndose las ropas riquísimas que traía cuando la pusieron en el ataúd, y su corona de oro en la cabeza, y de allí no se moviese hasta en tanto que la Prioresa entrase por ella. Con esta ordinación, viniendo el Rey Apolonio y la Infanta Politania y el Príncipe Palimedo al monesterio, saliéronles a recebir las monjas, suplicándoles que tan solamente los tres en lo íntimo de la casa entrasen, por más honestidad de su religión. Concediendo a su demanda, entráron-

14 *tardecita*= Tómase por la caída de ella cerca de anochecer o ponerse el sol.—*Dic. Aut.*

les con gran afabilidad en un cuadro que tenían muy adrezado y compuesto, adonde le dieron al Rey Apolonio el parabién de haber hallado a su hija, y a ella abrazándola y besándola, que Dios la dotase de su bendita gracia. A cabo de rato sacaron tres platos, los dos de riquísima colación, y el uno con la plancha de plomo que hallaron en el ataúd de la Reina. Los de la colación dieron al Príncipe y a la Infanta y el de la plancha al Rey Apolonio. Y como el Rey la mirase y tuviese en sus manos, con los ojos medio llorosos, les dijo: «Mejor colación quésta no me podíades dar, reverendísimas madres, y sabed que aunque me habéis lastimado con la demostración desta plancha, de otra parte he recebido gran contentamiento en saber que tenéis aquí depositado el cuerpo de mi mujer; lo que yo os ruego es que me lo mostréis». En esto levantóse la Prioresa, diciéndole: «Por servir a Vuesa Real Alteza estamos prestas y aparejadas; aguarde un tantico»; y entrándose do estaba la Reina muy hermosamente compuesta, la sacó en presencia del Rey. Y como el Rey la viese, casi fuera de sí, se alzó de donde estaba asentado, y se la fué a abrazar con los brazos abiertos, diciendo: «¡Oh, dulcísima y amada mujer

1 *cuadro* = Cuarto, aposento.

6 *colación* = El agasajo que se da por las tardes para beber, que ordinariamente consta de dulces, y algunas veces se extiende a otras cosas comestibles, como son ensaladas, fiambres, pasteles, etcétera.—*Dic. Aut.*

mía! ¿Y es posible, descanso mío, que seáis vos la que por muèrta tenía?». «Yo soy—dijo la Reina—, a quien Dios por su infinita misericordia ha hecho tantas mercedes de aportarme a esta tan sancta casa y volver en vuestra compañía». La Infanta Politania entendiendo que aquella era su madre, arrodillándose en tierra le besó las manos, y la Reina la abrazó con muy sobrada alegría.

El Príncipe Palimedo, viendo tan buena coyuntura para pedir lo que ya por muchos días en su corazón encerrado y oculto tenía, se arrodilló a los pies del Rey Apolonio suplicándole le diese a la Infanta Politania por mujer. El Rey Apolonio se lo prometió dándole en dote el principado de Tiro y el reino de Antioquía, con tal que a las monjas les respondiese cada año mil ducados, por tiempo de diez años, en gratificación del servicio y compañía que le habían hecho a la Reina, su mujer; y la Reina les dió la corona de oro que en la cabeza traía, y así, se despidió de todas abrazándolas con abundantísimas lágrimas.

Salidos a cabalgar, como los criados y capitanes del Rey Apolonio vieron salir aquella tan hermosa dama, reconosciéndola, decían: «¿Esta no es la Reina? Ella me paresce». Unos no es, otros sí es, en sentir y gozar de su apacible y dulce habla, y quel Rey, trayéndola de la mano, le ayudó a cabalgar en la hacanea de la Infanta, lo creyeron y estuvieron muy maravillados. Cabalgando el Rey, y el Príncipe Pa-

limedo con la Infanta Politania a las ancas de su cuartago, vinieron, a palacio a do era excesiva gloria ver con qué placer y contentamiento, de uno en uno, los criados se arrodillaban delante la Reina y le querían besar las manos, y ella, no consintiendo, les abrazaba, haciéndoles mil mercedes.

De allí a pocos días fueron ordenadas las bodas del Príncipe Palimedo y la Infanta Politania, con real preparatorio, en las cuales hubo gran sarao de damas y danzas y regocijos y máscaras y torneos. Y como a Lenio el mesonero, que en la cárcel estaba, allegase a su noticia que su esclava «la Truhanilla» era hija del Rey Apolonio y que había casado con su Príncipe y señor, determinó en semejante regocijo de hacer una petición a la Infanta Politania para que le alcanzase perdón del Príncipe, su marido, y fuese librado de la cárcel. Hecha y venida a manos de la Infanta Politania, compadesciéndose dél, recaudó con el Príncipe, su marido, que le soltase, y sin eso, que le diese doblado precio de aquello que pagó a los cosarios por ella, y más los docientos ducados que los capitanes le dieron, y los ciento quen la nave le dió su padre, pues que justamente eran todos dél, siendo aún esclava suya. Y para esto le hicieron venir delante della y se arrodilló y le besó las manos por tan sobradas mercedes como le había alcanzado.

Acabadas las fiestas tan solemnes de las bodas, determinándose de ir el Rey Apolonio con la Reina

su mujer, Silvania, con toda la flota, y a verse con el Rey, su suegro, que ya muy cansado de días estaba, y a regir y gobernar su reino, como era de razón, se despidió del Príncipe Palimedo, su yerno, y de la Infanta Politania, su hija, con mil sollozos y lágrimas paternales, los cuales los acompañaron con toda la caballería de la ciudad de Efeso, hasta el puerto. Pues al embarcar era de oír el estruendo del artillería, y el ver jugar las banderas por el placer que concebían en recobrar la Reina que ya por muerta tenían. Embarcados, en breve tiempo llegaron en Pentopolitania, y allí el suegro les salió a recebir con grandísimo gozo por gozar de la vista de su yerno el Rey Apolonio y de su hija tan amada, al cabo de veinte años que no los había visto. Y desta tan sobrada alegría cayó malo y murió. Y quedó el Rey Apolonio poseedor y rey universal de toda la Pentopolitania. Y nosotros algún tanto contentos de lo que en su apacible historia habemos oído.

PATRAÑA DOCENA

A un ciego de un retrete
hurtaron cierto dinero,
y a otro su compañero
diez ducados de un bonete.

Era un ciego tan avariento, que por su sobrada mesquindez iba solo por la ciudad, sin llevar mozo que le guiase, y al comer comía donde le tomaba la hambre, por ahorrar de costa y no comer tanto; y para recogerse de noche, tenía alquilada una pobre casilla, en la cual a la noche, cuando se retraía, se encerraba en ella sin lumbre, como aquel que no la había menester; y cerradas las puertas, desenvainaba de una espadilla corta que tenía, y por reconoscer si había alguno, daba cuchilladas y estocadas por los rincones y bajo de la cama, diciendo: «¡Ladrones bellacos, esperad, aguardad! ¿ahí estáis?» Y viendo que no había nadie, sacaba de una cajuela que tenía un talegón de reales, y hacía reseña, por retozar y regocijarse con ellos y ver si le faltaba alguno. Tantas veces continuaba este avaricioso ejercicio, que hubo dello sentimiento un vecino suyo, el cual hizo un agujero en la pared para ver

lo qué podía ser aquello de dar cuchilladas por casa; y como viniese la noche y el ciego siguiese su nescia y acostumbrada costumbre de acuchillar en el aire, y él no pudiese ver ninguna cosa, a causa que estaba a escuras, estúvose quedo y escuchando, y a cabo de rato sintió contar reales, y después cerrar una cajita. Por lo cual determinó por la mañana, no estando el ciego en casa, de entrar por el terrado y hurtarle los dineros. Quitados que se los hubo, la noche venidera estuvo acechando, por ver lo que haría el ciego.

Pues como los hallase menos, maldecíase, y quejábase de su mala suerte diciendo: «¡Ay, dineros míos de mi corazón! ¿y adónde estáis vosotros agora? Habiéndoos ganado en oraciones, por lo cual os llamaba benditos, no habíades de sufrir que me maldijese». En que con estas quejas y otras se acostó en su cama. Levantándose por la mañana, al salir de casa el ladrón fuéle detrás por ver si se iba a quejar a la justicia, y vido que encontró con otro ciego que era su compadre, y contándole cómo le habían hurtado los dineros, respondió: «¡Aosadas, compadre, que no me los hurten a mí como a vos!». Dijo el otro: «¿Por qué?». Respondió: «Porque los traigo comigo». Y en oir que el ciego decía que los traía consigo, juntó más con ellos el ladrón para oírlo mejor. El otro, importunándole que le dijese dónde,

---

22 *ausadas*=aosadas.=Lo mismo que *osadamente.—Dic. Aut.*

díjole: «Compadre, habéis de saber que los llevo en el aforro de mi bonete». No lo hubo acabado de decir, cuando el ladrón apañó del bonete y dió de huir. El ciego en sentir que le quitaron el bonete, apañó del otro ciego, diciendo que le volviese su bonete que le había hurtado. El otro, diciendo que mentía, sobre esto vinieron a tal competencia que se dieron de palos, y el ladrón se fué con los dineros de los dos ciegos.

PATRAÑA TRECENA

Una niña a Feliciano
hurtaron, y él en persona
de boca de una leona
cobró otra por su mano.

Feliciano, hombre de mucha autoridad y dotado de los bienes de Fortuna, teniendo una hija de teta, que le criaban fuera de la ciudad, se la hurtó un hermano suyo pobre, y la echó a dos leguas de despoblado, entre unas zarzas; por respecto que si aquella niña vivía era imposible heredar los bienes de Feliciano.

Quiso Dios que yendo Erasistrato, riquísimo labrador, a su majada, sintió llorar la dicha niña; por do hallándola, la llevó a su mujer, la cual criaba otra niña de la misma edad, y le puso por nombre Zarcina, pues entre zarzas la halló su marido.

Feliciano, por bien que hizo sus diligencias, por ninguna vía pudo hallar ni descubrir rastro de su hija, sino que a cabo de tiempo parió su mujer Roselia un hijo, del cual parto murió, y quedando el hijo le puso por nombre Roselio, el mismo nombre de la madre. Y como el hermano que

pretendía heredar lo supiese, de puro enojo de allí a pocos días murió. Quedando viudo Feliciano, dándose a caza de monte, siguióse que un día, como la mujer de Erasistrato tuviese a la puerta de la majada su hija propria encima de un poyo y la niña adoptiva en sus pechos, vino una leona recién parida, y en vella dió de huir, y la leona apañó de su hija; del cual espanto de allí a pocos días murió.

Feliciano, habiendo salido a caza, encontrando con la leona, de golpe de escopeta la hizo quedar a mal de su grado; pensando que llevaba algún animal muerto atravesado en su boca, y juntando con ella, vido que era una niña muy hermosa; el cual la llevó a su posada; y por habella tomado de la boca de la leona, la puso por nombre Leonarda. Así que trastrocados de hijas los padres, que el uno tiene la del otro sin sabello, siendo de edad proporcionada ya para habellas de casar, Erasistrato vínose a su casa propria, que tenía dentro de la ciudad; y como Roselio viese a Zarcina, se enamoró della, en tanto que escondidamente se dieron palabra de casarse el uno con el otro. Viniendo a noticia de Feliciano, tomó a su hijo Roselio, notificándole que si tal cosa había pasado que se hubiese prometido con Zarcina, que le desheredaría de todos sus bienes. Negándoselo Roselio, dijo Feliciano: «Agora te conviene, pues, hijo mío, que te cases con Leonarda, y hacerte he donación de todas mis posesiones,

y esto es lo que a ti cumple, y a mi honra». Otorgándoselo Roselio, fué casado con Leonarda.

Sabiendo esto Zarcina, dió parte a Erisistrato cómo Roselio estaba prometido con ella antes que se casase con Leonarda. Viniendo Erasistrato a dar parte de lo que pasara a Feliciano, por jamás le quiso creer, sino que desabridamente le envió de su casa; pero el buen viejo de Erasistrato púsolo por justicia, y visto el pleito mal parado, determinó Feliciano de enviar a su hijo en Macedonia. Allegado, tomó amistad con un gentilhombre dicho Corineo, el cual, teniendo amores secretos con Madama Crisolora, mujer de Triburcio, rico ciudadano, le dió parte dellos y despendía por su respeto liberalmente. Feliciano, importunado de Leonarda y también por apremialle de su demasiado despender, tuvo por bien de enviarle a llamar. Venido, en sabello Erasistrato, dió aviso a Feliciano como el proceso contra Roselio tenía cerrado, y que lo quería enviar a la Corte, que procurase de defendello.

En este intermedio sucedió que fueron descubiertos los amores de Corineo por un pariente de Madama Crisolora, al cual desafió en campo, acusándole de mal caballero, y a ella de adúltera. Aceptándolo Corineo, por defensión de la dama, escogió el tiempo y su contrario las armas, y pensando que era falsa su querella, descubrióse a un grande amigo suyo nigromante por ver qué remedio le podía dar para que saliese con su honra; el cual le respondió,

que si tenía algún amigo que entrase por él en batalla, que él le remediaría de presto. Diciendo que sí, el cual era Roselio, viniéronse los dos en breve tiempo a casa de Feliciano. Recebidos por Roselio, y sabido a lo que venían, fué muy contento de aceptar el desafío, por do les hizo honroso recebimiento en su casa.

Venido el día de su partida, el nigromante les mandó que se trastrocasen los vestidos, y él después, con su arte mágica, les trastrocó los gestos, de tal manera que Roselio parescía Corineo y Corineo Roselio. Estando ya trastrocados, dijo Roselio a Corineo: «Pues ves amigo, en qué riesgo de perder la vida me pongo por sacarte de afrenta, es menester que me saques tú de otra; y es que en días pasados di fe y palabra de casarme con Zarcina, hija adoptiva de un rico labrador, llamado Erasistrato; y porque sé que de hora en hora está aguardando el proceso para que me haya de casar con ella, te suplico que si te tomaren por mí concedas en el matrimonio; pues que de su parte ni de la mía, no pienso que puedes perder, hermano mío, ninguna cosa». Contento, despidióse Roselio de su padre Feliciano y de su mujer Leonarda, [y fuese] con el nigromante a Macedonia.

Pues como quedase Corineo en cuenta de Roselio en casa de Feliciano, para mejor guardar la lealtad a su amigo, al punto que se acostaba con Leonarda, desenvainaba de su espada, y la ponía entre los dos en medio de la cama. Admira-

da ella de tal novedad, fuélo a decir a Feliciano. Pues como Feliciano le diese reprehensión por ello y a qué respe[c]to hacía semejante estrañeza, respondió que era por causa de un voto que había ofrescido a Dios, cuando vino de Macedonia, y que no se fatigase que muy presto lo habría cumplido. Estando el negocio desta manera allegó el proceso de la Corte contra Roselio, mandando que, vista la presente, se casase con Zarcina o si no que le cortasen la cabeza. Presentado por Erasistrato delante del juez, proveyó con un alguacil que fuese preso. Yendo Erasistrato con el alguacil, encontraron a Corineo que iba con un paje; y preso, dióle parte el alguacil de lo que pasaba; a lo cual respondió Corineo que mirase lo que quería Erasistrato dél, que él estaba presto a lo que mandase, porque a Leonarda él juraba a los cuatro Evangelios que no la tenía por mujer, ni a ella en todos los días de su vida se había juntado. Entonces, dijo Erasistrato que pues así era lo llevase a su posada, y con auto de notario y buenos testigos se desposase con Zarcina. Contentos, fueron su camino.

A cabo de días, no fué hecho esto tan secreto que Leonarda lo vino a saber, y Roselio allegó de Macedonia, habiendo vencido al contrario de Corineo. Restituído en su proprio rostro, y asímismo Corineo, con la ciencia y sutileza del nigromante; y

27 *ciencia* = En la edición: *sciencia*.

tocando a su puerta sintió cómo reñían con su amigo Corineo, su padre Feliciano y su mujer, sobre el casamiento de Zarcina, y maravillándose de velle en otro gesto, entró Roselio dándose a conoscer; y declarándoles la siguiente maraña, y a qué respecto se había hecho aquéllo, y notificando a Corineo que estaba fuera de trabajo, se vinieron a abrazar; y asímismo le dijo Corineo cómo se había desposado con Zarcina. Maravillados de tal caso, dijo Roselio: «Señor padre, con esto que habréis oído pienso que serán acabados todos nuestros pleitos y satisfecho cumplidamente Erasistrato». Respondió Feliciano: «Por mí contento soy, hijo, pero porque más sanamente seamos todos satisfechos, llamen a Erasistrato». Llamado, dándole parte cumplidamente de todo lo que pasaba, y por abonalle tanto a Corineo y evitar pendencias, fué contento el bueno del Erasistrato, replicando que se tuviese por dichoso Corineo de haberse casado con Zarcina, porque según sus tratos y condiciones mostraba ser de linaje. Oyendo esto Feliciano, dijo: «¡Cómo! ¿no es vuestra hija?». Respondiendo Erasistrato que no, preguntóle de qué suerte vino en su poder. Habiéndoselo contado, pidióle si los pañales en que iba envuelta la niña se podían ver. Diciendo que sí, rogóle que fuese por ellos, y juntamente trujese a Zarcina.

Traídos vino a conoscer por ellos que Zarcina era su hija, y abrazándola, le dió su bendición. Erasistrato, de ver y oír tan extraño caso, lloraba de sus

ojos, diciendo: «¡Así pluguiese a Dios, señor Feliciano, que yo hallase una hija que perdí; pero es por demás lo que digo, que sus ternecitas carnes fueron vianda de ferocísimos animales!». Preguntándole de qué manera, contó Erasistrato cómo una leona se la llevó de su majada, del cual espanto fué muerta su mujer. Dijo entonces Feliciano: «¿Qué señas me daréis vos della?». Respondió: «Señor una águila de oro, que llevaba en el cuello». Díjole Feliciano: «Mirad si es esa que lleva Leonarda en sus pechos». Mirándola y respondiendo que sí, dijo Feliciano: «Pues también es ella vuestra hija». Abrazado el honrado viejo con Leonarda, dióle su bendición, y preguntándole que le contase el venturoso suceso de venir en su poder, se lo contó: cómo saliendo a caza encontró con la leona, y de un golpe de escopeta la mató, y por tomar la niña de su boca la llamó Leonarda. En esto Corineo vino a descubrirse cómo era hijo de Erasistrato, que habían pasado diez años que no le había visto.

Así que, todos alegres y regocijados, ordenaron las bodas y fueron casados hermano y hermana con otro hermano y hermana, y vivieron honradamente a servicio de Dios.

Deste cuento pasado hay hecha comedia, que se llama *La Feliciana*.

PATRAÑA CATORCENA

A un muy honrado abad
sin doblez, sabio, sincero,
le sacó su cocinero
de una gran necesidad.

Queriendo cierto Rey quitar el abadiado a un muy honrado Abad y dar a otro, por ciertos revolvedores, llamóle y díjole: «Reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conviene y el estado vuestro requiere, por pacificación de mi reino y descargo de mi consciencia, os quiero preguntar tres preguntas, las cuales, si por vos me son declaradas, haréis dos cosas: la una hacer que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra, que os confirmaré para toda vuestra vida el abadiado; y si no, habréis que perdonar». A lo cual respondió el Abad: «Diga Vuestra Alteza, que yo haré toda mi posibilidad de habellas de declarar». «Pues ¡sus! —dijo el Rey—; la primera que quiero que me declaréis, es que me digáis, yo cuánto valgo; y la segunda, que a dónde está el medio del mundo; y la tercera, qués lo que yo pienso. Y porque no penséis que os quiero apremiar que me las declaréis de improviso, andad,

que un mes os doy de tiempo para pensar en ello».

Vuelto el Abad a su monesterio, por bien que miró sus libros y diversos autores, por jamás halló para las tres preguntas respuesta que suficiente fuese. Con esta imaginación, como fuese por el monesterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un día su cocinero: «¿Qués lo que tiene su paternidad?». Celándoselo el Abad tornó a replicar el cocinero, diciendo: «No deje de decírmelo, señor, porque a veces debajo de ruin capa yace buen bebedor; y las chicas piedras suelen mover las grandes carretas». Tanto se lo importunó, que se lo hubo de decir. Dicho, dijo el cocinero: «Vuestra paternidad haga una cosa; y es que me preste sus ropas, y raparéme esta barba, y como le semejo algún tanto, y vaya de par de noche en la presencia del Rey, no se dará acato del engaño; así que, teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacalle de trabajo, a fe de quien soy».

Concediéndoselo el Abad, vistióse vuestro cocinero de sus ropas, y con su criado detrás, con toda aquella cerimonia que convenía, vino en presencia del Rey. El Rey, como le vido, hízole asentar cabe sí, diciendo: «Pues ¿qué hay de nuevo, Abad?». Respondió el cocinero: «Vengo delante de Vuestra Alteza para satisfacer por mi honra». «¿Así?—dijo el

18 *darse acato* = Del valenciano *acatar* = darse cuenta.

Rey—; veamos qué respuestas traeis a mis tres preguntas». Respondió el cocinero: «Primeramente, a lo que me preguntó Vuestra Alteza que cuánto valía, digo que vale veinte y nueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio del mundo, es a do tiene su Alteza los pies; la causa que como sea redondo como bola, adonde pusieren el pie es el medio dél, y esto no se puede negar. Lo tercero, que dice Vuestra Alteza es que diga qués lo que piensa, es que cree hablar con el Abad, y está hablando con su cocinero». Admirado el Rey desto, dijo: «¿Qué eso pasa en verdad?». Respondió: «Sí señor, que soy su cocinero, que para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el Abad». Viendo el Rey la osadía y viveza del cocinero, no sólo le confirmó el abadía al Abad para todos los días de su vida, pero hízole infinitísimas mercedes al cocinero.

12 *qué eso* = En la edición: *quesso*.

PATRAÑA QUINCENA

Finea en haber perdido
casa, estado, y pasatiempo,
Pedro se llamó, y por tiempo
fué juez de su marido.

En la ciudad de Candía, residía un rico y viudo mercader, dicho Herodiano, el cual tenía una hija llamada Finea, y por casalla a su contentamiento y honra, la dió por mujer a Casiodoro, mancebo también mercadante, natural de Ferrara, con cuantas riquezas y posesiones tenía, con tal pacto y condición, que le había de sustentar todos los días de su vida. Contento Casiodoro, y hechas sus bodas como a talés personas convenían, a cabo de tiempo se fué para Ferrara, a causa de reducir sus negocios con algunos mercaderes de su patria.

Pues, como se holgase Casiodoro entre sus parientes y amigos, y se alabase un día en lonja que había casado mucho a su contentamiento y con hermosa y buena mujer, respondió Falacio, otro mercader de Candía, que estaba presente: «Calle, señor, que muchas veces la mujer es buena por no tener

quien la recueste». Por entonces Casiodoro calló como prudente, y despedidos todos de la conversación, tomó aparte a vuestro Falacio, y díjole: «Señor, ¿a qué respecto quesistes poner mácula en mi mujer?». Respondió: «Yo no la puse, por cierto, pero por eso no me desdigo de lo dicho; y es que porné a perder cien ducados si recuestándola no le hago hacer lo que infinitísimas han hecho». Casiodoro diciendo que no, y él que sí, vinieron a poner sobre esto sus apuestas, y a recebillo por auto de notario.

Concertados los inocentísimos mercaderes, vista la presente, se partió Falacio para la ciudad de Candía; y allegado, púsose a pasear muy requebradamente por donde estaba Finea, la mujer de Casiodoro, infinitísimas veces; y como la hallase tan honesta y retraída que por ninguna vía del mundo le pudiese hablar ni ver a ventana, supo que una vieja dicha Crispina, tenía entrada y salida en su casa; a la cual, por bien que le ofresció dineros y joyas, nunca lo pudo acabar con ella. Viendo Falacio que por aquí ningún remedio tenía, volvió la hoja, y fué que le prometió diez ducados con que le diese algunas señales de su persona, y asímismo señas de la entrada y salida de su cámara y lecho. Crispina, codiciosa del dinero, estando un día espulgando a Finea, vido que tenía un lunar en las espaldas, del cual, sin haber sentimiento, le cortó ciertos cabellos, los cuales dió a Falacio, con

las señas de su aposiento y cama, recibiendo los diez ducados ofrescidos.

Falacio, con esto muy satisfecho y contento, se volvió a Ferrara, y dando a Casiodoro las señas de las entradas y salidas de su cámara, afirmó que había dormido con su mujer Finea, y que por mayor verificación y testimonio le daba cabellos de su persona, que le había cortado de un lunar que tenía en las espaldas; los cuales, como los viese Casiodoro y abiertamente conosciese que le decía verdad, estuvo un rato suspenso, sin poder hablar, y a la postre dijo: «Agora conozco, señor Falacio, que hay en mujeres muy poco que fiar; yo he perdido en esta contienda dineros y honra; y pues tan locamente la puse en riesgo de cien ducados, no tengo a quien culpar sino a mí mismo; lo que yo más le suplico deste negocio es que esté secreta esta demencia mía». Y así le dió fe Falacio de tenello secreto.

Casiodoro, lo más presto que pudo, resumió sus tratos, y a cabo de días se embarcó para Candía, y en su pensamiento de contino iba imaginando si en llegando mataría o no mataría a su mujer. Y por el grande amor que la tenía, determinó de no matalla, sino de hacer lo que adelante se dirá. En fin, que llegado a Candía le salió a recebir Herodiano, su suegro, y Finea, su mujer, con aquella alegría qne acostumbran a recebir las buenas y fieles mujeres a sus deseados maridos. Y con el mal concepto que tenía ya Casiodoro de su mu-

jer, en sus entrañas concebido, fingió un día, estando sobre mesa delante de su suegro, que por haber alabado la bondad y hermosura de su mujer a ciertas parientas suyas, les había dado palabra del primer viaje que hiciese de llevarla a Ferrara, para que gozasen de su vista y conversación, y por tanto le suplicaba que dello fuese contenta.

El suegro, vista su justa demanda, hizo que su hija se lo concediese. Para esto, en breve tiempo adrezó Casiodoro su nave cargada de mercaderías, y embarcada su mujer en ella hizo alzar vela, siguiendo su viaje. Ya que a docientas millas estuvo, mandó a los marineros que tomasen tierra en una isla desierta, fingiendo que estaba deseoso de holgarse en ella; y así, desembarcó de la nave. Después de haber comido tan solamente él y su mujer, y debajo de un árbol, para descansar un poco se recostaron encima de una alhombra y almohada que de la nave mandó que sacase un criado suyo. No fué echada Finea tan presto, cuando luego en un punto fué adormida. Casiodoro, cuan astutamente pudo, se levantó, dejándola durmiendo, y se embarcó mandando alzar vela a los marineros a la vuelta de Ferrara, a do despachadas sus mercaderías, se volvió para Candía, y dió a entender a su suegro que su hija Finea era muerta de cierta enfermedad que la tomó.

Volviendo a Finea, como se despertase y se viese sola debajo de aquel árbol asentada, empezó a decir: «¡Ay, Reina de los ángeles, madre de Dios y

abogada mía, y de los tristes pecadores y desconsolados! No me desampares en este paso que me veo puesta. ¿En qué yerro soy caída, cuitada de mí, para que mi marido Casiodoro en este desierto me dejase?». Cansada la triste señora de lamentar y destilar lágrimas por sus rubicundos ojos, y trastear el bosque y orilla de la mar, se tornó a sentar de do levantadose había y, sacando fuerzas de flaqueza sacó hilo y aguja y unas tijeras de un estuche que traía, y de la saya se cortó lo mejor que supo un capotenico y caperuza y zaragüelles, y dejando el traje feminil se vistió en hábitos de hombre para mejor defensión de su castidad, y encomendándose al glorioso Sanct Pedro, porque era su abogado, determinó llamarse de su nombre.

Pues yendo el afligido Pedro, porque de aquí adelante así le llamaremos, por aquel desierto, determinando de buscar su ventura, caminó tres días y tres noches sin ver persona nascida, sustentándose de las yerbas que mejor gusto y sabor hallaba, y de contino oraba y alzaba de rato en rato los ojos al cielo, pidiendo a Dios que usase con ella de misericordia. Y como a las buenas nunca Dios olvida y desampara, estando en esto Pedro, vido asomar una navecilla, por do de presto puso en un palo una hazaleja, y alzándola en alto, hizo sus señas para que

10 *capotenico* = Diminutivo valenciano de *capote.*

26 *hazaleja*, lo mismo que *fazaleja* = La toalla con que se da agua manos, y sirve para limpiar el rostro.—*Dic. Aut.*

se allegase a tierra. Allegada, los pasajeros y patrón de ella preguntáronle qué era la causa que así tan sólo iba por aquella isla despoblada. A los cuales respondió que había escapado de cierta nave, que había dado al través bien lejos de allí, y que les suplicaba por amor de Dios, que lo llevasen a tierra firme. Contentos, recogieron a Pedro en la nave, la cual iba para el reino de Chipre cargada de muy ricas mercaderías. Y siendo cerca del puerto, al punto que quisieron entrar en él, tomóles tan gran fortuna que les fué forzado de lanzar mucha ropa en la mar para poder salvarse. Entrados y desembarcadas sus mercaderías, era tanta la competencia que entre los mercaderes había sobre lo que había de perder cada uno, que hubieron de venir a juicio delante del Rey; y aun allí, no pudiéndose conformar en ninguna manera, dijo Pedro, porque sabía muy bien escribir y contar: «Si manda Vuestra Alteza y me da licencia, yo trabajaré, con mi poco saber, de apaciguar estos señores de mercaderes».

Dada por el Rey, de presto y con gran facilidad mostró a cada uno lo que había de perder, según la ropa que traía. Vista por los mercaderes tan clara y abiertamente la cuenta como les había mostrado, se fueron muy satisfechos. El Rey de Chipre, enamorado de la habilidad y presteza de Pedro, le dijo que si se quería asentar con él que se holgaría en extremo. A lo cual respondió Pedro: «que era muy

contento y le besaba sus reales manos por tan señaladas mercedes». Y así, el Rey lo recibió en su servicio y mandó que fuese su secretario real, y contador mayor de todo su reino.

Dejemos agora a Pedro con su buena ventura; tornemos a Casiodoro, el cual, como pretendiese que Finea, su mujer, sería muerta en aquel desierto, empezó a dar de mala a su suegro Herodiano, negándole la sustentación prometida, y sobre esto vinieron a pleito; y ultra que le pedía Herodiano la sustentación suya, vínole a pedir también que le diese razón de su hija, porque él no creía que fuese muerta, como él le había dado a entender. Así que, [dejemos] al suegro con el yerno en su pleito, porque ya los pleitos de sí son largos.

En este comedio, el Rey de la misma ciudad de Candía se partió con una nave a visitar la Casa sancta de Jerusalem, por habello en cierta enfermedad prometido. Pues, volviendo de este sancto romeraje, vino a pasar por la ciudad de Chipre, a do desembarcó, para holgarse algunos días; y el Rey le hizo solemne recebimiento, y muchas galas y fiestas. En esto, como viese Pedro que tenía linda oportunidad para volver a su tierra, dijo al Rey de Candía cómo era su vasallo, y que le rogaba, por amor de Dios, cuando a lance le viniese, le suplicase al Rey de Chipre que se lo diese para su servicio. Pro-

10 *ultra* = Además.
14 *dejemos* = En la edición: *dexando*.

metiéndoselo, vino un día que, estando los dos reyes juntos, y el Rey de Chipre le alabase que tenía de su reino un criado llamado Pedro, muy hábil y experto en toda cosa, se lo pidió por merced para servicio de su real persona; a lo cual respondió el Rey de Chipre: «Gran don me ha pedido Vuestra Alteza, pero no puedo dejar de otorgárselo, por más grande que fuese; llámenle y si él es contento, vaya mucho enhorabuena». Llamado Pedro, y dada noticia de lo que pasaba, respondió: «Merced me haría y muy señalada Vuestra Alteza si tal licencia otorgar me quisiese, porque ya puede pensar que todo hombre naturalmente desea volver a su patria». Viendo su voluntad, dióselo al Rey de Candía, dando a Pedro grandísimos dones. En esto, Pedro se arrodilló delante los reyes, besándoles las manos; y de allí a pocos días el Rey de Candía adrezó su partida, y embarcando juntamente con Pedro, después de haberse despedido del Rey de Chipre, siguió la nave su viaje. El cual fué tan bueno que en breve tiempo llegaron a Candía, y fué recebido el Rey de los suyos con aquella honra y acatamiento cual eran obligados y a tal señor pertenescía. A cabo de seis días murió el regente de su chancillería, por lo cual dió semejante dignidad a Pedro, y él la aceptó, en cuenta de grandes mercedes, dándole infinitísimas gracias por ello.

Pues como Pedro fuese regente y por su sagacidad y prudencia hiciese grandes justicias, vínole la

causa de su padre y marido entre manos. Venidos y comparescidos delante dél, y oída la petición de su padre Herodiano, que pedía a Casiodoro, su marido, la sustentación que le negaba, y más que le diese certificatoria en qué parte y de qué enfermedad era muerta su hija Finea, proveyó, vista la obligación, que Casiodoro le diese a Herodiano un tanto cadal día para su sustentación, y que, vista la presente, le pagase lo que hasta allí debía; y también que dentro de cuatro meses le diese por auto y testigos de fe y de creer a dónde y de qué enfermedad era muerta su mujer Finea.

Pasados que fueron los cuatro meses, como no diese razón de lo proveído Casiodoro, tornóle a convenir Herodiano delante de Pedro el regente. Y visto por él la poca razón que daba ni tenía en semejante caso, mandó que lo prendiesen y pusiesen en la cárcel a Casiodoro. Puesto, viendo que por jamás en las confesiones había querido otorgar la verdad, mandó que le diesen tormento, fingiendo que tenía testigos recebidos contra él. Casiodoro, atemorizado de los tormentos, vista la presente, confesó toda la verdad, de cómo por haber alabado la bondad de su mujer y Falacio vituperado, diciendo que pornía cien ducados si no dormía con ella, y él habellos puesto, y el otro ganado, determinó, por el mucho amor que le tenía, de no matalla, sino que la dejó en una isla desierta para que allí de hambre peresciese, y que aquello era sin falta

la verdad de lo que había acontescido con su mujer Finea. Oído por Pedro semejante caso, hizo que lo volviesen a la cárcel y luego mandó prender a Falacio, el cual, por sus tormentos, vino a otorgar que no había dormido con Finea, sino que por ganar los cien ducados había dado diez a Crispina, porque le dió señas de su persona y de su aposiento y cama, con las cuales había ganado a Casiodoro. Admirado desto Pedro, mandóle poner en la prisión, y tomar a Crispina, la cual, habiendo confesado la verdad, hizo sentenciar, publicando su delicto; y a Falacio dió por sentencia que restituyese los cien ducados y el interese dellos según el tiempo que los había tenido, y más, que fuese desterrado perpetuamente de su patria.

Hecho todo esto, secretamente se hizo cortar riquísimas ropas de mujer, y mandó soltar a Casiodoro; y para un día señalado aderezó un magnífico y generoso convite, en el cual convidó al Rey, y a su padre Herodiano y a su marido Casiodoro. Y después de haber comido, suplicándoles que se aguardasen un poco, se entró en su retrete, a do se aderezó de mujer como naturalmente lo era; y salida delante del Rey, y su padre, y marido, mandando que todos los criados se saliesen fuera de la sala, se vino a descubrir cómo ella era Finea, hija de Herodiano y mujer de Casiodoro; y relató en presencia del Rey todo el suceso de sus trabajos acontescidos, por respecto de la inocencia de su marido;

y que por haber allegado en aquel estado daba muchas gracias a Dios y a su Alteza, y que si servido era, aquel mismo le suplicaba que diese a su marido. El rey, atónito y maravillado de semejante caso, fué contento, con tal condición que no pudiese oír su marido ni determinar causa ninguna sin que primero no estuviese ella presente. Y le hizo sin eso, de ver su bondad y fortaleza, infinitísimas mercedes. Y desta suerte vivió honradamente Finea con su marido Casiodoro, con muchos, alegres y prósperos años en la ciudad de Candía.

Deste cuento pasado hay hecha comedia que se llama *Eufemia*.

PATRAÑA DIEZ Y SEIS

Quiso Astiages, por su suerte,
del nieto ser homicida,
y Harpago, por darle vida,
a su hijo dió la muerte.

En la provincia de Media residía un Rey valerosísimo y esforzado, llamado Astiages, el cual tenía una hija, dicha Mandane. Este Rey, por diversas noches soñó que por la parte natural de su hija vía nascer una vid con un sarmiento que cubría casi toda la Asia. Para lo cual consultó todos los adevinos de su reino, los cuales le dijeron y declararon con sus interpretaciones, que su hija había de parir un niño que por tiempos sería Rey, y le desprivaría del reino. Él, porque tal no fuese ni aconteciese, acordó de no casar a su hija Mandane con varón que fuese de linaje. Y así, vista la presente, la envió en Persia, para que casase con Cambises, hombre de mediano estado; mas con toda diligencia de contino vivía receloso, y más cuando supo que estaba preñada; por lo cual mandó que fuese venida a su Corte; y puesta en su íntimo palacio, le puso guardas para que le avisasen cuando el parto le tomase. Allegada la hora del parir, parió

un muy hermoso niño, el cual mandó que Harpago, un criado suyo de quien mucho se fiaba, vista la presente, lo llevase fuera de la ciudad, y que sin redempción ninguna lo matase. Harpago, tomado que hubo el Infante, no lo quiso matar, por respecto que si el Rey moría no quedase el reino sin heredero, sino que lo dió a un pastor suyo, para que en una selva desierta lo echase. Echado que fué, el pastor viniendo a su aldea, halló a su mujer recién parida de un niño muerto; y de vella tan congojada, contó lo que le había acontescido con el nieto del Rey, y de cómo le dejaba en la selva desierta. En oíllo la mujer, tantos ruegos y submisiones le hizo, que le indució a que fuese por él. Ido, trújoselo, y puesto en sus brazos holgóse tanto que, olvidado el dolor de su hijo perdido, rogaba a su marido que se lo dejase criar, que por ser hijo de quien era y nieto de Rey, no podría ser sino muy bien gratificada.

El pastor, no consintiendo, dijo: «¡Oh, mujer!, no querría que Harpago enviase a la selva a ver si he cumplido su mandamiento». Conosciendo que tenía razón su marido, quitóle los paños reales, que el niño traía, y púsoselos a su hijo muerto, y mandóle llevar a la selva desierta que decía. Apenas lo hubo echado, cuando criados de parte del Rey vinieron, para ver si el pastor había hecho lo que Harpago le había mandado, al cual dieron relación que lo habían hallado muerto en la selva.

Pues criándose el Infante en poder del pastor, púsole por nombre Ciro, porque Cira se llamaba su mujer. Siendo ya de edad de diez años, jugando con otros mochachos a un cierto juego que ellos concertaron, alzáronle por rey, y todos le obedescían y besaban las manos. Uno hubo, que no le quiso obedescer, por lo cual mandó que le azotasen. Fueron tales los azotes, que sabiéndolo el padre del mochacho se fué a quejar al Rey Astiages, despojándoselo delante porque viese cuan mal parado estaba. El Rey, admirado de semejante caso, y notificado quién tal había hecho, mandó llamar al pastor, y al Infante con él; y preguntando que quién le había dado tal licencia y atrevimiento de castigar de tal manera hijo de ninguno, respondió el Infante con rostro sereno: «Sepa Vuestra Alteza que yo ninguna culpa tengo dello, porque, jugando, me alzaron y dieron dominio de rey, y juraron de obedescerme; y como éste no quisiese hacer mi mandamiento, le mandé azotar, porque conosciese qué cosa es ser desobediente a su rey; y si desto, señor, merezco pena alguna, aparejado estoy, como obediente vasallo, a lo que mandare».

Maravillado el Rey de cuán osada y concertadamente había propuesto su razón, estándole mirando en el rostro, vido que le parescía algún tanto retrato de su hija Mandane, y más cuando le vino a la memoria del sueño que soñado había, por lo cual dijo al pastor: «¿Cúyo hijo es este mochacho?» Res-

pondiendo que suyo, mandó que le diesen tormento hasta que dijese la verdad. El pastor, de miedo, entonces confesó todo lo que le había sucedido con el Infante. Y confiriendo el Rey el tiempo del mochacho con el día que le mandara echar, conosció claramente ser su nieto, y que el sueño que los magos le habían declarado, que con haber sido rey de los mochachos se había cumplido, y que de allí adelante podía vivir sin temor. Mas por eso no dejó de concebir gran odio contra Harpago, porque no había hecho su mandamiento de matar a su nieto; y por vengarse dél, secretamente le mandó matar un hijo que tenía, y mandóselo guisar en diversos manjares, y dándoselo en la mesa, al mejor que estaba comiendo, preguntóle si le sabía bien; respondiendo que sí, díjole: «Pues tu hijo es el que comes, Harpago, y ese es el castigo que merescen los criados que no hacen lo que les manda su Rey». Fué tanto el dolor que Harpago en su ánimo concibió, que luego propuso, en cualquier manera que fuese, vengarse de su Rey Astiages.

Pasaron algunos años con esta disimulación; y el Rey, a cabo de días, envió a Ciro, su nieto, en Persia, a do en ejercicios del arte militar se criaba, y hacía grandes proezas y hazañas, y tenía ganada la voluntad a todos por su buena crianza y afable conversación. Harpago, que de contino en su pecho revolvía de qué modo poderse vengar, escribió una carta a Ciro, diciendo: «Que se acordase de cómo

su agüelo, el Rey Astiages, en ser nascido le quería matar, y que él le dió la vida, y que por habérsela procurado, le había hecho matar a un sólo hijo que tenía, y dado en manjar; y que por no poder oírle ni verle lo tenía desterrado de su Corte; y si determinaba de poseer el reino, como de drecho le pervenía, que allegase mucha gente de armas, y viniese sobre Media, que él le prometía con todos los medos, cuando en campaña fuese, de pasarse a su parte.

Escrita esta carta, porque pudiese llevarla el portador della libre y seguramente, porque estaban los pasos todos tomados por el Rey, púsola dentro de una liebre, y al que la llevaba, en traje de cazador, con sus redes al cuello; y así pasó desta manera en Persia, y dió la carta en manos de Ciro. Vista su buena intención de Harpago, luego aderezó y allegó infinita infantería, y vino sobre el Rey Astiages, su agüelo. El Rey, olvidado de la injuria que por su mano Harpago tenía recebida, dióle el cargo de la batalla, para que saliese al encuentro de Ciro. Harpago, en verse con él, se pasó con todos los medos de su parte. Indignado el Rey de semejante traición, juntó muy gran hueste y vino sobre Ciro y Harpago; y llevándolos de vencida, a los soldados que iban huyendo salían las madres y sus mujeres al encuentro, que volviesen a la batalla; y viendo que no querían, alzándose las madres sus haldas y mostrando sus vergüenzas, a voces altas decían: «¿Qué es esto? ¿Otra vez queréis entrar en los

vientres de vuestras madres?». Los soldados de vergüenza desto, volvieron a la batalla con grande ánimo, por do fué preso el Rey Astiages, y su campo roto, y vencida toda su gente. Y quedando Ciro por Rey y señor, no le quitó otra cosa que el reino, y lo depositó en un castillo muy bien guardado, y repartió grandes dones con todos sus vasallos, y hizo muchas mercedes a su tan buen amigo Harpago. Y desde entonces fenesció la monarquía de los medos, y pasóla Ciro a los persas.

PATRAÑA DIEZ Y SIETE

Julián, por ser cabido
y amado del rey de Tracia,
cupo a Estacio tal desgracia
quen carbón fué convertido.

El Rey de Tracia, yendo un día a caza de monte, fué ausentado de los suyos por seguir acosadamente a un ciervo; do hallándose sólo en un áspero bosque, y la noche que venía con abundantísima agua, sonó por dos o tres veces su bocina; y viendo que no era oído de ninguno determinó de seguir por do al caballo mejor le paresciese caminar. Con esta determinación, habiendo caminado un grandísimo rato, cerró la noche y perdió el tino. Do parándose en el desierto y mirando a todas partes, vido una lumbre muy lejos, a la cual encaminó su caballo; y allegando a do la lumbre estaba, vido que era una majada, en la cual habitaban marido y mujer y un hijo llamado Julián, de edad de quince años. Y pidiendo si había posada, les suplicó que le acogiesen por amor de Dios aquella noche. Dijéronle que eran muy contentos. Descabalgado que hubo, el hijo Julián le descalzó las espuelas, y tomó a cargo

de pensar el caballo, el buen hombre de hacer fuego y enjugalle la ropa, y la mujer de guisalle de cenar.

Pues como estuviesen cenando, y el Rey viese a Julián cuán bien criado y servicial era, díjole al padre: «Decidme señor, ¿por qué tenéis este mozo aquí perdido? Dejaldo que vaya a ver el mundo algún poco de tiempo, que no puede perder nada por ello». En esto respondió la madre, diciendo: «No nos miente tal, por amor de Dios, señor, que ya una vez se mo nos quiso ir con una escobeta a la guerra, y de puras lágrimas mías le hice que se quedase». Dijo entonces el Rey: «Certifícoos, pues, padres honrados, que es mozo para servir delante de un Rey; y si el Rey de Tracia, vuestro señor, lo sabe, pasa peligro que no os lo pida para su servicio. Respondió el padre: «Calle, señor, que se quiere burlar de nosotros; dejemos eso aparte, y vámonos a dormir, que es gran noche y vuesa merced pienso yo que verná cansado. Dijo el Rey: «Tenéis razón, padre». Y así, se fueron todos a dormir.

Venida la mañana, ya que esclarescer quería el alba, viérades venir de pie y de a caballo en busca del Rey mucha gente; y como preguntasen a Julián, que estaba a la puerta de la majada, si había visto un caballero desta y desta suerte, y él respondiese que estaba durmiendo, entrados en su cámara,

11 *se mo nos* = Se nos. Timoneda quiso reflejar el habla rústica; nótese que a continuación dice *escobeta* por *escopeta*.

en velle, todos se arrodillaron delante dél, y besaron las manos de alegría y placer que concibieron por haberle hallado. Como Julián lo viese, fuélo a decir de presto a su padre y madre, que el huésped que habían hospedado, era el Rey de Tracia, por lo cual fueron corriendo a besarle las manos, y que les perdonase si no le habían hecho aquel acogimiento y honra que merescía. En esto, el Rey los alzó de tierra y los abrazó, suplicándoles que a su hijo Julián se lo diesen para su servicio. Contentos y dichosos por ello, le aderezaron de las mejores ropas que pudieron; y el Rey de Tracia, despidiéndose dellos, se fué para su ciudad, acompañado de todos sus caballeros.

A cabo de tiempo, por ser ya de muchos días Estacio, gentilhombre copero suyo, instituyó a Julián en su lugar. Pues como viese Estacio que el Rey no se acordaba dél en dalle otra dignidad, como pretendía, y que Julián privaba tanto en tan poco tiempo, de invidia que le tuvo ordenó una malicia, y fué que, tomando a Julián en puridad, le dijo: «Mira, hermano, desto que te quiero avisar no me lo debes de tomar a mal, sino agradescérmelo en grandísima manera, porque como eres novicio en el cargo que te ha dado el Rey, y mozo y no experimentado, caes en un grandísimo yerro en hablar rostro a rostro con el Rey, y le tienes, según yo he oído, amohinado, por hederte un poco la boca; por eso, cuando hablares con él, desvía cuanto pu-

dieres el aliento, y créeme». Julián, con sanísimas entrañas y sin caer en malicia ninguna ni en algún engaño, cuando hablaba con el Rey desviaba cuanto era posible su rostro. Estacio, viendo que Julián hacía lo que él le tenía aconsejado, tomó al Rey en secreto, y díjole: «Porque conozca Vuestra Alteza cuán poco hay que fiar en hijos de villanos, y que siempre tiran a su natural, esto muy claramente se ha mostrado en vuestro querido Julián». El Rey, admirado de lo que podía ser aquello, le dijo: «¿Cómo, qués lo que ha hecho?». Respondió: «Sabrá Vuestra Alteza que va publicando que le hiede la boca que no hay quien lo sufra; pero, si no me cree, tenga mientes en ello y verá cuando le sirve cómo desvía su rostro del de Vuestra Alteza». Teniendo sentimiento el Rey de lo que Julián hacía y que Estacio le había enseñado, lo que él no se daba acato, vista la presente, determinó de hacerle matar. Y porque no le viese morir, por el amor que le tenía, fuese un día a holgar fuera de la ciudad, adonde unos leñateros solían hacer carbón, y apartándolos en secreto, les dijo: «Mirad, buenos hombres, si mañana enviare aquí un criado mío, que os diga: «¿Habéis hecho lo que el Rey os ha mandado?», echádmelo vivo y calzado adonde soléis hacer el carbón, y muera allí, porque es cosa que me cumple.

Volviendo el Rey a su palacio, por la mañana dijo a Julián que fuese adonde hacían aquellos leñateros el carbón, y les dijese si habían hecho lo

que el Rey les había mandado. Yendo Julián, como tenía de costumbre por la mañana de rezar ciertas devociones, y se le hubiesen olvidado, pasando por la iglesia, entróse en ella para habellas de rezar, Estacio, como supiese lo que el Rey tenía ordenado, codicioso de ver efectuado su deseo, fuese derecho a los leñateros, y sin darse acato del daño que le podría sobrevenir, dijo: «Buenos hombres, ¿habéis hecho lo que el Rey os ha mandado?». No lo hubo acabado de decir cuando ya le hubieron dado un porrazo en la cabeza y mètido en el hoyo del carbón. Salido Julián de la iglesia de rezar sus devociones, como fuese a los leñateros a decilles que si habían hecho lo que el Rey les había mandado, diciendo que sí, volvióse a decir al Rey que ya habían hecho su mandamiento. Espantado el Rey de pensar qué podía ser aquéllo, aguardando que anochesciese, y viendo que Estacio no parescía, llamó a Julián, pensando no fuese aquello algún juicio de Dios, diciéndole: «Ven acá, ¿Estacio díjote por alguna vía o manera que yo estaba quejoso de ti?». Respondió: «Sepa Vuestra Alteza que lo que él me dijo fué que cuando le servía a la mesa desviase mi rostro, porque le había dicho Vuestra Alteza que a mí me hedía la boca». Entonces el Rey, dándose con la mano en la frente, conosció el engaño y malicia de Estacio, y que los leñateros le habían quemado, y que Dios le había dado el pago que mèrescía, por do desde entonces amó mucho más a Julián.

PATRAÑA DIEZ Y OCHO

Porque decía Claudino:
«¡Dios os guarde de mal hombre!»
Filemo, por propio nombre,
se enojaba de contino.

Claudino, sastre, teniendo otro vecino calcetero delante su casa, llamado Filemo, cada mañana que le saludaba, después de buenos días y buenas noches le decía: «¡Dios os guarde de mal hombre y mala mujer, señor compadre!». Tantas veces se lo dijo, que le respondió: «¿Qué me puede hacer a mí mal hombre ni mala mujer, sabiéndome yo guardar? ¡Andá de ahí, no me lo digáis más, si me queréis tener por amigo!». Por lo cual Claudino calló, y a cabo de días ampróle sobre una buena prenda dos ducados sin habellos menester, los cuales le volvió el mismo día.

Después, de allí a dos semanas, volvióle a suplicar que le prestase cinco ducados, y Filemo se los prestó, no queriendo tomalle prenda ninguna, los cuales le volvió pasados tres días; y de allí a muy

---

14 *ampróle = amparóle = tomó prestados.*

poco tiempo le volvió a pedir prestadas diez piezas de oro, y también se las dejó. Pasado un mes, pasados dos, pasados tres, viendo Filemo que no le volvía sus dineros, díjole un día: «Señor vecino, ¿por qué no se acuerda de volverme aquellos dineros, viendo con cuánta voluntad se los presté?» A lo cual respondió Claudino: «¿Qué dineros o qué haca? ¡Ya os los he vuelto! No sé qué os decís, señor compadre!». Dijo Filemo: «No me los habéis vuelto, ni tal me podéis vos probar por cierto; pero yo tengo el merescido por no quereros tomar prenda. Bien, la justicia lo averiguará todo. ¡Andá con Dios!». Ido, sin perder punto, le envió a citar por tres veces; y a la primera citación fingió Claudino que le habían robado la ropa de su botica, y su capa juntamente, y que por este respecto no salía de casa. Cuando vino la postrera citación, díjole a Filemo: «Señor vecino, ya véis que por no tener capa días ha que no salgo de casa; si queréis que comparezca delante del juez prestadme alguna capa de las vuestras sobradas, para que salgamos deste negocio». El Filemo, contento, prestósela. Venidos a juicio, habiendo hecho Filemo su demanda, respondió Claudino: «Que si le había dejado dineros, que ya se los había vuelto buena y cortésmente. Pero mire vuestra señoría cuán mal hombre es éste que, si a mano viene, dirá que la capa que yo traigo es suya». Respondió Filemo:

15 *botica* = tienda. Antiguamente se llamaban así las tiendas o lonjas en que se vendian diferentes drogas y cosas.—*Dic. Aut.*

«Sí, ques mía». Dijo Claudino: «¿Véis si digo yo verdad?». Entonces dijo el juez: «Jurad aquí, ¿vos debéisle los diez ducados?». Respondió Claudino: «Juro, señor, que ansí es la capa suya como yo le debo los dineros!». Por do dió por libre el juez a Claudino, y Filemo se fué a su casa muy congojado. Y a la noche, toma Claudino la capa de Filemo, y los diez ducados, y fuese a su posada, diciendo: «¡Buenas noches señor compadre! No os alteréis por verme, sosegaos por amor de Dios. Primero y principalmente, véis aquí vuestra capa, y más los diez ducados. Todo esto no lo he tramado sino porque conozcáis qués lo que puede hacer un mal hombre y una mala mujer». Entonces Filemo le abrazó, agradesciéndole desde allí adelante el aviso que le daba.

PATRAÑA DECINUEVE

Tancredo causó, y Febea
que a Brandiana culpasen,
dos hermanos peleasen
sin cometer cosa fea.

En el reino de Escocia hubo un Rey llamado Aquileyo, mancebo y de buena fama, el cual cayó malo de cierta enfermedad que Dios fué servido que tuviese; y viniendo al paso de la muerte, prometió que si Dios le libraba de aquella aflictión y le restituía en su sanidad pasada, de hacerse monje y servirle todos los días de su vida en religión. Fué, pues, el caso, que en breve tiempo estuvo bueno, y para efectuar lo prometido, llamó a un hermano suyo que tenía, dicho Calimedes, que ya muchos años había que era casado, y tenía una hija llamada por nombre Brandiana, y lo depositó en su silla y estado real, y hizo jurar por Rey de los grandes de su reinado, y él se metió monje en el Abadiado de Sancta Flor.

Pues como Calimedes asistiese por Rey de Escocia, y sus grandezas y liberalidades se manifestasen que usaba, no tan solamente con sus vasallos,

mas con todos los extranjeros, y por otra parte las virtudes y gracias de su hija Brandiana, acudieron a su corte innumerables y grandes señores. Entre los cuales vinieron dos hermanos, hijos del Rey de Bretaña, el uno llamado Ricardo y el otro Dulcido; y el hijo del Duque de Albania, dicho Tancredo. Ricardo, como viese que era igual en grado de la Infanta Brandiana, púsose a servirla de tal manera, que hizo por su servicio en la Corte infinitísimas fiestas, así de torneos como de justas y otras galas, saliendo siempre con su honra, por ser esforzado caballero. Por lo cual la Reina y el Rey Calimedes se holgaban dello, y le tenían en reputación de hijo, y le hacían muchos favores y mercedes de cadal día.

De otra parte, Tancredo no había dejado de servir con toda su posibilidad a la Infanta Brandiana; y conosciendo el poco fruto que sacaba dello, y cuán favorescido era Ricardo, quiso probar por otra parte si alcanzaría aquello que tanto deseaba; y fué que se puso a requebrar a Febea, doncella muy amada y querida de la Infanta Brandiana; de tal manera que en breves días alcanzó della cuanto quiso, y las más noches dormía con ella a su contento, porque secretamente subía por cierto lugar oculto, con una escalera de cuerdas, a la media noche, cuando todo hombre sosegaba. Con estos amores tuvo oportunidad de rogar a Febea que no dejase de dar un tiento a Brandiana, cómo él noche

y día penaba por sus amores, y que si ella acababa que le favoresciese, y por cualquier vía casase con ella, que de su parte le prometía siete mil ducados en dote. Concediéndoselo Febea, de una parte rehusaba por no ser ingrata contra sí misma en perder su nuevo amante, y de otra la esforzaba el dote prometido. En fin, que convencida del interese se lo dijo a Brandiana; mas como Brandiana tenía en su corazón a Ricardo, no hizo caso de Tancredo, antes amenazó a Febea si tal negocio más le boquease.

Habida la desabrida respuesta, Tancredo trabó de más continua amistad con Ricardo, y le dijo un día en secreto: «Señor Ricardo, por el amistad que nos tenemos, yo querría que entendieses, como claramente entiendes y sabes, el mucho tiempo que sirvo a Brandiana; y pues se sabe que mis trabajos y servicios son para casarme con ella, y el Rey, según tengo entendido, ningún desvío dará en ello, querría que dejases de hacerme contraste, y que no fueses tras lo incierto». Ricardo le respondió: «Maravillado estoy de ti, Tancredo, que antes que yo bien la quisiese tú la amases, ni que por tal respecto la hubieses tan solamente mirado; pero dejemos eso aparte. Ya sabes el amor que Brandiana me tiene, que de sólo ser mi mujer se precia, y porque desengañado quedes, has de saber que de su misma

11 *boquear* = Pronunciar alguna palabra como para pedir o quejarse.—*Dic. Aut.*

boca le he oído decir que ver no te puede». «¡Ay!—dijo Tancredo—, en gran error siento que te ha puesto el amor ciego; pero si te sientes ser amado della, como tú dices y pretendes, vengamos a la prueba y dime qué favores te ha hecho desde que la sirves, que yo te diré los míos; y al que más y mejores los habrá recebido, aquel permanezca en su servicio».

Contento Ricardo, con juramento que hicieron, a ley de buenos caballeros, de tenerse secretos, empezó a decir: «Has de saber, Tancredo, que Brandiana me ha jurado que no ha de ser otro su esposo ni marido sino yo, y por más certidumbre me ha dado este anillo de su mano; y cuando su padre en esto no venga bien, me ha dado palabra de irse comigo a Bretaña». Respondió Tancredo: «Si con eso presumes tenerte por seguro, yo te diré cosa que cuando la sepas me ternás por más dichoso que tú; y es que no pasa noche desta vida que no duermo con ella». En oír esto Ricardo le dijo que no podía creer semejante cosa. Respondió Tancredo: «¿Tanta confianza pones en mujeres? Pues aguarda, yo te lo haré ver la noche venidera con tus proprios ojos». Concertados, fuese Tancredo a Febea, diciendo: «Amiga y señora de mi corazón, de parescer sería, si tú quisieses, que por quitarme de la fantasía a Brandiana me hicieses una señalada merced, que la noche siguiente cuando venga a dormir contigo, yo trabajaré de venir tardeci-

llo, que tú te adreces y te pongas las ropas de Brandiana, y hagas el posible de remedalla, así en habla como en el gesto, porque imaginando que tú eres ella, mi deseo podrá ser que se me quite». Contenta y deseosa de lo dicho, fuese Febea a negociar lo concertado. Y Tancredo llamó a Ricardo para la noche concertada, y Ricardo avisó a su hermano Dulcido, señalándole el lugar adonde había de estar en atalaya por si algo le sucediese y le hubiese de menester para defensión suya.

Venidos los dos competidores a las espaldas del aposento de la Infanta, y Ricardo puesto en lugar secreto para ser testigo de vista de lo dicho, Tancredo haciendo sus señas acostumbradas, salió Febea a unos corredores con una ropa blanca finísima con franjas de oro y barras de brocado, hecha a mil maravillas, y sus tocas de oro, que era el mismo aderezo que Brandiana solía llevar aquellos días. Y echada su escalera, Tancredo subió arriba, al cuál Febea recibió con los brazos abiertos, y besándola como solía acostumbrar, Tancredo dijo a voces muy altas, porque Ricardo lo sintiese: «¡Oh, Infanta y señora mía!, en todos los días de mi vida podré pagar a Vuestra Alteza las mercedes que me hace». Y por lo que Tancredo decía, y él con su codiciosa vista miraba con la claridad de la luna, creyó Ricardo que fuese Brandiana; y fuera

16 *barras*=En Aragón significa raya hecha con tinta o con otra cosa. Es voz baja.—*Dic Aut.*

de su acuerdo, desenvainó de su espada, y poniendo el pomo en tierra para echarse sobre ella, acudió Dulcido, su hermano, y le trabó del brazo, diciendo: «¿Qués esto, Ricardo? Y ¿has perdido el seso, que una mujer te ha de hacer salir de quicios? ¿No sabes que todas son variables? Y pues por tus ojos has visto su falsedad, guarda las armas para contra ella, acusando al rey su padre tan gran bellaquería». Respondió Ricardo: «Nunca Dios tal quiera, hermano, que a la que en algún tiempo he querido bien en tanto mal y peligro la viese, sino que en fin yo quiero tomar tu consejo. ¡Vamos, y dejémoslas para quien son!». Idos, Ricardo, como perfecto enamorado, que lo visto tenía fijado en su corazón y alma, el otro día siguiente, levantóse muy de mañana, antes que esclaresciese el día, y fuese a media legua de la ciudad, y sobre un peñasco que estaba junto a la mar, llamó a un cierto pastor que vido, y razonando con él le dijo: «Hermano, un placer me harás: que vayas a la Corte del Rey Calimedes, y des aviso cómo Ricardo, que soy yo, él mismo se ha tomado la muerte por sus manos por la poca fidelidad que le ha guardado Brandiana». Y en acabar de decir semejantes palabras se lanzó en la mar, y el pastor tomó el camino para la Corte.

No fué dentro Ricardo en la mar, cuando se halló arrepiso; y como supiese bien nadar, nadando vino

---

27 *Arrepiso* = Arrepentido.

a salir al Abadiado de Sancta Flor, a do le acogieron los monjes, diciendo que había escapado de una nave, que cerquita de allí había dado al través.

Volviendo a su hermano Dulcido, en hallar menos por la mañana a Ricardo, los extremos tan grandes que hacía ponían lástima y terror a los caballeros. Y el Rey y la Reina, por el amor que le tenían, estaban en gran tristeza puestos, y no menos los grandes de su Corte, y Brandiana más que todos, aunque lo disimulaba.

Estando en estas cuitas y aflictiones, allegó el pastor a la Corte, notificando cómo a Ricardo él le había visto ahogar, por respecto de Brandiana. Dulcido, con estas tristes nuevas, considerando que Brandiana había sido la causa de la muerte de su hermano, armóse en blanco, y estando en la sala real el Rey y la Reina y Brandiana con los más principales caballeros suyos, entrando por ella, dijo a voces muy altas, enderezando su plática al Rey: «Ha de saber tu Real Alteza que la muerte de mi hermano Ricardo ha sido por causa de tu hija Brandiana, por haberla visto holgar con un caballero de tu Corte; el cual, por ser noche, yo no conoscí, ni mi hermano quiso decirme su nombre; pero, esto que digo yo, lo haré bueno en batalla con la espada en la mano». Fué tanta la turbación que puso Dulcido, que unos a otros se estaban mirando sin saber qué responderle, sino tan solamente el Rey, que le respondió: «Mirad caballero por lo que propuesto habéis;

aunques contra mi hija, no dejaré de guardar la ley que está puesta en ese caso contra las mujeres. Id en buen hora, que para este efecto nombro desde aquí por jueces a Tancredo, hijo del Duque de Albania, y al Conde de Flandes; y si dentro de un mes no se hallare caballero que vuelva por ella, yo le daré el castigo que meresce». Y así, mandó pregonar que cualquier que venciese a Dulcido le daría a su hija por mujer.

Sonó tanto este negocio, que en breves días fué publicado por diversas provincias, sin hallarse caballero que osase salir en batalla con Dulcido, por ser hombre muy robusto y esforzado.

Viniendo a noticia de Ricardo, que estaba en el monesterio de Sancta Flor, a causa que el monje Aquileyo, tío de Brandiana, se fatigaba de ver a su sobrina puesta en tal aprieto, le suplicó que le proveyese de armas y caballo, que pues caballero no había que tomase tal empresa, que él se obligaba, con la ayuda de Dios, de vencer a Dulcido. No lo hubo dicho tan presto cuanto el monje Aquileyo le hizo proveer de todo lo necesario muy ricamente.

Despedido Ricardo de todos los monjes, y suplicado que rogasen por él en sus oraciones, no es de dejar en olvido lo que por el camino entre sí mismo iba vacilando, y parándose de rato en rato, diciendo: «No creo que hay caballero en el mundo tan inconsiderado como yo que, así, tan ligeramente, y sin más pensar en ello, tomase a car-

go una empresa como esta. ¿Qués esto Ricardo? ¿qué haces? ¿do vas? ¿duermes o velas? ¿estás en ti o fuera de tu acuerdo? Considerar debes, y mucho sobre pensado, que si entras en esta batalla, que para librar a Brandiana has de vencer o matar a tu proprio y carnal hermano; y si por mi desdicha, que siempre lo ha de ser de una manera o de otra, quede Dulcido, sea vencido o muerto, seremos yo y Brandiana vasallos de la triste y aborrescida muerte».

En fin, conosciendo justísimamente que por haber dado parte de sus negocios a su hermano Dulcido era tan gran daño sobrevenido, determinó de proseguir su determinado viaje.

Y entrando en el campo, adonde cadal día comparescían el Rey y los jueces, y la Infanta Brandiana, cargada de luto, en un tablado entapizado de negro, y Dulcido armado de todas sus armas, dió su carta a los jueces, relatando cómo venía para defender la honra de la Infanta Brandiana. Y asignándoles el lugar y el puesto, comenzaron los dos a proseguir su batalla, de tal manera, que a los primeros encuentros rompieron los dos sus lanzas. Y del encuentro cayó el caballo de Dulcido en tierra, de la cual caída toda la gente se alegraba, pensando que juntaría presto con él el caballero no conoscido; pero Ricardo no quiso sino aguardar que recobrase el caballo, porque el amor de su hermano le convencía de no ejecutar en él su ira.

Alzado que se hubo el caballo de Dulcido, écharon mano a sus espadas, y de ver con cuanto ánimo y esfuerzo se combatían, estaba el pueblo espantado. La cual pelea duró tanto, sin conoscerse mejoría entre los dos, que la noche los hubo de despartir, y cada uno irse a reposar a su posada.

En esto, Febea, como se diese acato de la maraña pasada, y que Tancredo era causa de la infamia de Brandiana, por evitar la muerte de aquellos dos caballeros, que estaban sin culpa, se fué secretamente drecho al Abadiado de Sancta Flor, y arrodillada a los pies del monje Aquileyo, le confesó por extenso toda la verdad, y le suplicó que del Rey Calimedes, su hermano, para Tancredo y a ella les hubiese perdón, y que de Tancredo se cobrase el dote que le había prometido. El monje se lo prometió y mandó que del monesterio no se partiese. Y vista la presente, se partió para la Corte y descubrió a su hermano Calimedes el hecho cómo pasaba, y que su hija era sin culpa, y que Tancredo y Febea eran los inventores de tan gran desasosiego y que, por tanto, le suplicaba que les hiciese merced de las vidas. Contento el Rey por satisfacción dél y de la honra de su hija, hizo tomar presos a Tancredo y a Febea, y puestos en su tablado para un asignado día, mandó que cada uno por sí publicase su maldad y falso testimonio. Hecho esto, proveyó que el caballero extranjero que había vuelto por su hija, fuese traído delante dél.

Como Ricardo lo supiese, armóse en blanco, ni más ni menos como si hubiera de salir a la batalla. Y venido ante la presencia real, en quitarse el almete fué conoscido que era Ricardo, y del Rey abrazado con los brazos abiertos, y asímismo de su hermano y de los grandes que presentes se hallaron. Sonó tanto este regocijo y contentamiento de saber que Ricardo era vivo y que era el caballero extranjero que había peleado con Dulcido, que la Reina con la Infanta Brandiana, riquísimamente ataviadas, vinieron en la presencia del Rey para ver y agradescer a Ricardo en el riesgo que se había puesto por salvar su honra. Y el Rey, por cumplir su palabra, cual había prometido, suplicó a su hermano el monje Aquileyo que desposase en presencia del pueblo a Ricardo, y Brandiana. Desposados, arrodillóse Ricardo delante del Rey, suplicándole que soltase a Tancredo y a Febea; lo cual el Rey no pudo dejar de hacerlo, y así les soltó y perdonó; pero a Tancredo con esta condición: que fuese luego desterrado de su Corte, dando fianzas de los siete mil ducados para el dote de Febea, como le tenía ofrescidos. Y así fué cumplido todo. Y de allí a pocos días fueron ordenadas las bodas de Ricardo y Brandiana.

PATRAÑA VEINTE

La mala madrastra hizo
que culpasen su entenado,
y tuviesen por finado
su hijo con un hechizo.

Fué un honrado hombre, que vivía de sus rentas en la ciudad de Nápoles, llamado Firmiano, el cual tenía un hijo mancebo, llamado por su nombre Machabelo, que estudiaba para médico. Muerta la madre, su padre se casó; y esta segunda mujer, dicha Cavina, parió otro hijo, que le pusieron por nombre Modesto. Y siendo de edad de diez años, y [como] ella se hallase descontenta, por ser su marido anciano de días, se enamoró de Machabelo su entenado, de tal manera, que fatigada con la poca paciencia del amor libidinoso, rompió el silencio de lo que callaba mucho tiempo había. Y para efectuar su apetito fingió de sentirse estar mala, y puesta en su cama, envió a llamar a Machabelo. No tardó el mancebo de obedescer el mandamiento de su madrastra, y con el gesto triste y honesto entró en la cámara, y ten-

1 *madrastra* = En la edición, ésta y las veces siguientes: *madastra.*

tándole el pulso, le preguntó qué era la causa de su presente enfermedad. Entonces ella, hallando ocasión muy dañosa, que es la soledad, le comenzó de hablar lo siguiente: «La causa y principio deste mi presente mal, y aun la melecina para él, tú solo eres, porque esos tus ojos entraron por los míos a lo íntimo de mis entrañas; por lo cual te ruego que hallas mancilla de quien por tu causa muere. Y pues ves con cuánta razón te amo, cumple mi deseo, pues estás agora solo comigo».

Machabelo, cuando aquesto oyó, turbado de tan repentino mal, como quier que se espantase, y aborresciese tan gran crimen, no le paresció responder con la severidad presta de su negativa, antes le prometió, diciendo que se esforzase hasta que su padre se fuese a una herèdad que tenía. Diciendo esto, apartóse de la mortal vista de su madrastra; pero ella, como no tuviese paciencia de esperar siquiera a que el marido por su determinación se fuese, fingiendo lo que a ella le paresció, persuadió que se fuese a su heredad, que estaba bien lejos de la ciudad. Partido que fué, Cavina, con su locura apresurada, viendo que había lugar para curar el cuerpo y enfermar el alma, llamó a Machabelo, y demandóle con mucha instancia que cumpliese con ella lo prometido. Pero Machabelo, escusándose, diciendo agora una cosa y después otra, apartándose de su abominable vista, viendo ella manifiestamente que le negaba la promesa, en un punto mudó su

nefando amor en odio mortal. Y no hallando en su sucio pensamiento otro mejor consejo que privar de la vida a Machabelo, llamó luego a un esclavo que tenía, llamado Ganejo, aparejado para toda maldad y engaño, rogándole que le comprase veneno mortal para matar a Machabelo, que le había requerido de amores, dándole a entender que más quería que muriese de aquella suerte, que no que su señor Firmiano pusiese las manos en él. Traído el veneno y astutamente revuelto con vino, fué aparejado para matar a Machabelo.

En tanto que la mala hembra guardaba tiempo y oportunidad para se lo poder dar, acaso, Modesto, su hijo proprio, viniendo de la escuela muerto de sed, bebió de aquel veneno que, acaso, halló en un vaso de plata, no sabiendo la ponzoña y engaño escondido que allí estaba. No hubo acabado de beber, cuando cayó en tierra muerto sin vida. Viendo los de casa la arrebatada muerte de Modesto, comenzaron a dar grandes voces y clamores, y la madre juntamente con ellos. Y conosciendo el caso del veneno mortal la mala mujer, ejemplo único de malicia de las malas madrastras, no conmovida por la muerte de su hijo, ni por la desdicha de su casa, ni por el enojo de su marido, no dejó de procurar sobre un daño otro peor, y fué que despachó de presto un mensajero que fuese a su marido y le contase la muerte de su hijo. Cuando Firmiano oyó semejantes nuevas, vino de presto a la ciudad, y

entrando por casa, luego ella con gran temeridad comenzó de acusar y decir que su hijo Modesto era muerto con la ponzoña de Machabelo. Y la mentirosa en este caso no mentía, porque Modesto había prevenido la muerte que estaba ya destinada y aparejada para Machabelo; pero ella fingía que Modesto era muerto por maldad de Machabelo, a causa que ella no quiso consentir en su malvada voluntad, con la cual había tentado de la forzar. Y no contenta con esto, añadió que, porque le dijo que lo diría a su padre, la quiso matar con un puñal.

Entonces, el afligido Firmiano, herido de la muerte de los dos hijos, y convencido de las lágrimas de su mujer, regando su cara con las suyas proprias, se lanzó en casa de la justicia; y allí, llorando, con muchos ruegos, trabajaba que sentenciasen a su hijo Machabelo, diciendo que había cometido crimen de incesto, ensuciando la cama de su padre, y que era homicida, habiendo muerto a su hermano. Finalmente, que la autoridad de su persona y la fama que tenía convenció al juez, dejada la orden y dilación del juzgar, que a Machabelo lo sentenciasen luego, según el delicto. Mas como el abogado se hallase presente, no consintió en ello, sino que derechamente y por las leyes antiguas y vía ordinaria el proceso se hiciese, y oídas las partes y bien negociado el negocio cevilmente fuese la sentencia

23 *abogado* = En la edición: *aduogado.*

pronunciada. Este consejo plugo a todos, y luego mandaron llamar a cabildo; los cuales venidos, y presente Firmiano y Machabelo el reo, después de muchas preguntas que les hicieron, tuvieron información cómo un esclavo de casa, dicho Ganejo, sabía cómo había pasado aquel hecho. Llamado, testiguó que Machabelo, por estar enojado de su madrastra, destempló con sus proprias manos la ponzoña, y que se la dió, para que la diese a Modesto; pero él sospechando que el crimen se descubriría, no quiso tomar aquel cargo, y que no sabía más. Machabelo respondió a esto que el atrevido esclavo mentía como un grandísimo bellaco, y que antes, su madrastra, presumía él que, por no haber concedido a su malvado deseo, lo había ordenado para dárselo a beber. El padre, no dando crédito a lo que decía Machabelo, pugnaba la ejecución de la justicia. Ninguno de los jueces quedó tan justo y tan drecho que al acusado no le pronunciasen ser culpado deste crimen, y así, determinaron que muriese. Y como ya los votos de todos fuesen iguales, y viniese el votar al más viejo hombre, y de mucha autoridad, letrado y médico, dijo a todos en esta manera: «Yo me gozo y soy alegre de haber vivido tanto tiempo, que por mi edad vosotros, señores, me tengáis en alguna reputación. Y por esto no consentiré que Machabelo, con falso tes-

8 *destempló = disolvió.* Del italiano *stemperare.* No figura, con esta significación, en el *Diccionario de Autoridades.*

timonio haya de perescer, ni menos quiero permitir que vosotros, que jurastes de juzgar bien y fielmente, seáis engañados por un esclavo. Así que, oid agora, señores, y conosceréis cómo pasa este negocio. Este ladrón de esclavo vino a mi casa muy diligente para comprar ponzoña que luego matase, y ofrescióme cinco ducados de oro y de buen peso porque se la diese, diciendo que la había menester para un enfermo, el cual estaba muy fatigado de su enfermedad de hidropesía, de la cual no podía sanar, y deseaba morir por librarse del tormento que pasaba. Yo, considerando que este malvado decía cosas livianas, no me satisfaciendo, antes siendo cierto que procuraba alguna traición, dile aquel brebaje, pero mirando a la verdad que se podría saber, no quise recebir el precio sino con esta condición: que puse los ducados en un saquillo y mandé que los sellase con un anillo, que es aquél que en la mano lleva, de cobre, dándole a entender que por ser noche no los podía reconoscer bien, que a la mañana los haría pesar y mirar a un cambiador. Y desta manera los selló, y por más certificación véis aquí el saquillo en vuestra presencia, véalo él y conozca su sello, porque la verdad es ésta que pasa sin falta». Entonces tomóle un gran miedo y temblor al bellaco del esclavo, y la boca medio cerrada, tartamudeando, comenzó a decir ciertas mentiras y necedades, y siempre negando, con grandísima constancia, no dejaba de acusar al mé-

dico que no decía verdad. El cual, por la honestidad y autoridad suya, se levantó y arremetió al esclavo, y ayudándole, le quitaron el anillo de cobre, el cual puesto y mirado con el sello que estaba en el saquillo, fué conoscido que era aquél. Y por tanto, luego, fueron aparejados géneros de tormentos, pero él, obstinado, nunca quiso confesar la verdad. Entonces dijo el médico: «Por Dios, señores, yo no sufriré que contra drecho condenéis a muerte al inocente de Machabelo, ni tampoco que este esclavo, burlando de nuestro juicio, escape de pena; porque yo daré evidente argumento deste negocio, el cual es éste, señores: que como este malvado pensase comprar ponzoña mortal, y no creyese que a mi oficio convenía dar a ninguno causa de muerte, porque la Melecina no fué hallada ni ordenada para matar a ninguno, sino para dar vida a los hombres, temiendo que si yo negase de dalle la ponzoña, quizá por mala respuesta le daría camino de su maldad en irse a otra parte, y quizá se la darían, o por ventura con algún cuchillo o otro linaje de arma acabaría la traición que había comenzado, acordé de dalle, no ponzoña mortal, sino otra confección soñolienta, que da sueño semejante a la muerte. Pero si es verdad que Modesto, el mochacho, bebió aquel brebaje que por mis manos fué destemplado, él es vivo y reposa y duerme».

No hubo acabado de decir semejantes palabras,

cuando con gran ímpetu y alegría allegaron dos criados de Firmiano, diciendo cómo Modesto había tornado en sí y estaba bueno y sano. En esto proveyeron los del consejo que Modesto fuese traído delante dellos, y venido, ya podéis pensar el padre, Firmiano, con qué abrazos recebiría a su hijo, que ya por muerto lo tenía llorado, y con qué gozo suplicaba a los jueces que diesen por libre a Machabelo, pues era sin culpa. En esto mandaron callar a todos, y admirados del caso, y con recto juicio y confesada la verdad por el esclavo, dieron por sentencia que el esclavo fuese ahorcado y la madrastra desterrada perpetuamente del reino, y al médico, que justamente tomase los cinco ducados. Y así, Firmiano, muy contento y satisfecho, se volvió a su posada con sus dos hijos, Modesto y Machabelo, conosciendo la maldad de Cavina, su mujer; y protestó que nunca se vería en cubierto con ella en todos los días de su vida.

1 *ímpetu* = En la edición: *ímpetud.*

PATRAÑA VEINTIUNA

Geroncia, Reina, por ser
en bondad fértil, benigna,
vino a pobre pelegrina;
después tornó en su poder.

En la provincia de Inglaterra reinaba un Rey llamado Marcelo, el cual tenía una mujer de muy sancta vida, por nombre Geroncia. Este Rey hizo voto, por cierta enfermedad que tuvo, de visitar la Casa sancta de Jerusalén, y vino a consultar su partida con la Reina, su mujer, y ordenó que en tanto que él estuviese fuera del reino, que todos la obedesciesen y tuviesen por señora absoluta, y a un hermano suyo, dicho Pompeo, que tuviese cargo della, así en servirla como en mirar en el provecho del reino, obedesciendo siempre su mandamiento en cuanto ella mandase.

Partido que fué el Rey, el hermano Pompeo, a cabo de tiempo, pensó una grandísima maldad en su corazón, y fué que requirió de amores a su cuñada la Reina, dándole a entender con cartas falsifitorias quel Rey era muerto, y que él la haría mejor tratamiento que su marido, y que podían reinar de

allí adelante muy pacíficamente, como a señores naturales.

La Reina, como a mujer de santa vida y de gran entendimiento, no quiso dar crédito a las cartas, ni señalarse por viuda, ni a su requerimiento darle respuesta mala ni buena, pensando que lo hacía por proballa. Y como fuese de grandísima discreción dotada, consideró que si de verdad se lo decía, que no dejaría de tornarla a recuestar otra vez; y así fué, que de allí a muy pocos días tornó Pompeo a pedirle a la Reina su amor deshonesto. Ella, no consintiendo, y por quitar tal ocasión, secretamente habló con algunos grandes de su reino, y mandóles que para cierto día viniesen a palacio, y que a su cuñado Pompeo le prendiesen y fuese puesto en prisión, sin decirles la causa ni por qué respecto lo hacía; lo cual así hecho, cuantos había en la ciudad lo tuvieron a maravilla, y pensaban por qué razón la Reina lo mandara prender, mayormente por cuanto había quedado en lugar y custodia della.

En fin, que a cabo de un año y medio tuvo cartas la Reina cómo su marido el Rey era vivo, y aviso de su venida; la cual, vista la presente, se fué a la cárcel secretamente donde estaba preso su cuñado Pompeo, y díjole: «Sábete de cierto que, tu hermano y mi señor marido, el Rey, será aquí muy presto, y porque no tome ningún pesar ni sospecha de tu prisión, te quiero soltar della con que calles tu maldad, que yo te prometo, a fe de quien soy, de tener

celada mi injuria». De lo cual Pompeo le dió infinitísimas gracias diciendo que en todos los días de su vida le bastaría a pagar tan señaladas mercedes.

En esto, le mandó dar la Reina muy ricos vestidos, y a todos sus criados riquísima librea, con que saliese a recebir al Rey, su hermano. Pero Pompeo, con otra traición grande que tenía encerrada en su corazón, no quiso adrezarse ni consintió vestir sus criados; porque al cabo de seis días salieron todos a recebir su Rey con gran aparato y triunfo, sino Pompeo, que salió mal vestido y peor encabalgado.

El Rey, viéndole de aquella suerte, díjole: «¿Qués esto, hermano? ¿Cómo venís así? ¿Hay alguna novedad en mi casa?». Respondió Pompeo: «Sábete, hermano, que después que te fuiste, de aquí hasta el día de hoy nunca he salido de la cárcel, en la cual la Reina me mandó poner». Y el Rey demandándole el por qué, respondió que la Reina le había acometido de adulterio y juntamente inducido que se alzasen con la tierra, porque ella había sabido que su marido era muerto, y que por no haber consentido en semejante caso le había hecho emprisionar, y que si soltado le había, era con pacto que no le dijese nada.

20 *acometido* — Muchas veces se usa esta voz [acometer] para dar a entender que a alguno le han procurado persuadir y ganar con dádivas y ofertas a que ejecute y haga lo que se le pide.— *Dic. Aut.*

El Rey, enojado de lo que Pompeo le dijo, en ser a palacio, por jamás quiso dar audiencia a la Reina, su mujer, sino que mandó a dos lacayos suyos, hombres de mala vida, llamados Robledo y Lobatón que, vista la presente, la llevasen con los más bajos vestidos que tenía al bosque Fragoso, y allí la matasen. Los cuales, siendo en el bosque, por ser Lobatón tan grandísimo bellaco, acordó de echarse con la Reina antes de matalla. No paresciéndole bien a Robledo, por no consentir en ello, echaron mano a las espadas, y sacudiéndose, por su desdicha fué muerto Robledo.

La Reina, que algún tanto se había desviado dellos, en ver que Lobatón quedó vencedor, y que se venía para ella con la espada arrancada, estúvose queda pensando que quería dar fin a su vida, y como forzase de revolverse con ella, empezó con sus fuerzas feminiles a defenderse y a proclamar a Dios y a la Virgen sin mancilla, y a dar voces, permitiendo antes ser muerta que perder su castidad. Las cuales daba tan grandes que fueron oídas del Marqués de Delia, que había desembarcado de una nave por holgarse en aquel bosque que estaba cerquita de la mar, y acudiendo con sus criados vido a Lobatón abrazado con ella, de tal manera que, conosciendo la traición, le dió de puñaladas y le mató. Y preguntando a la Reina quién era y por qué causa había aportado en aquel bosque, le respondió que se llamaba la doncella Clariquea, que fué hurtada de

casa de su padre, y que traída por fuerza en aquel bosque, la quería deshonrar aquel traidor que por sus manos había muerto, y que determinaba de no dejarle, sino servirle todos los días de su vida por el favor recebido.

El Marqués, aceptando su ofrescimiento, se embarcó con ella y toda su gente, y en llegando a su marquesado, que estaba en las partes de Francia, la presentó a su mujer, la Marquesa, contándole de la suerte que la había hallado, y diciéndole: «Tráigote, señora, una doncella para tu servicio, la más honesta y hermosa que formar pudo Naturaleza, según por sus obras podrás ver». La Marquesa, en vella, respondió que le placía, y que por tal la aceptaba, y así, le dió que tuviese cargo de criar y adoctrinar un hijo que tenía de edad de dos años, con el cual Clariquea comía y dormía, sin dejarle un solo momento.

Este Marqués tenía un hermano dicho Fabricio, el cual, enamorado de la Reina, que Clariquea se hacía llamar, un día, teniendo oportunidad, le descubrió su determinada intención. Clariquea, como esto oyese, desvióselo en gran manera, diciendo que si más le importunaba sobre caso tan feo que se lo diría al Marqués y a la Marquesa. Fabricio, viendo que no podía acabar con ella lo que tanto deseaba, pensó en su corazón, para vengarse della, una grandísima maldad, y fué que estando

una tarde Clariquea con el infante su criado encima de una cama, tomó un cuchillo y degolló al niño, su sobrino, y metió el cuchillo junto a Clariquea; y cuando ella se despertó y vido el infante degollado, dió muy grandes voces, a las cuales acudió el Marqués y la Marquesa, y viendo su hijo muerto comenzaron de hacer grandísimos llantos. Estando en esto entró Fabricio y comenzó de herir muy malamente a Clariquea con las manos, diciendo al Marqués: «¿En qué piensas, hermano? ¿Matóte a tu hijo y no la puedes luego matar? ¿Tú no ves el cuchillo en sus haldas, todo sangriento, con que le mató?». El Marqués, con grande enojo, mandó, vista la presente, que viva la quemasen.

La Marquesa, comovida de compasión de ver las salvas y juras que hacía que en tal muerte ninguna cosa sabía, suplicó al Marqués que no le diese tan cruda muerte, sino que la echasen a la isla Desafortunada, adonde eran echados algunos que eran condenados a muerte para usar de misericordia con ellos, y que allí se moriría de hambre; y así, con un batel, la llevaron a Clariquea a la isla Desafortunada y la dejaron sola como el Marqués mandado lo tenía. Y el cuchillo hizo colgar encima de la puerta de la ciudad, con su letrero escrito manifestando el caso que había acontescido.

1 *criado* = En la genuína acepción de *criar*. Sabido es que *criado* significando *sirviente*, proviene de que, desde niños, para que acompañasen en sus juegos a los hijos del señor, se les *criaba* en la casa.

La pobre Reina, que Clariquea se decía, viéndose sola en aquella isla y sin compañía humana ni tener de qué comer, como buena cristiana que era suplicaba de contino a Dios que la favoresciese, y para defensión del sol se hizo de palmas un sombrero, y de una saya esclavina, y con un palo a modo de bordón peregrinaba por la orilla del mar y comía de las mejores yerbas que hallar podía.

Acontesció que estando un día debajo de un umbroso y fresco fresno, vido pelear una culebra con un ferocísimo lagarto, el cual quedando muerto y la culebra mal herida, mascaba de una yerba y se ponía en las heridas; y luego en un punto quedaban sanas. Admirada de la virtud de semejante yerba, en irse la culebra, cogió cuanta pudo hallar por aquella isla, hinchiendo un saquillo que tenía. Y a cabo de tres días aportó por allí una nave pasajera, y ella con sus señas hizo que se allegasen a tierra, y suplicando al patrón della que la trajese a poblado, por la pasión de Dios, para que no peresciese allí de hambre, siendo contento, la trajo y la dejó en el marquesado de Delia.

La pobre Pelegrina, que entonces así se hacía llamar, posando en un hospital, estúvose allí más de dos años, haciendo con sus oraciones y con la virtud de la yerba infinitísimas curas, así de graves enfermedades como de heridas mortales.

En este tiempo acontesció que Fabricio, el hermano del Marqués de Delia, pasando por la puerta

donde estaba colgado el cuchillo, con el grande ímpetu del aire que corría, cayó y le dió en mitad de la cabeza, de la cual herida vino a estar tan malo, que ya desamparado de los médicos, teniendo noticia el Marqués de las curas que hacía la pobre Pelegrina, acordó de enviar por ella, y suplicándole que si curaba a su hermano Fabricio que le haría grandes y señaladas mercedes, respondió que sí haría con la ayuda de Dios, pero que había de confesar y comulgar primero, y si pecado de homicidio o de infamia tenía, que había de pedir perdón a la parte y satisfacer si algo debía, que de otra suerte no ponía manos en cura ninguna.

Como se lo dijeron a Fabricio, pensaba entre sí mismo: «¡Oh, mezquino de mí! y ¿cómo manifestaré tan grandísima traición a mi hermano?». En fin, determinado para alcanzar salud, así del alma como del cuerpo, llamó al Marqués y a la Marquesa, y dijo: «Hermano mío, ruégote por la pasión de Dios que me perdones, pues cometí contra ti la mayor traición que hombre del mundo hizo, y fué que enamorado de Clariquea, requiriéndola por dos o tres veces, y viendo que por ninguna manera quería conceder a mi carnal apetito, por vengarme della le maté a tu hijo, y sobrino mío, en la cama do le hallaste muerto, con el mismo cuchillo que por permisión divina estoy herido agora, para que en ella ejecutases sentencia de muerte».

Cuando el Marqués y la Marquesa oyeron esto,

fueron muy maravillados y recibieron muy gran pesar, y lloraron mucho por ello, y a la Marquesa le pesaba mucho en extremo de cómo pensaba que Clariquea era muerta sin culpa; y allí, vista la presente, el hermano y su cuñada le perdonaron por amor de Dios.

Entonces, sabiendo la pobre Pelegrina su confesión, tomó en cura a Fabricio que en breves días estuvo sano. Y ofresciéndole que pidiese lo que por bien tuviese, no pidió otra cosa sino que su señoría la mandase llevar a Londres, ciudad de Inglaterra, porque había oído decir que había en ella muchos enfermos. Luego el Marqués hizo adrezar un bergantín muy bien proveído, y mandó al patrón que la llevase a Londres, y a ella le dió muchos dineros y joyas.

Venida en Inglaterra la pobre Pelegrina, allegó a sazón que Pompeo, el hermano del Rey su marido, oía misa; y fué casado con la Princesa de Hungría con condición que había de regir por Rey. Y este concierto se hizo a causa que su marido Marcelo no tenía heredero, ni se quería casar por no saber si Geroncia, su mujer, era muerta o viva, por no haber hallado muertos en el bosque Fragoso sino a Robledo y a Lobatón.

Y como estas bodas fuesen tan solemnes y regocijadas, fué ordenado un torneo, en el cual quiso tornear Pompeo, y permitió Dios que fuese herido de una herida mortal; y vino en tal extremo, que no

dándole vida los médicos, tuvieron por bien de llamar a la pobre Pelegrina. Y puesto en su poder, mandó que confesase y comulgase, y si algún pecado de infamia y homicidio tenía, pidiese perdón al ofendido si pretendía estar sano. Pompeo, por alcanzar misericordia de Dios y sanidad, como deseaba, confesó a su hermano el Rey la traición y falso testimonio que levantó a la Reina, su cuñada, por haberla requerido de amores, y ella no haber consentido en tan inorme pecado, y que por tanto le suplicaba le perdonase por Dios. El Rey le perdonó, vista la presente, y así, la pobre Pelegrina, en breves días a Pompeo le dió por sano. Y ofresciéndole el Rey que pidiese lo que mandase de su reino por su trabajo, le pidió por merced que se casase con ella. El Rey, sonriéndose de tal demanda, y diciendo que no podía en ninguna manera, respondió la Pelegrina: «Verdad dices, Rey, que no puedes, siendo ya tú mi señor y marido, y no te espantes, que yo soy tu casta y limpia mujer Geroncia, la que mandaste matar a Robledo y Lobatón, por creer el falso testimonio que Pompeo testificó contra mí, como él mismo ha confesado por su boca. De lo cual yo te perdono. Y te suplico, por aquel Señor que murió en la cruz por salvar a los tristes pecadores, que acabemos nuestras cansadas vidas en su sancto servicio, y el reino quede en poder de tu hermano Pompeo».

El Rey, admirado y contento de lo que su mujer

Geroncia le propuso, con los brazos abiertos la abrazó de sobrada alegría, y de allí a pocos días se encerraron cada uno en su monesterio, a do acabaron sus días muy sanctamente.

PATRAÑA VEINTIDÓS

Por Urbino, Federico
con Antonia no casó,
y a causa desto llegó
a ser pobre, después rico.

Habitaba en la ciudad de Roma un procónsul llamado Sergio, el cual, teniendo un hijo que se decía Urbino, determinó de enviarle a estudiar al estudio de Bolonia. Hecho su preparatorio, cual a su estado convenía, envióle con cartas favorables encomendado a Guillermo, rico mercadante boloñense, muy grande amigo suyo, para que le favoresciese y mirase por él, como si fuese su hijo proprio. Recebido Urbino romano por Guillermo, aposentóle en su casa con aquel acatamiento cual a su honra pertenescía, y por respecto de cúyo hijo era, le puso en compañía de su hijo Federico, en una rica y espaciosa estancia.

Pues como estos dos mancebos, Urbino y Federico, se amasen en extremo grado, que el uno no sabía vivir sin el otro, y fuesen de una misma complexión y estatura, y se semejasen tanto que algunos los tuviesen por hermanos, determinó Gui-

llermo de un mismo paño ricamente vestirlos, y desta manera fueron diversos años al estudio, penetrando mucho en letras.

Pues como ya fuesen de edad de quince años, y se desmandasen algún tanto en los tráfagos y bullicios mundanos, Urbino se enamoró de una hija de un rico ciudadano, llamada la gentil Antonia y, siendo muy callado y vergonzoso, por no poder dar fin a su deseo ni descubrir su amoroso efecto, iba muy decaído, que no parescía ser el que solía. Federico, congojado de su fatiga, por bien que le molestaba que le descubriese su pena, por jamás lo pudo acabar con él. En este comedio viniéronle a tratar casamiento a Guillermo de su hijo Federico con la gentil Antonia, del cual matrimonio fué contento él y su hijo Federico.

Pues como se aderezasen los desposorios, y a noticia de Urbino viniese, acrescentó su mal en tan excesivo grado que de la cama no se movía. Sabiéndolo Federico vínole a visitar, diciendo: «Agora que más te habías de alegrar, amigo y hermano mío, de mi bien, y gozar de mi alegría y descanso, te veo con mayor tristeza. ¿Qués esto?, ¿no me dirás de qué te sientes?, ¿qués tu fatiga y cuidado?» A lo cual Urbino respondió con grandísimo sospiro: «¡Ay, Federico!, deste mal fácilmente me podrías tú remediar si quisieses». «¿Cómo si quiero?—dijo Federico—. Dime tú de qué manera, que aunque sepa sangrarme de la mejor vena de mi cuerpo, me sangra-

ré por tu salud y vida». Dijo Urbino: «Tu tan amigable ofrescimiento, hermano Federico, me da ánimo y osadía a que te descubra mi grave enfermedad. Has de saber que estoy preso de amores de la agraciada y gentil Antonia, que hasta aquí lo he tenido siempre oculto en mi apasionado pecho, y agora por tu importunidad te lo he descubierto». «Bien me place—dijo Federico—, de saber de do depende aquesta tu fatiga y mal tan excesivo, y mucho más cierto me hubiera placido, si antes que se tratara del casamiento me dieras parte dello para no dar palabra, como di a mi padre, de tomarla por mujer. Pero vengamos al remate, y sepamos de qué manera, como arriba dijiste, está en mi mano el remedio para remediarte, y hágase luego». «De ésta—dijo Urbino—: Tú te has de desposar mañana, haciendo a Dios, como está concertado, y has de salir ataviado de las ropas que te ha hecho tu padre, déste nuestro aposiento; entregármelas has en mi poder, para que yo me vista dellas y tú pornaste en mi cama, y por serte tan semejante en forma y estatura y gesto, fácilmente podrá pasar el engaño, y venga en efecto que sea mi mujer la gentil Antonia».

Contento Federico, cuando vino la noche de los desposorios, se puso en la cama de Urbino, y Urbino se fué a desposar con la gentil Antonia. Y como

13 *remate* = En la ediciòn: *remete.*

la noche es encubridora de muchas faltas de Naturaleza, todo hombre se pensaba que fuese Federico el desposado.

Desposados Urbino y la gentil Antonia, después de cena, por las suplicaciones que Urbino hizo, tuvieron por bien padre y madre de la desposada que durmiesen los dos juntos aquella noche. Venida la mañana y levantado Urbino del costado de su querida Antonia, vista la presente, se fué a dar gracias a Federico de su contentamiento, al cual halló en la cama; y allí los dos determinaron de llamar a Guillermo para descubrirle lo que entre los dos había pasado.

Pues como se lo dijesen, aunque no hizo demostración ninguna, concibió en sí tanto enojo que apenas hubiera caído de su estado de ver que su hijo había querido perder tan buena suerte, y por ser Antonia de tan ilustre parentela, presumía, como era de razón, que se habían de afrentar de semejante caso todos sus deudos. Pero disimulando cuanto pudo todas estas causas, sacando fuerzas de su tan prudentísima ancianidad, dijo lo siguiente: «Hijos, bien siento y conozco cuanto sentir se debe que la verdadera amistad de vosotros ha sido parte de hacer semejante trastrueco y que estéis vosotros dello tan contentos, yo muy más que pagado, mas no satisfecha Antonia ni los padres, della». «Pues para eso—dijo Federico—, señor padre, le habemos llamado y dado parte desto, que en satisfac-

ción de nosotros sea relatador de lo dicho y disculpe nuestro yerro, si yerro le ha parescido». Contento Guillermo, vino a notificar por extenso la presente maraña a los padres de Antonia, abonando mucho en extremo a Urbino, manifestando cómo era hijo de Sergio, procónsul romano, y que se tuviesen por muy honrados de tenelle por yerno. Los cuales, aunque lo tomaron muy cuesta arriba, viendo que había dormido con Antonia y que no se podía hacer más en ello, publicaron el contento con la lengua, celando mortalísimo rancor en su corazón contra Guillermo, presuponiendo que él había sido el trazador de todo lo contenido. Con esta respuesta, Guillermo, vista la presente, escribió sus cartas a Sergio romano, dándole noticia de lo que había pasado con su hijo, y que no dejase de venir, lo más presto que pudiese, para que fuesen celebradas con la gentil Antonia sus bodas. Recebidas las cartas por Sergio, con las más ricas joyas que pudo, en breve tiempo allegó a Bolonia, a do después de celebradas las bodas se llevó a Roma su hijo y nuera, la gentil Antonia.

Guillermo, del enojo concebido de lo que su hijo había hecho, de allí a pocos días enfermó de una gravísima enfermedad, de la cual murió. Y como la muerte sea descubridora de la riqueza o pobreza de los hombres, a la fin de sus días apoderáronse tantos decreedores en las posesiones y bienes de Guillermo, que con gran crueldad y favores de los

deudos de Antonia, como le tenían mala voluntad, no le dejaron en que el hijo Federico pudiese sostenerse ni pasar la vida.

Pues como Federico se viese pobre, hubo, más por fuerza que de grado, de desamparar su patria. Y determinando de irse drecho a Roma, por el camino ladrones le robaron lo poco que llevaba, y le fué forzado de puerta en puerta pedir por Dios, para pasar su camino y pobre vida. Llegado a Roma, informándose de la posada de su tan amado y querido Urbino, púsose a la puerta, aguardando que cabalgase o saliese de ella, porque vergüenza le constreñía de no dársele a conoscer por palabras manifiestas, sino tan solamente con la presencia y objecto de su cara.

Así que, saliendo Urbino a caballo de su casa, parósele delante Federico, con la más piadosa postura que pudo, franqueándole el rostro porque mejor le conosciese, pidiéndole por amor de Dios que le favoresciese. Urbino estúvolo mirando, como aquél que le quería conoscer y no se daba acato de dónde, por do mandó a un criado suyo que le diese un julio. Viniéndoselo a dar, Federico no lo quiso recebir, sino que, aborrescido de la vida, viendo que no lo había conoscido, se salió de la ciudad de Roma, y a donde más áspero y solitario camino

23 *julio*=Moneda cuyo valor equivalía, próximamente, a un real español. Fué acuñada por el Papa Julio II, de quien deriva su nombre.

pudo hallar, enderezó su vía. En fin, tanto caminó que aportó en un lugar muy desierto, do había una cueva muy escura, y allí propuso de descansar y acabar su tan penada vida, comiendo de las yerbas del campo.

En esta sazón y tiempo hurtaron dos ladrones de casa de un riquísimo mercader una cajuela de joyas, los cuales, por no ser descubiertos del hurto que habían hecho, se salieron de la ciudad y vinieron a la cueva que Federico habitaba, la cual muchas veces les había servido para semejantes tratos.

Pues como viniesen a la cueva y descargasen su cajuela, por ser muy honda y escura y el día empezaba a esclarescer, no se dieron ningún acato de Federico, que estaba dentro y los estuviese mirando. Y así, muy a su placer y sosegadamente, sacaron della infinitísimas joyas y empezaron a repartirlas y hacer entre ellos partes iguales. Viniendo a la postre una joya impar muy riquísima, por decir el uno «esa a mí me conviene, porque yo entré en la casa», y el otro «no, sino a mí, porque yo te descubrí en qué estancia estaba la cajuela», vinieron a reñir de tal manera que mató el uno al otro, y el vivo apañó todas las joyas y se fué. Habiendo sentimiento del hurto en casa del mercader, despacharon por diversas vías gentes de a pie y de a caballo, para si podían haber algún rastro dél. Y como de aquella cueva tuviesen noticia, viniendo a reconoscella, allegaron al punto que Federico estaba mi-

rando al ladrón muerto, apiadándose dél; por do le dijeron, conosciendo la cajuela: «¡Daca, ladrón! ¿qué son de las joyas que estaban aquí dentro?» Federico, excusando que no era ladrón, asieron dél, y preguntándole quién había muerto aquél hombre, respondió, determinado de acabar la vida tan trabajosa que llevaba: «Yo le maté, señores». «¿Vos?—dijeron ellos—. Pues ea, ¡sus!, vaya preso a la ciudad».

Llevado que fué delante el juez, jamás por tormento quiso confesar qué sabía del hurto, sino que él había muerto el hombre. Cerrado ya su proceso en cuanto al homicidio, y estándole leyendo la sentencia delante el juez, hallóse por suerte Urbino presente, y como le estuviese mirando y dudase si era Federico o no, llamándole por su nombre le respondió, y a otras preguntas que por más certificación le hizo. Siendo cierto Urbino que su amigo Federico era el condenado, con una voz alta y presurosa, dijo al juez: «¡No condenéis a este inocente, porque yo soy sin falta, señor, el que mató al hombre que culpáis quéste ha muerto». Federico respondiendo que no era verdad, sino quél le había muerto, Urbino afirmando que no, sino quél era el matador y no Federico, estaba el juez confuso y admirado de ver tan extraño caso, que no sabía qué determinarse. En esta competencia, hallándose presente el mismo ladrón que lo había muerto, condoliéndose que aquellos dos honrados hombres sin

tener culpa muriesen, acusándole la conciencia, dijo a voces muy altas: «¡Señor juez, oigame! Vuesa señoría sabrá que ni él lo mató ni este otro le mató, sino que yo soy sin falta el que ha muerto el hombre, y porque más crédito se me dé desto, púsose la mano en el seno y sacó de las joyas que estaban en la cajuela. A esto respondió el juez: «Ser tú el ladrón claramente lo manifiestas, pero el matador ¿de qué suerte?» «Désta—dijo el ladrón—: Sabrá vuesa señoría, que yo y ese muerto los dos juntamente hecimos el hurto, y al repartir de las joyas, junto a la cueva do le hallastes finado, venimos en tal diferencia que reñimos y le maté». Entonces respondió Federico: «Dice verdad, que yo le vi por mis ojos en la cueva donde estaba». Dijo el juez: «Pues si es verdad ¿a qué fin dijiste que tú le habías muerto?». Respondió: «Señor, por dar fin a mis tan aborrescidos días». Y volviéndose a Urbino, dijo: «Y a vos ¿qué causa os movió para haceros culpante?». Respondió Urbino: «A mí, muy grande señor, por librar a Federico, amigo mío, de la muerte, cual él a a mí me libró en días pasados». «Y tú ladrón, veamos—dijo el juez—, ¿quién te forzó a decir la verdad?». Respondió: «Señor, la piedad y conscencia de ver competir dos hombres por pagar una muerte que no la debían». «Así—dijo el juez—, pues yo doy por sentencia que vos, Urbino, os llevéis a vuestro amigo Federico a vuestra posada; y tú, ladrón, por la bondad que en ti tan amorosa

cupo, te perdono y te hago merced de la vida con que tengas cárcel perpetua». La cual sentencia fué muy loada por todo el pueblo. Y Urbino se llevó a su amigo Federico a su casa, a do le mandó cortar ricos vestidos, y casó con una hermana que tenía, repartiendo con él de los bienes de fortuna. Y vivieron largos años muy alegres y prósperamente como buenos y leales amigos.

FIN.

DISCULPA

DE JUAN TIMONEDA A LOS PANIAGUADOS DE LA PRUDENCIA
Y COLEGIALES DEL PROVECHOSO SILENCIO.

Pío lector, si mandares
leyendo mis invenciones
en prosa, verso o cantares,
suplícote me perdones
si descuidillos hallares.
No mires si vo elegante,
pero debes de mirar
ques para más sublimar
pedir perdón el errante
y, el ques sabio, perdonar.

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	VII
Soneto entre el autor y su pluma	3
Soneto de Amador de Loaysa	5
Epístola al amantísimo lector	7
Patraña primera	9
Patraña segunda	17
Patraña tercera	35
Patraña cuarta	39
Patraña quinta	57
Patraña sexta	65
Patraña séptima	71
Patraña octava	83
Patraña novena	93
Patraña décima	103
Patraña oncena	107
Patraña docena	153
Patraña trecena	157
Patraña catorcena	165
Patraña quincena	169

Páginas

Patraña diez y seis..... 181
Patraña diez y siete..... 187
Patraña diez y ocho..... 193
Patraña decinueve..... 197
Patraña veinte..... 209
Patraña veintiuna..... 217
Patraña veintidós..... 229
Disculpa de Juan Timoneda..... 239
ÍNDICE..... 241

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA DE LA CIUDAD LINEAL
A XV DÍAS ANDADOS DE FEBRERO
DEL AÑO MCMXXX

PRECIO: 5 PESETAS